TIEMPOS DE COSECHA INSTITUTO MAYOR CAMPESINO: 52 AÑOS CULTIVANDO LÍDERES Y SOSTENIBILIDAD

Autor:

NICHOLÁS ESTEBAN MALAGÓN GÓMEZ

Trabajo de grado para optar al título de: HISTORIADOR

> Director: GERMÁN MEJÍA PAVONY

Pontificia Universidad Javeriana Facultad de Ciencias Sociales Bogotá

2015

A los campesinos, y al campo.

Te hablo de días circuidos por los más finos árboles: te hablo de las vastas noches alumbradas por una estrella de menta que enciende toda sangre:

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria que cae eternamente en la sombra, encendida:

te hablo de un bosque extasiado que existe sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.

Te hablo también: entre maderas, entre resinas, entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja:

pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia, hoja sola en que vibran los vientos que corrieron por los bellos países donde el verde es de todos los colores, los vientos que cantaron por los países de Colombia.

Te hablo de noches dulces, junto a los manantiales, junto a cielos que tiemblan temerosos entre alas azules:

te hablo de una voz que me es brisa constante, en mi canción moviendo toda palabra mía, como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan dulcemente, toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

> AURELIO ARTURO MORADA AL SUR

TABLA DE CONTENIDO

1.	Una visita muy esperada	10
2.	Una nación convulsa	21
3.	La acalorada situación del Valle Del Cauca	28
4.	La Universidad Campesina (1969 – 1978)	36
5.	Hacia el Desarrollo Rural Integral (1979 – 1989)	52
6.	Auge y declive: encrucijadas en el camino (1990 – 1999)	78
7.	Sostenibilidad y formación participativa (2000 – HOY)	99
8.	Epílogo	126
9.	Línea de tiempo	130

PREFACIO

Éste libro fue realizado en el marco de la celebración de los 52 años del Instituto Mayor Campesino y del proyecto de recuperación de su historia institucional. En efecto, hoy son más de cinco décadas de compañía incondicional a las comunidades campesinas que habitan en el centro del Valle del Cauca, un tiempo más que suficiente como para que el IMCA se permita hacer una pequeña pausa en el camino, deje la mochila en el suelo, devuelva su mirada hacia la senda que ha dejado en el pasado y medite un poco sobre las lecciones aprendidas en las arduas jornadas de su ajetreado viaje.

Décadas de trabajo codo a codo con las comunidades campesinas han convertido al IMCA en una pieza clave del tablero regional donde actores sociales de los más variados orígenes, costumbres y propósitos interactúan diariamente para lograr su supervivencia. Orbitando siempre en torno a valores ignacianos y férreos principios éticos de vida, hoy el IMCA es un astro más dentro de la gran constelación de esfuerzos sostenibles que se afirman entre sí: promoviendo procesos formativos que generan conciencia social y fortalecen el desarrollo planificado y participativo de los territorios, apoyando integralmente numerosos emprendimientos sociales que responden a las necesidades más acuciantes de la comunidad, liderando diversos proyectos de desarrollo colectivo, en conjunto con distintos sectores sociales, que impactan en el diseño y la ejecución de las políticas públicas regionales. En suma, es un agente de transformaciones sociales, ambientales y culturales que estimulan la solidaridad, crean sentido de pertenencia, unión comunitaria, reconciliación, y sanan con la paciencia de los días esas heridas a la confianza que sólo cicatrizan mucho tiempo después que las violentas mareas de la Historia lo han sacudido todo, la misma confianza que representa el pilar capital de ese ecosistema orgánico e intangible que llamamos tejido social.

El ejercicio de preguntarle a la memoria, más allá de servir de recurso al ejercicio de narrar una versión determinada de una historia, consiste en reconocer el papel que un ente determinado (el IMCA en nuestro caso) está llamado a desempeñar en el presente y el porvenir de una sociedad (la sociedad rural vallecaucana, primordialmente). Desde el instante mismo de su nacimiento, por allá en los años sesentas, fue consciente de los desafíos que la turbulenta realidad social y política de la nación imponía a su causa: el primero, persuadir a la población campesina de quedarse en el campo en tiempos en que el crecimiento económico impulsado por los gobiernos de turno ofrecía deslumbrantes promesas de vida en las grandes ciudades, abandonando a su suerte el desarrollo del sector agrario; el segundo, evitar el alistamiento generalizado de campesinos, sobre todo entre los más jóvenes, en los movimientos guerrilleros que surgían por todo el territorio nacional, motivando su formación intelectual y consolidando alternativas democráticas a los aparatos violentos y clientelistas de poder.

Pero los tiempos han cambiado, y si bien la guerra se encuentra en un proceso de modificación constante de sus mecanismos, sus actores, sus dinámicas, sus técnicas, sus víctimas e incluso de las formas de contarla, permanecen patrones comunes que subyacen a los cambios aparentes que pueda experimentar en el exterior. En el caso colombiano, dos características se han mantenido a lo largo de décadas y décadas de conflicto armado: la lucha social por la posesión de la tierra y el logro de garantías de participación política. Uno y otro reclamo han sido brutalmente reprimidos desde distintas instancias, lo seguimos atestiguando a diario en los líderes sociales que caen asesinados, en las familias que abandonan sus tierras huyendo del conflicto, en las normas impuestas desde las altas oficialidades que impiden el desarrollo y perpetúan las mismas condiciones de desigualdad y de violencia.

El destino de esta gran obra social, el IMCA, ha estado unido a los grandes problemas históricos del país. Sin duda alguna, el tormentoso Siglo XX imprimió sus marcas en los rasgos que la determinaron como institución y, por supuesto, en el destino de aquellos por quienes vive, los campesinos, población que siempre ha estado en el centro de las brutales dinámicas de la violencia y las viles tácticas del despojo.

Partiendo de estos supuestos, este texto pretende demostrar que en el transcurso de su historia el IMCA ha encargado de constituirse en un actor social capaz de incidir en la realidad que lo rodea, de cultivar una vocación de servicio hacia las problemáticas fundamentales de las comunidades campesinas en la región, de construir una red de influencia suficientemente extensa para difundir sus mensajes e iniciativas de sostenibilidad, de consolidar una mejor calidad de vida acompañando procesos formativos, organizativos, económicos, culturales y espirituales, combatiendo constantemente esa conformidad, ese adormecimiento que, como un narcótico nocivo, el régimen del asistencialismo distribuye con preocupante eficacia, paralizando la voluntad, el pensamiento.

La metodología implementada para esta investigación abordó la consulta de archivos institucionales, archivos públicos, bibliotecas, numerosos libros y artículos académicos, en especial sobre Historia de Colombia y del Valle del Cauca en el siglo XX, prensa regional, documentos y material multimedia en internet. Pero ha sido la recolección de testimonios orales de algunos empleados, ex empleados y demás personas vinculadas al IMCA, tal vez la tarea más valiosa para la memoria institucional. Las volátiles huellas de sus palabras y recuerdos se han representado en un relato que, más allá de pretender constituirse en la versión única de esta historia, invita a la controversia, al debate, a la reflexión de los aciertos y desaciertos, retos y oportunidades, victorias y desdichas que han labrado la identidad del instituto y, por supuesto, de miles de personas que han pasado por sus pasillos, huertas y jardines a lo largo de su historia.

No es éste el primer esfuerzo por elaborar una Historia del IMCA. Otros proyectos anteriores ya se han encargado de recopilar algunos de los momentos más destacados de su experiencia. En ellos predomina la periodización de su historia en una cronología que contempla cuatro, cinco o a veces hasta ocho etapas distintas en su evolución interna. Si bien la tarea de periodizar el tiempo histórico responde en cada caso específico a diversos criterios e intereses por parte de la persona que lo estudia (usualmente, un historiador), los referentes para dividir el pasado suelen organizarse en función, o bien de consolidar identidades vinculadas a un proyecto de

organización colectiva, o bien de identificar rupturas y continuidades a lo largo de un mismo proceso. La periodización particular de esta Historia del IMCA obedeció más a un recurso formal que a un ordenamiento lineal y progresivo de etapas superadas. En realidad, los resultados arrojados por la investigación preliminar de este proyecto demuestran que si hubo una sola ruptura sensible durante su historia fue cuando se tomó la decisión de suspender el internado, cambiar su razón social y emprender la tarea de promover el desarrollo rural directamente en las comunidades. Después de este acontecimiento, que se podría considerar como el fin de toda una etapa en cuanto al sustancial cambio metodológico que supuso descentralizar el programa educativo para llevarlo a las veredas, se puede decir que el IMCA ha mantenido una estrategia de acompañamiento comunitario enfocada en la promoción del desarrollo rural, pero adaptada a los distintos modelos de desarrollo que las organizaciones internacionales y el Estado colombiano han promovido desde entonces.

Así pues, el lector se encontrará con un texto dividido en siete capítulos que narran los episodios más importantes del devenir institucional.

La historia da comienzo con una pequeña crónica fabulada sobre la visita del entonces presidente Carlos Lleras Restrepo a las instalaciones del IMCA en 1967, con el motivo de inaugurar oficialmente sus instalaciones y comunicar el apoyo del Estado al nuevo proyecto.

Los dos capítulos siguientes ofrecen un panorama general de los tiempos que transcurrieron en Colombia y en el Valle del Cauca previamente a su fundación. Distintos factores sociales y políticos de la Historia colombiana, relevantes para su futura labor, son abordados sucintamente, con un enfoque crítico y relacionándolos siempre con los procesos institucionales internos. De hecho, el lector notará que la contextualización es un patrón constante en el escrito, pues, como atrás se afirmó, la institución ha estado vinculada al devenir de diversos procesos de grandes dimensiones sociales.

El tercer capítulo está dedicado a la primera etapa del Instituto Mayor de Ciencias Sociales y Económicas, período durante el cual fue mejor conocido entre todos como la Universidad Campesina. Ubicado a las afueras de Guadalajara de Buga, en el centro del Valle del Cauca, éste centro educativo se encargó durante una década de formar jóvenes líderes comunitarios especializados en diferentes áreas del desarrollo rural. A través de la historia de Ancízar González, un muchacho campesino, se reconstruye un día normal en la vida del campus y de uno de sus alumnos regulares.

El siguiente capítulo narra cómo fue la metamorfosis de la Universidad a un nuevo centro de Promoción Social encargado de formar y acompañar, mediante distintas estrategias, a las comunidades campesinas en numerosos municipios de la región, muchas de ellas sometidas a la miseria y golpeadas por las implacables dinámicas del conflicto armado. El relato de una salida de campo que ocupa varios días de inmersión en una de esas comunidades ayuda a ilustrar la solitaria labor social que el IMCA se encargaba de realizar en aquellas regiones montañosas apartadas de la presencia del estado.

El sexto capítulo, dedicado a los años noventa, se encarga de los tiempos de esplendor, una época dorada de grandes logros institucionales, alianzas que dieron magníficos resultados y

acontecimientos favorables en la realidad nacional que abrieron, al IMCA y a las comunidades que acompañaba, las puertas de la autonomía, la participación y la planificación del desarrollo. Este capítulo rinde memoria a uno de los crímenes más dolorosos, todavía en la impunidad, que azotaron a la región y al país entero en aquellos años. El cruel asesinato del padre Tiberio Fernández, personaje central para la Historia del IMCA, y los abominables hechos de la Masacre de Trujillo, reclaman el protagonismo en esta parte de la historia. Pues en un país anestesiado, donde la costumbre de oír en todos los medios la versión de los victimarios ha paralizado la reacción contra la violencia degradada que nos somete, se hace imperativo rescatar del olvido la voz secuestrada de sus víctimas, verdaderas protagonistas de este conflicto. La historia de una madre ansiosa en dirigir por el camino de la sostenibilidad los pasos de su pequeña finca ejemplifica los trascendentales alcances de los modelos alternativos de desarrollo.

El último capítulo corresponde a los últimos catorce años de trabajo, desde el 2000 a la actualidad. El conflicto armado arremetía nuevamente contra la población campesina obligando al IMCA a responder a la emergencia humanitaria. Las escuelas campesinas, los programas de diplomado y el compromiso por la consolidación del desarrollo sostenible en la región marcan esta época de proyección hacia una eventual superación del conflicto armado. La imparable búsqueda, protagonizada por un viejo y conocido personaje y su nieto, de un tesoro oculto en la profundidad de la montaña hace de contrapunto a los sucesos más recientes.

Considero necesario hacer una previa aclaración sobre la manera en que está elaborado este escrito. A partir del tercer capítulo el lector no se encontrará con un sólo texto unificado, sino con varios fragmentos dispersos y mezclados entre sí, separados por asteriscos (***), y que combinan, si se quiere, distintos géneros de escritura. Unos describen las transformaciones internas del instituto a lo largo del tiempo; otros, identifican y analizan importantes problemáticas nacionales e internacionales sujetas a la historia institucional; y los demás, son pequeñas historias que se interrumpen y vuelven a surgir a medida que avanza el escrito. Debo advertir que esas pequeñas narraciones son ficticias, adaptadas de algunas experiencias recogidas durante las entrevistas a los promotores, y por si acaso coinciden con sucesos ocurridos en la realidad; simplemente pretenden ilustrar mediante situaciones cotidianas algunos principios esenciales que fundamentan la sostenibilidad que el IMCA está llamado a promover, como la soberanía alimentaria, la agroecología y la solidaridad. *Ellas irán especialmente identificadas con cursivas*.

Por lo demás, a riesgo de conducir este escrito por las estrechas vías de la formalidad y extraviar al lector en un laberinto de referencias literarias, se ha preferido omitir la citación de fuentes que exige cualquier texto académico y se ha optado por disponer toda la bibliografía y la relación de fuentes que sustentan esta investigación en un listado al final del libro. Igualmente, he dispuesto al final una línea de tiempo comparativa para que el lector pueda navegar con facilidad por los principales hechos que le sucedieron al IMCA, a la región, al país y al resto del mundo.

Agradezco sinceramente a todas las personas que hicieron posible la realización de este libro, principalmente a quienes con sus testimonios y recuerdos fundaron los pilares de la memoria

institucional, y que con sus generosas entrevistas colaboraron con la investigación de este libro. Ellos fueron: Hernán Valdez, Luz Marina García, doña Ofelia, Lucy Bedoya, Gustavo Valdez, Marta Sierra (cuyos esfuerzos en la recopilación de la memoria fotográfica del instituto facilitaron este proyecto), María Soledad Zapata, Pedro Ojeda, Jorge Giraldo, José Antonio Castrillón, Patricia Candela, Álvaro Idarraga, Víctor Torres SJ, Erminsu David Pabón, Alfredo Ferro SJ, Gladys Fernández (a quien debo especial agradecimiento por compartir los recuerdos de su tío Tiberio), José Alejandro Aguilar SJ, César Higuera, Jessica Mora, Alfredo Parra, Javier Cabal y Elcy Corrales. A todos ellos muchas gracias por compartir sus recuerdos conmigo. Igualmente debo agradecer a todas las personas que me recibieron y acompañaron durante el desarrollo de mis pasantías en Buga, a todo el equipo de promoción social, al área administrativa, al área de servicios en el Centro de Seminarios, a Margarita Gómez cuya labor digitalizando el archivo fotográfico permitió ilustrar este libro, a todas las personas que me acompañaron en la Casa Betania y a las comunidades que me recibieron afectuosamente en cada taller, en cada diplomado, a veces incluso en sus hogares, particularmente a doña Constanza Hernández y su esposo, don Alfredo Sánchez, don Marco Tulio y su familia, José Jesús Ortega y los niños de la Escuela de Caimital, doña Carmen Gutiérrez, Ángela Ruiz, y demás personas que enriquecieron mi experiencia y me aportaron con su presencia algún detalle que atesoro. Finalmente, todos esos saludos y agradecimientos serían del todo insuficientes sino los dirigiera también a mi familia, a mis amigos, y, por supuesto, a mi madre.

El Autor.

1. UNA VISITA MUY ESPERADA

Guadalajara de Buga, 5 de Noviembre de 1967.

El cura abrochó lentamente los botones del puño izquierdo de su levita negra, limpió con su mano la gota de sudor que escurría por su sien, y, con el andar majestuoso de un coloso soberano, se aproximó a saludar al Presidente de la República, quien descendía en ese momento del automóvil presidencial devorado por una constelación de flashes fotográficos ansiosos por capturar el momento de su llegada.

-Padre Francisco, un gusto, como siempre –exclamó con una voz apenas perceptible Carlos Lleras Restrepo, tendiendo su pequeña mano al gigantesco sacerdote que tenía enfrente. Lo había visto en un par de ocasiones pasadas, en algún banquete o en un encuentro oficial, pero nunca como ahora había podido admirar de cerca su abrumadora humanidad. Éste lo estrechó fuertemente y dijo:

-Usted ya sabe, señor Presidente, que a nosotros los jesuitas, y a mí en particular, no nos gusta ese trato de padres, o curas, o reverendos –vibró lentamente la potente voz del prelado.-Pacho, simplemente. O Francisco, si su piadosa discreción no le permite la confianza.

-Padre Francisco, estará bien. Me educaron en una fe estricta, padre, usted comprenderá... —cualquier turbación febril había desaparecido de su voz y ahora el Presidente, entrando en confianza, miraba deslumbrado a su alrededor. Una muchedumbre expectante presenciaba el saludo de los dos hombres que se asaban dentro de esos oscuros y formales trajes que todos vestían para la ocasión.- No comprendo cómo toda esta gente puede soportar este calor metida en esa ropa, yo siento que me estoy deshidratando —dijo mientras limpiaba con un pañuelo su sudorosa y despoblada cabeza.

-Es normal para personas de tierras altas como nosotros —replicó el sacerdote-. No crea que el sudor de mi cara delata mi nerviosismo por su visita ¡Ja! Ni más faltaba. Pero créame que lo esperábamos ansiosos, señor Presidente... desde hace rato. Todos. Los muchachos y yo... Bienvenido a nuestra Universidad Campesina —y, tomándolo por el hombro, condujo al pequeño y sofocado mandatario a través la multitud de personas aglutinadas que lentamente fueron abriendo paso y descubriendo, ante sus asombrados ojos, la inmensidad estival del nuevo campus universitario-. Tome, señor Presidente, algo de agua, para el calor.

Lleras recibió ansioso el vaso de cristal que una muchacha acanalada le ofrecía y lo bebió de un solo respiro. El sol irradiaba sus rayos sobre los grandes campos y jardines en los que se levantaba la Universidad Campesina. Enormes plazas de tierra cultivada con lo que parecía ser maíz y algodón abarcaban todo lo ancho de un paisaje llano y profundo tan solo

interrumpido por un par de edificaciones situadas a los costados, edificios que, Lleras supuso, contenían los salones de clase campesinos. La Universidad seguía aún en obras, así lo demostraban algunos andamios y materiales de construcción desperdigados a lo lejos, pero sin duda, lo que destacaba más a la vista era el edificio central de tres plantas terminado recientemente y cuya inauguración era el motivo principal de que estuviese allí ese día.

-Creo que necesitaré más agua, querida. Por favor –solicitó a la joven devolviéndole el vaso. Luego repuso:- En verdad estoy sorprendido padre. No imaginaba que fuese un proyecto tan grande, en serio.

-Y eso que no le hemos manifestado todavía los sueños que levantan estos grandes edificios. Son muy ambiciosos, Presidente, esperamos contar con su ayuda para alcanzarlos. Venga, ya va a empezar la ceremonia.

Se dirigieron, entre la algarabía de los rayos solares y las interrupciones de los periodistas que zumbaban a su alrededor, hacia el espacio habilitado en la entrada del nuevo edificio para recibir la comitiva presidencial, compuesta por escoltas, funcionarios y un par de ministros que le acompañaban (aquella visita de Lleras a Buga había comenzado el día anterior con la inauguración de las nuevas sede agropecuarias del SENA, continuó con la inspección de los avances de la eterna carretera hacia Buenaventura, y proseguía esa mañana a las afueras de la Ciudad Señora, en la vereda Quebradaseca). También hacía presencia, fielmente desde los inicios del proyecto, Julián Mendoza, Monseñor de la Diócesis de Buga, que siempre respaldó la laboriosa iniciativa del padre Mejía con los campesinos. El lugar, observó Lleras aliviado, estaba bajo la sombra de un tejado que los protegería a todos del sol abrasante.

Allí, en torno a un altar blanco dispuesto para la eucaristía, estaba reunida la alta sociedad bugueña, los estudiantes campesinos, periodistas y dirigentes esperando a la anunciada inauguración de la Universidad Campesina, la misma que aparecía por aquellos días en los periódicos y que tanto anunciaban en la radio como un acontecimiento sin precedentes en la sociedad rural colombiana. La ceremonia transcurrió con la normalidad esperada, y a excepción de uno o dos inconvenientes con el micrófono que obligaron al padre Pacho a recurrir a los vibrantes decibeles de su voz para continuar, mientras solucionaban los problemas de sonido, con su altisonante discurso, todo sucedió sin contratiempos aunque con algunos momentos curiosos dignos de ser mencionados.

Después de la eucaristía presidida por Monseñor Mendoza, el primero en tomar la palabra fue Ancízar González, uno de los estudiantes de la Universidad. Ancízar se paró ante el micrófono sosteniendo con manos temblorosas la hoja que tenía un pequeño discurso que llevaba cuatro días escribiendo por las noches, a la luz temblorosa de una vela derretida, mientras sus compañeros de habitación dormían y él desechaba, una y otra vez, una hoja más para comenzar a escribir en otra nueva, inconforme con las palabras que dibujaba sobre el papel su pequeño lápiz de punta movediza. Su inseguridad demostró haber merecido la pena porque favoreció el perfeccionamiento de un discurso incisivo, concreto, que comenzaba por exponer algunas características del Instituto:



-Nosotros, los alumnos de la Universidad Campesina... -comenzó el estudiante con voz cohibida, aprisionada por los nervios, lentamente robustecida por el vigor de la confianzaestamos comprometidos con la transformación del medio rural colombiano. Sabemos que el futuro del campesino reposa sobre su formación intelectual y espiritual, sobre una formación integral impartida a quienes demostremos la suficiente capacidad de liderazgo como para ejercer los cambios que nuestro campo necesita. Por eso la Universidad Campesina asumió la responsabilidad de operar ese cambio a través de la educación intensiva, porque no hay otra alternativa a los grandes aparatos que nos oprimen en nuestra época que la formación integral, la disciplina y la sensibilización sobre nuestros más profundos problemas sociales -. El joven tomó un sorbo del vaso de agua que uno de sus compañeros le había acercado, miró hacia el frente y recorrió con su mirada el auditorio. Un silencio sobrecogedor invadía el ambiente. A la izquierda se encontraban sus compañeros, de pie, animándolo con sus impacientes miradas. Al fondo, los periodistas sostenían aparatosamente sus pesadas cámaras fotográficas y sus micrófonos para no perder ni un segundo y registrar cada mínimo detalle de lo que acontecía. Y justo allí, en frente suyo, el alto aparato estatal colombiano, representado por su máximo dirigente, reposaba en su asiento, callado, sereno, vigilante a cada palabra que el muchacho decía. Ancízar intercambió una mirada con el padre Francisco. Tomó un respiro, y continuó:- Hay que aceptar lo nuevo sin desechar lo pasado. Hay que conservar lo antiguo si en realidad queremos entrar en la carrera del desarrollo que el todo el mundo anda corriendo en estas agitadas épocas. Pero esta gran transformación no puede consumarse si no recibimos apoyo por parte de ustedes, señor presidente y señores ministros, supremos administradores del estado. La construcción de este edificio que hoy inauguramos ha costado dinero. Mucho. Al igual que lo ha costado el resto de las instalaciones, su mantenimiento y sus servicios, y cuesta pagarles a nuestros profesores y empleados que creen firmemente en esta causa. Nosotros pagamos una matrícula anual para estudiar en esta obra, es cierto, pero es una cifra simbólica, establecida solamente para convencernos de valorar nuestro esfuerzo y el de todos aquellos quienes hacen posible esta utopía. El Padre Francisco Mejía es uno de ellos. Tanta fe ha consagrado a esta universidad que no duda en salir a tocar las puertas de los adinerados solicitando alguna colaboración para nuestra causa. Las promesas que ustedes y sus compañeros de partido nos acompañan con mercados y lechonas en las temporadas de elecciones, cuando alguno que otro se acuerda que existimos en nuestras veredas en lo alto de la montaña, son muy bonitas y esperanzadoras cuando las aclaman en sus púlpitos agitando con pasión el altoparlante en la mano. Pero la desilusión llega con los días... El ideal de esta institución es, y siempre lo será, ser auto sostenible. Por eso labramos nuestros campos, ordeñamos nuestras vacas, trasquilamos nuestras ovejas, cosechamos nuestros frutos y empeñamos todos los esfuerzos posibles para no depender de los capitales ajenos. Pero por algo tenemos que empezar y las generosas donaciones de la sociedad bugueña y de algunos simpatizantes de nuestra obra han construido lo que hoy se levanta ante sus ojos, pero no es suficiente. Sólo esperamos que en un futuro nuestro sueño no sea tan solo eso, un ideal.

El auditorio estalló en aplausos, y desde el fondo, donde estaban los demás estudiantes campesinos, llegaban chiflidos y gritos de elogios que el padre Mejía reprimió instantáneamente con una mirada de incuestionable autoridad. Lleras callaba. Miraba atentamente a ese muchacho campesino que se había parado al frente suyo, esbozando una sonrisa de confianza por lo que acababa de decir, manifestándole a él y a los burócratas que lo acompañaban algunas cuantas verdades de la manera más decente pero decidida posible. El Padre Mejía observó el mutismo del presidente.



Lo que siguió después fue un extendido discurso del padre Francisco transcurrido en dos etapas: una formal, comedida, en la que el jesuita leyó un texto preparado con miles de palabras de agradecimiento, felicitaciones y toda una serie de medidas protocolarias escritas con el más fino y depurado corte intelectual del jesuita, adecuadas a la solemnidad de la distinguida asistencia; pero la otra, en cambio, fue una inflamada arenga por los derechos de sus alumnos. Lo que el joven Ancízar hiciera de manera cortés y delicada, el padre Pacho lo acondicionó a su natural estilo mordaz, contestatario, espetando arengas incisivas con su oratoria sindical, mientras agitaba una varita con la que explicaba al auditorio algunas gráficas sobre un tablero, como si sobre la desgastada tarima de un encuentro obrero se

encontrase. Incluso, los ministros tuvieron que desajustarse el nudo de sus corbatas mientras emitían ruidos de la garganta a causa de la incomodidad provocada por las crudas realidades descritas por el sacerdote.



"Yo conocía de la dialéctica magnífica del padre Francisco Javier Mejía porque le había escuchado en Palacio, pero no sabía de su alta peligrosidad", diría después, entre risas convencidas, el presidente Lleras en su intervención improvisada al final de la ceremonia, mientras intercambiaban medallas, placas conmemorativas, abrazos y agradecimientos. Posteriormente, el Padre Mejía y el mandatario acompañados de un par de estudiantes y de toda una escolta de periodistas fisgones dieron un largo paseo por el campus, recorrieron todos los salones, surcaron cada uno de los pasillos, evaluaron las mejorables condiciones de los dormitorios, admiraron, mientras saboreaban la fibrosa pulpa de los mangos que se encontraban tirados por doquier, la riqueza colosal de la biblioteca, conocieron los establos, pasaron volando por los graneros y cuando se aproximaban a lo que, pensaron, eran los confines de aquél bucólico paisaje universitario (así lo parecía debido a la cantidad de cercos y alambradas que simulaban marcar los límites de ese territorio), se enteraron que tenían que conformarse con contemplar desde lejos lo que en realidad eran las extensas zonas de cultivo donde los estudiantes hacían sus prácticas agrícolas, sin querer entrar en ellas porque la noche anterior había llovido tanto y nadie quería llenarse de fango los zapatos, con lo exclusivo de la ocasión.

Al final entraron en el nuevo edificio central y subieron hasta la azotea, el punto más alto de la Universidad Campesina, desde donde podrían dominar una vista panorámica del campus y del majestuoso valle del Río Cauca. Cuando llegaron arriba uno de los estudiantes observó que, como estaba de ardiente ese día, el sol podría llegar a quemar la llana cabeza del mandatario, así que decidió quitarse su gastada gorra de cuero y, sin previo aviso, la puso sobre la cabeza asoleada de Lleras, quien no pudo agradecerle porque rápidamente

desapareció entre la multitud que los seguía. Desde lo alto contemplaron los amplios terrenos de la Universidad Campesina. El jesuita, planos en mano, explicaba a sus acompañantes la composición del lugar. Del lado oriental, hacia las montañas cercanas, se encontraba la entrada principal, una grande verja color zapote junto a un muro blanco que anunciaba, en letras negras, "UNIVERSIDAD CAMPESINA". Hacia el sur la prominente arboleda devoraba los tejados de la vieja casa Lourdes, una típica casona campestre ubicada junto a la granja animal. Al oeste, uno junto a otro, se erigían los dormitorios estudiantiles, y junto a ellos las aulas de clase. Todo surcado por una cuadriculada red de senderos que comunicaban las extensas tierras de cultivo con las diferentes dependencias de la Universidad.

-Y esto es sólo el principio —apuntó el sacerdote, mirando absorto hacia el radiante valle que se extendía ante sus ojos-. Luego de terminar algunas adecuaciones y edificios que faltan, y con la misericordiosa ayuda del Altísimo, fundaremos las facultades de Sociología Rural, Economía Agraria, Sindicalismo, Acción Comunal, Ingeniería Rural y muchas otras que abrirán sus puertas a campesinos de todo el país y, por qué no, del continente, del mundo entero. Un semillero de líderes y promotores de un nuevo campo se está construyendo en este lugar, señores —sentenció.

Antes de comenzar la reunión privada con el presidente, el Padre Mejía había dejado expresamente claro que no quería interrupciones de ningún tipo, razón por la cual encargó con un tiempo de anticipación que le dejaran sobre la mesa de la sala destinada para tal efecto un tinto bien cargado para él y una jarra llena de jugo de mango helado para calmar la insaciable sed del estadista. Una vez se cercioró que sus dos peticiones se encontraban servidas sobre la mesa, y que ningún periodista ni estudiante merodeaba por los alrededores, pudo invitar tranquilamente al presidente a acomodarse, tomar el pocillo rebosante de su oscuro tinto humeante, y comenzar la conversación que había estado esperando desde hacía tanto tiempo.

-Debo confesarle, padre Mejía, que he sido un escéptico convencido desde el momento en que me enteré del inicio de esta obra -dijo el presidente hundiéndose en el acolchado sillón de cuero negro que le ofreció el sacerdote cuando entraron en la sala. El olor a mango de la tarde irrumpía por oleadas en la sala y el sol se recostaba en un rincón apartado de la sala de tal manera que ya no le era posible molestar a Lleras.

-Pues tal parece que usted mismo acaba de inaugurar los frutos de su escepticismo – contestó el jesuita—. Y no sólo suyo, sino el de millones de personas en este país que no creen en el cambio.

Lleras tomó la jarra y sirvió a rebosar un vaso de jugo que despachó de un solo impulso. Luego puso el vaso sobre la mesa y midió al sacerdote con sus ojillos penetrantes de topo calculador, agrandados por el aumento de sus lentes, y dijo:

-Me trata usted un poco duro, padre. Recuerde que hace seis años fui el encargado de formular y tramitar la Reforma Agraria que está transformando el paisaje agrario del país.

-Es cierto, y déjeme reiterarle, como lo hice en su debida ocasión, mis felicitaciones por ese logro, muy encomiable teniendo en cuenta la fuerte resistencia al cambio de las élites agrarias de este país... –aquí el padre hizo una pausa y levantó un dedo, objetando:- Sin embargo, las continuas irregularidades en la adjudicación de predios...

-A lo que me refiero –Lleras interrumpió mientras que con su mano espantaba un mosquito que zumbaba frente a sus ojos desde que entraran al salón-, es a que eso que usted propone, y que ahora replican decididamente sus estudiantes, es un plan muy ambicioso: invertir el orden social establecido desde los salones de clase es una tarea ardua. Una utopía, como lo dijo el joven que acaba de hablar.

-¿Una utopía el cambio social? ¿Qué no está enterado de la actualidad, señor presidente? Mire a China, señor presidente, mire a la Unión Soviética. Pero para que nos vamos a ir tan lejos. ¡Mire al lado suyo, por Dios santo, mire a Cuba! ¡¿Acaso no son experiencias exitosas de reivindicación social de los sectores más marginados, o qué digo marginados, escupidos por el resto de la sociedad?!— Aunque sus ojos se abrieron, sorprendidos, por un instante, Lleras presenció serenamente la repentina inflamación de su interlocutor.

-Cuidado con lo que afirma, padre. Esas que acaba de mencionar no fueron precisamente experiencias exitosas de reivindicación social, como usted muy ingenuamente las llama. Fueron revoluciones logradas a punta de rifles, machete y mucha sangre, que no se le olvide. Fueron revoluciones incitadas por el fervor y por las armas. Y en cuanto a lo de exitosas, déjeme cuestionar este último e inadecuado calificativo.

-Eso ya lo sé, eso ya lo sé. Lo sé mejor que nadie, Presidente. Por eso mi apostolado social, y también el de toda la Iglesia, le apuesta a la educación. Solamente a través de la formación intensiva del campesino y del proletariado es que podemos soñar con una nación justa, equilibrada, donde las personas que sostienen los pilares de su sociedad sean a la vez capaces de dirigir su propio futuro, sus sueños, sus ambiciones; pero sobre todo, que se eleven a la misma altura de las clases que siempre los han oprimido, y sin necesidad de empuñar un rifle y salir a combatir a las montañas, puedan decir "yo también tengo derecho a gobernar" -el padre Mejía respiró profundamente, calmando sus ánimos-. Disculpe mi retórica incendiaria, doctor Lleras —continuó-. Supongo que fue gracias a ella que me echaron a patadas de Cali, ese cura godo de Urdaneta, el Arzobispo, y sus secuaces burgueses que me tildaban de sedicioso y comunista.

-No se preocupe. Y permítame que no ceda al atrevimiento de llamarlo Pacho, pero lo que si no puedo evitar decir, es que por sus palabras cualquiera diría que es usted un bolchevique disfrazado con sotana-Lleras reía entre dientes al mismo tiempo que una parte muy acobardada de su ser se amadrigueraba en sus adentros esperando la explosiva reacción del jesuita.

Pero en cambio, éste no exteriorizó conmoción alguna en sus ánimos, que seguramente hervían por dentro, y bajando los brazos de coloso antiguo que hubiera levantado hace un momento, y amansando la voz en un tono más bondadoso que su carácter agitado le permitía, respondió:

-No es de extrañar, y mucho menos en este país, que se señale de marxista a aquél que trabaja por los desposeídos. Si El Capital hubiese sido publicado hace dos mil años, a Nuestro Señor lo habrían crucificado dos veces. Es un estigma que debemos cargar quienes observamos las injusticias, no nos quedamos callados y llevamos esas teorías de los libros a la praxis. No, señor Presidente, esto no es un comunismo, nuestra universidad no es como esa comuna que ardió en París el siglo pasado intentando adelantarse a la historia, ni una de esas comunidades socialistas imaginadas por Fourier y los demás utópicos; porque los principios rectores que guían a esta comunidad son los mismos que Cristo nos legó en el evangelio y los que nos dicta la Santa Madre Iglesia a través de su Doctrina Social.

-Bueno, ya sé que fue una mala broma. Hablemos mejor de lo que nos compete, padre Mejía. Su Universidad Campesina.

-Nuestra Universidad Campesina —aclaró inmediatamente el jesuita acentuando el nuestra-. Discúlpeme corregirlo tanto, pero si queremos cambiar la mentalidad egoísta de este mundo de mercancías y utilidades e inculcar los nobles paradigmas del bienestar colectivo es necesario comenzar por el lenguaje. No es solamente mi universidad, es la de todos estos muchachos campesinos que han decidido dar el gran paso hacia su transformación. Y si lo que quiere es ir directamente al asunto, pues vamos. Necesitamos dinero.

-Pues no me dice nada nuevo.

-Porque las necesidades del pueblo son las mismas de siempre, ustedes lo saben cuando están en campaña.

-Sí, pero algo concreto deberán necesitar, más que nada... -seguía agitando sus manos frente al rostro, luchando en vano contra el sagaz zancudo- ...algo primordial.

-Eso sí es cierto. Déjeme recordar... a ver; faltan construir los salones para los alumnos que nivelan el bachillerato; falta construir un nuevo acueducto, porque carecemos de un servicio decente de agua potable; toca reparar los cercados porque se han entrado a robar algunas reses por las noches, y sobre los establos ni hablar; falta terminar algunas obras varadas desde hace tiempo por falta de recursos; debemos pagar a los profesores, pues pese a que se nieguen a recibir dinero por apoyar nuestra causa se me hace una indecencia no costear al menos sus gastos de transporte; además, estamos pensando en comenzar a realizar salidas de campo a las veredas campesinas, para que el conocimiento no se quede aquí encerrado por tanto tiempo y los muchachos vayan practicando sus labores sociales directamente en el terreno... -el sacerdote respiró después de su larga intervención -. Como ve, doctor Lleras, no hay una necesidad. Las tenemos todas.

La expresión confiada y achatada del rostro del Presidente exhibía cierta inconformidad. Sirvió otro vaso de jugo, bebió unos sorbos y dijo:

-Entonces el sueño de auto suficiencia parece ser un proyecto a largo plazo. O me parece...

El padre Mejía se reacomodó en el ancho sillón que ocupaba, como pensándose bien lo que iba a decir.

-Mire, yo sé lo que usted está pensando. Usted piensa si en realidad vale la pena apoyar esta Universidad, si no va a ser como una de esas tantas obras caritativas que a curitas bondadosos como yo nos gusta fundar por todo el país sólo para verlas derrumbarse en los años siguientes cuando el asistencialismo simoníaco suplanta los crucifijos por la estampa enmarcada del ejecutivo de turno. Pues sepa que yo he sacado adelante obras sociales que muchos dijeron que sería una insensatez patrocinar, siquiera concebir. O qué sería de los sindicatos católicos sin la gestión organizativa de mi equipo apostólico, o qué de las asociaciones campesinas apoyadas por FANAL... Lo que quiero decir es que ustedes, los grandes señores políticos y empresarios, siempre están pensando en la rentabilidad. Desean estar seguros que su dinero producirá ganancias y resultados antes de entregarlo a la primera idea que se les aparezca. Pues déjeme decirle que no, Presidente, esta Universidad no es para nada rentable, en absoluto. Nunca será económicamente rentable promover alternativas de desarrollo diferentes a las que dominan nuestra sociedad, nunca será rentable pretender cambiar un orden establecido a punta de libros y azadones. No, señor, eso no será rentable nunca para los intereses más codiciosos, pero mi apostolado puede dar fe de que sí lo es para todos estos muchachos y sus familias y las personas que luego les sucederán, y yo le digo que es imperativo luchar por ello.



-No quisiera que me malentienda, padre. Pero usted sabe que como Presidente de esta nación soy responsable por el gasto, sea cual sea su fin, de los recursos que salen de las arcas públicas. Sólo quiero asegurarme que sean bien invertidos los dineros. Pero no porque desconfíe de sus ideales, sino por sus métodos para lograrlo. ¿Cree efectivamente que esta Universidad, tan ambiciosa como usted la sueña hacia el futuro, será la verdadera solución para las problemáticas de estos muchachos?

-Sí –se apresuró en afirmar-. Sí, señor Presidente. Y usted lo sabe también, no se haga, lo vi en sus ojos cuando miraba a Ancízar después del discurso. La educación es la única vía para arrebatarle a la miseria y el atraso a muchos jóvenes que hoy no tienen esperanzas en luchar por sus tierras, por sus familias, y deciden vagar por las grandes ciudades al acecho de patrones explotadores, o que, seducidos por los encantadores discursos de las guerrillas, entregan su vida a las armas. Sí Presidente, sí y mil veces sí la formación integral de estos muchachos es la solución definitiva para su transformación integral... –a esta altura el cura jadeaba tanto que tuvo que tomar un poco de jugo del vaso de Lleras para continuar-. Porque, eso sí, lo que se trata de grandes cambios, de esos giros radicales que necesita urgentemente nuestro campo y nuestra sociedad, de eso están encargados ustedes, nuestros dirigentes. Yo tan solo soy un simple cura que transmite una palabra: una palabra apostólica y social.

Callaron unos segundos. El padre, todavía algo agitado, olvidando por completo su café, siguió bebiendo del vaso del Presidente. Sobre la mesa, donde se agolpaban cada vez más hormigas atraídas por las marcas rastros de jugo en la madera, reposaba uno de los planos que el sacerdote había llevado consigo durante todo el paseo por el campus universitario. Lleras se fijó en los dibujos, salpicados de los diminutos y vacilantes insectos, de las instalaciones que a futuro se levantarían por todo un campus moderno, apto para recibir cientos, tal vez miles de personas. Su mente se deleitó un instante en imaginar... De repente, algo llamó su atención; en la ventana, afuera, bajo el ardiente sol de la tarde, caía una lluvia negra, espesa, compuesta por finas fibras de gotas cobrizas arrastradas por el viento.

-Eso es pavesa –rompió el jesuita con el silencio-. Ahora a los ingenios les ha dado por quemar la caña antes de cortarla. Así acaban con un montón de plagas y pelusas. El viento transporta la ceniza varias veces al mes... Es una lluvia aciaga.

-No deja de ser paradójico.

-¿El qué? ¿La ceniza de la caña?

-No, todo eso del progreso y el desarrollo de la sociedad. Las vías alternativas que usted promueve y las otras que dominan allá afuera en el mundo y en el campo, se necesitan entre sí, unas dependen de la existencia de las otras para sobrevivir. Crean un ciclo constante.

-Ciclo que puede interrumpirse si se logra la auto suficiencia, la satisfacción interna de las más básicas necesidades. Sí, trabajamos en eso. Es el más ambicioso sueño de todos. Algunos entienden por auto sostenibilidad aislarse completamente del mundo exterior, cuando en realidad supone distribuir, compartir las comodidades con quienes lo necesitan, como esas fincas campesinas que llegado el verano han cosechado tantos plátanos y guayabas que tienen que regalarlas a la gente que pasa por los caminos antes que se pudran. Yo mismo me he beneficiado alguna vez de esa suficiencia campesina cuando me voy de paseo por las veredas. Y usted también se va a beneficiar, no crea, ya mismo mando que le carguen en el carro tomates, mazorcas, cebollas y mangos de nuestras huertas para que lleve a la ciudad.

-No recordaba eso del campo...- dijo Lleras.

-Tanto tiempo de encierro en la ciudad que termina uno convencido de que cuando sale al campo, como servidor, va a prestar su ayuda y sus conocimientos, pero al final uno es el que sale cargado de regalos ¿No es eso?

-Sí, supongo que es eso... -el Presidente se levantó del sillón-. Cuente con mi apoyo, padre Francisco —dijo, rascándose el punto rojizo que comenzaba a inflamarse en su mejilla-. Al menos para construir el acueducto, por el momento. Ya veremos más adelante como marcha la cosa. Por ahora debo continuar con mi agenda. Fue un verdadero gusto.

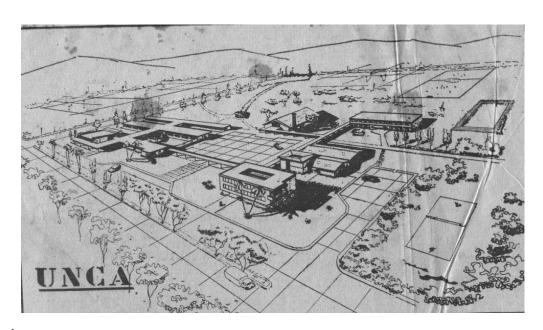
-Espere. No querrá salir y mancharse su bonito vestido con la ceniza que llueve.

-Estoy retrasado, padre. No se preocupe, iré por la sombra.

El jesuita levantó su corpulencia y estrechó, más fuerte aún que cuando se habían saludado, la frágil mano del mandatario.

-Esperaré noticias suyas, Presidente. Las esperaré...

Lleras había salido hacía varios minutos de la sala. Las hormigas seguían, innumerables, su atolondrado curso hacia ninguna parte mientras el sacerdote, hundido en su asiento, con la mirada fija en el plano sobre la mesa, parecía extraviado en sus turbias reflexiones. Afuera, seguía lloviendo pavesa de caña.



Ésta ilustración de la Universidad Campesina, publicada en la prensa regional de entonces, correspondió a la concepción original de lo que sería su planta física, más no de la que en realidad fue o es ahora..

2. UNA NACIÓN CONVULSA

Los proletarios, sin duda alguna, son por naturaleza tan ciudadanos como los ricos, es decir, partes verdaderas y vivientes que, a través de la familia, integran el cuerpo de la nación, sin añadir que en toda nación son inmensa mayoría.

PAPA LEÓN XIII
RERUM NOVARUM

A mediados del siglo XX la agitación social en Colombia era una chispa encendida precipitándose a través de una corta mecha hacia la nefasta carga de la dinamita final. Poco tiempo había pasado desde el término de la saga de presidentes liberales que gobernara al país desde 1930, año en que Enrique Olaya Herrera derrotó en reñidas elecciones a los conservadores que acumulaban treinta años de una cuasi eterna hegemonía en el trono presidencial. Fueron unos presidentes reformistas, estos liberales, representantes de una acaudalada élite industrial modernizadora y progresista que arriesgó el bienestar social del país en aras del crecimiento económico de unos pocos gremios comerciales y manufactureros. Ahora el partido conservador regresaba de nuevo al mando, esta vez más implacable que nunca, con las figuras de Mariano Ospina Pérez y de Laureano Gómez a la cabeza, y con numerosos explosivos sociales a punto de estallar.

El enemigo público al que se acechaba sin tregua por entonces, en Colombia y Occidente entero, era el comunista. El clima tenso caldeado durante la guerra diplomática entre los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas contaminaba el aire de aquellas naciones que no apoyaban a ninguno de los dos polos pero que ineludiblemente registraban en el foco de influencia de alguno de ellos. Colombia, al igual que parte de América Latina, históricamente han respondido al forzoso llamado del gigante del norte, y esta ocasión no sería la excepción, al convertirse su alta capa estatal en un satélite más dentro del dispositivo anticomunista que recibía las órdenes emitidas desde las centrales de inteligencia norteamericanas. Un antecedente desde el cual podría rastrearse el origen de la persecución ideológica y armada de los pensamientos políticos alternativos; perpetrada a lo largo y a lo ancho del territorio, es desde entonces la trama central del cíclico devenir de la tragicomedia colombiana; sus agentes, meros actores de reparto que se intercambian los papeles para ejecutar los actos de esta violencia sistemática.

El pueblo fue un espectador de la transformación del concepto "comunismo" hacia cualquier expresión política surgida al margen del pacto bipartidista, lo que hizo de movimientos subalternos de reivindicación social, como el sindicalismo y la lucha campesina, objetivos directos de los implacables aparatos policiales manipulados por las élites políticas en el poder. Por eso el ligero armisticio entre liberales y conservadores durante los años treintas: las dos fuerzas políticas decidieron estrechar las manos y unir esfuerzos en aras de la neutralización de la amenaza roja. Un peligroso matrimonio que desenmascaró el rostro natural del partido liberal, vocero de un pensamiento liberal en lo económico e intencionadamente conservador en

lo político. La masiva matanza que fuerzas estatales cometieron contra trabajadores de la United Fruit Company que protestaban por la pésima calidad de sus condiciones laborales es el acontecimiento más recordado de esta implacable cacería político-social, pues el que un grupo de huelguistas amotinados en un rincón del Caribe colombiano demostrara la capacidad para desestabilizar la producción de toda una multinacional bananera, evidenció el potencial organizativo del pueblo y la urgente necesidad de reforzar alianzas que resguardaran por todos los medios posibles el codiciado cetro nacional. La mecha seguía consumiéndose, lentamente, y la clase política parecía empeñada en adicionar más pólvora al sobrecargado explosivo de sus confabulaciones.

La carga explosiva más letal fue instalada en el campo. La crisis mundial de 1929 repercutió tenazmente en la sociedad colombiana. Pronto las ciudades se llenaron de desempleados, las inversiones extranjeras abandonaron por un momento los recursos del territorio, los impuestos de las aduanas disminuyeron porque ya no llegaban mercancías de lugares lejanos y la economía nacional quedó estancada como boya en mar adentro. Siendo Colombia un país rural y dependiente de su economía agraria, es comprensible que la dirigencia nacional haya puesto todas sus esperanzas en el campo como salvador de sus empobrecidas finanzas. Desde entonces se comenzó a pensar en una redistribución de las tierras concentradas en las acaudaladas clases terratenientes y se incentivó la colonización de zonas fértiles y sin explotar, sobre todo aquellas ubicadas en las desoladas cumbres de las cordilleras central y occidental, migración que originó, a su vez, los primeros conflictos entre colonos y propietarios por la posesión de la tierra.

Si bien el movimiento campesino había adquirido cierto impulso en su lucha ideológica y reivindicativa, no existía para entonces una asociación a nivel nacional que aglomerara a este vasto sector poblacional, aunque sí pequeñas sociedades de colonos y sindicatos agrarios que sembraron la semilla de la lucha campesina de la segunda mitad del siglo XX. Su objetivo ha sido siempre el mismo: obtener el derecho de propiedad sobre la tierra y ejercer el deber de trabajarla.

Otra de estas bombas sociales la conformaban los sectores obreros que comenzaban a surgir tímidamente en forma de modestas asociaciones alrededor de todo el territorio nacional. La grave situación de opresión y encadenamiento que mantenía la clase burguesa sobre los trabajadores en el país y en el mundo entero, así como los numerosos intentos de insurrección proletaria (victoriosos algunos, ineludiblemente fallidos muchos otros), ocurridos en lugares tan lejanos como Rusia y China, caldeaban los ánimos de resistencia y disputa (incluso armada) de los sectores subalternos, no sólo de Colombia sino de toda América Latina, quienes veían a sus anhelos revolucionarios esperándolos a la vuelta de la esquina.

El Estado supo muy bien cómo aplacar estas luchas marginales imponiendo sus propias reglas de juego. Desde su famoso gobierno de la Revolución en Marcha (1934-1938) Alfonso López Pumarejo propició una acelerada modernización del aparato estatal colombiano con el objetivo de adaptarlo a las lógicas del desarrollo capitalista en el paso consecuente a la superación de su tradicional modelo oligárquico, anquilosado, obsoleto, con la mirada siempre fija en el pasado, que sin embargo terminaría conservando sus atrofiadas estructuras. Uno de los efectos

de esta modernización burocrática fue la institucionalización generalizada a todos los niveles de la relación entre ciudadano y Estado. Las reformas constitucionales de López legitimaron las expresiones de inconformidad social, como la huelga y el sindicato, modos de movilización antes inconcebibles y ahora aceptados por el nuevo estado social de derecho en plena consolidación. Sin embargo, la legalización de la lucha fue contraproducente para sus metas más elevadas. A los sindicatos, absorbidos por la maquinaria burocrática del estado moderno, no les quedó otra opción que entrar en el juego bipartidista. En últimas el gobierno de López Pumarejo terminó cumpliendo su consigna de hacer la revolución por los medios legales y no por los violentos: aplacó la insurrección de los sectores oprimidos mediante la institucionalización de su causa y sentó las bases para hacer lo propio en tiempos posteriores, cuando la amenaza de una revolución armada llamara a las puertas de los poderosos.

Pero junto a los obreros y los campesinos también se encontraban los gremios artesanales, los movimientos indigenistas y todos aquellos sectores excluidos que buscaban espacios de participación política. Ninguno de ellos encontró el respaldo político necesario de los partidos dominantes. El Partido Comunista, histórico aliado de la lucha obrera, se encontraba totalmente deslegitimado y sin influencia política alguna que le ayudara a captar grandes masas de seguidores, en gran parte debido a sus propios conflictos y desarticulaciones internas, pero también a la feroz campaña de desprestigio emprendida desde los partidos tradicionales.

Bajo la magnitud coyuntural de la Ley 200 de 1936, surge la vaga esperanza de una redistribución social de la tierra. El conflicto social había comenzado a tomar el camino de los enfrentamientos, muchos de ellos armados, por terrenos privados que reclamaban los campesinos. Entonces comenzó a ser común ver en la prensa y oír en las calles las noticias sobre haciendas y otras propiedades rurales que los campesinos inconformes invadían a la fuerza a falta de una norma social que los favoreciera. Con el fin de apaciguar los exaltados ánimos populares y de intentar proponer una salida jurídica a estos sucesos violentos que enfrentaban a civiles inconformes contra la fuerza pública por todo el país, el gobierno de López Pumarejo sancionó esta Ley de Tierras, la primera en la historia colombiana. El propósito de esta incipiente Reforma Agraria fue el de otorgarle a la propiedad privada una función social o, en otras palabras, adjudicar las tierras de los grandes propietarios a los campesinos desposeídos para que la trabajaran. Si bien la aprobación de la ley disminuyó el número de conflictos locales en el curso de los años siguientes, su aplicación padeció de impedimentos legales y de aplazamientos inconvenientes para la urgente situación social del país. Años más tarde, terratenientes conservadores y liberales, unidos, promovieron la sanción de la Ley 100 de 1944 bajo el segundo mandato de Alfonso López Pumarejo. Su aprobación supuso un retroceso a la ley social de ocho años antes, pues restauró las condiciones que disfrutaban los terratenientes antes de su promulgación e impidió a los campesinos el derecho de propiedad sobre la tierra.

Algunos liberales, por su lado, conformaban un brazo popular muy poderoso apoyado por una multitud amorfa de seguidores de los más variados y marginales orígenes. Orientada por una retórica populista que pretendía evadir el despótico bipartidismo dominante, esta ideología condenó la dictadura de la oligarquía y pensó la consagración de lo público para el bien común. Este movimiento demostró toda su debilidad y anarquía el 9 de Abril de 1948, cuando su

afamado líder, el cucunubense Jorge Eliécer Gaitán, sucumbió por tres disparos en las calles de Bogotá, y junto con él todos sus enardecidos discursos y prosélitos, que, embriagados por la babaza de la ira que exhalaban de sus bocas y movidos por el frenesí de las circunstancias, se arrojaron al saqueo y a la matanza, a la masacre, demostrando así la total inconsistencia estructural de su movimiento, ensanchando las oposiciones de los polos sociales, y desatando, según las esquemáticas cronologías de los historiadores, la guerra civil más importante durante el siglo XX en Colombia, mejor conocida con el eufemismo de La Violencia.

La bomba había estallado y el país entero veía cómo la esperanza por una resolución pacífica del conflicto agrario se esfumaba entre el corrosivo humo de la explosión social.

En fin, los sindicatos estaban desahuciados. Carecían de una ideología, de un horizonte, de rumbo fijo. No tenían a nadie en quien confiar. La oligarquía, atemorizada por las expresiones de brutalidad demostradas el día de la muerte de Gaitán (cuyas asonadas no se pueden reducir al famoso Bogotazo, pues se extendieron ese mismo día, con repercusiones más graves incluso, por muchas otras ciudades y regiones de Colombia), había decidido tomar medidas concretas para frenar el descarrilado movimiento de la acción popular, que amenazaba con la inminente toma de las armas. Las élites dirigentes del Estado entonces miraron hacia donde han mirado siempre que el pueblo parece subir su temperamento desafiando los paradigmas establecidos por el contrato social: hacia la Iglesia.

Conciliadora de rivalidades perpetuas, mediadora de las causas perdidas, la Iglesia ha desempeñado el papel de intermediario entre el piadoso pueblo colombiano y el Estado consagrado al Sagrado Corazón. La Iglesia Católica también protagonizó el conflicto agrario colombiano, pues acaparó durante siglos la mayor cantidad de tierras productivas, hasta 1861, cuando el presidente de los entonces Estados Unidos de Colombia, el payanés Tomás Cipriano de Mosquera, decretó la expulsión de los jesuitas y la desamortización de los bienes de manos muertas, sentencia que devolvió todo el patrimonio eclesial a las manos del estado representado en los terratenientes que no desaprovecharon ni un segundo de la repartición del botín. Para el siglo XX, desde su programa de Acción Social Católica, apostolado internacional surgido dentro del marco de su Doctrina Social, la Iglesia instituyó una serie de proyectos e instituciones orientadas a la formación y evangelización de la población rural, la promoción de la organización comunal y la moderación de la protesta social por las vías cristianas, creadas, en mayor o menor medida, para contrarrestar el impetuoso avance del sindicalismo radical y de otras formas extremistas de movilización social que ya comenzaban a propagarse por todo el territorio colombiano.

Es en este contexto que aparece el personaje del Padre Francisco Javier Mejía. El Episcopado Colombiano, que había encargó desde el principio la coordinación de Acción Social Católica a la Compañía de Jesús, encontró en el Padre Mejía, figura legendaria de la defensa de los derechos de los trabajadores, un aguerrido misionero de la empresa colectiva y un utópico obstinado de la justicia social y del bien común. La precaria situación de la clase obrera hizo volcar su vocación hacia un apostolado social enfocado en la educación de quienes tenían

vedado este derecho. En 1945, con el apoyo del Partido Conservador, funda SETRAC (Selección de Trabajadores Católicos), movimiento sindical con ingredientes ideológicos cristianos y mecanismos moderados e institucionalizados de actuación, el cual, posteriormente, se convertiría en la Unión de Trabajadores Colombianos (UTC), el movimiento sindical con mayor influencia y aceptación en la sociedad colombiana por contar con el apoyo de los conservadores y de la Iglesia. Entre sus logros se cuentan también la fundación de Cruzada Social y de Unión Cooperativa Nacional, en su momento la banca solidaria más importante del país.



Francisco Javier Mejía S.J.

Pero la labor social que la Iglesia realizara en la promoción de los sindicatos y la organización de la Acción Comunal a través del sindicalismo cristiano como mecanismo alternativo a la catarsis del descontento popular (que contó con muchos opositores entre la dirigencia), y que parecía totalmente concentrado en las grandes ciudades donde resistía el proletariado, también contó con una propuesta para la problemática en el campo.

Producto de la captación estatal y de la manipulación ideológica partidista, el Episcopado, preocupado por la voraz proliferación del comunismo agrario importado de Cuba y China, posibilitó, en 1946, el nacimiento de la primera gran organización nacional de campesinos del país, la Federación Agraria Nacional (FANAL). También allí se manifestó la labor misionera de Pacho Mejía, llevando a la práctica las promesas del reformismo agrario de la década pasada, apoyando a los campesinos en la recuperación de sus tierras y promoviendo el mecanismo de la acción comunal como modelo de organizaciones sociales de base.

Entre 1952 y 1957, años oscuros para la historia nacional en que el velo distractor de la dictadura militar de Rojas Pinilla permitió la matanza desaforada entre liberales y conservadores en montañas y campos, el comunismo había permeado amplias capas de la sociedad nacional. El exceso de brutalidad y sangre inocente derramada en estos años había alcanzado dimensiones tan descomunales que los dirigentes de los dos partidos en disputa, preocupados al ver el terreno avanzado por la izquierda y por la organización popular mientras ellos decidían por las armas lo que no pudieron en los púlpitos, disolvieron esta situación por

medio de un pacto que, más que soluciones, significó la apertura para más exclusión, violencia y desigualdades sociopolíticas. El nombre que recibió este nuevo sistema de gobierno consumado en 1958 fue el de Frente Nacional. Sus formuladores aseguraban que garantizaría el fortalecimiento de la democracia y la participación de la ciudadanía, pues conservadores y liberales ahora conciliarían una repartición del poder cada cuatro años para prevenir su choque armado. Fue un pacto excluyente en muchos sentidos, un tratado encerrado en los intereses de algunas élites que ignoró a quienes soportaron los horrores de la guerra, los campesinos, y un acuerdo bilateral para borrar la memoria de todo un pasado violento que, sin definir víctimas ni culpables, comenzó a escribir una nueva Historia de los vencedores con la tinta sangrienta de la impunidad y del olvido.

Sin embargo, ya para este momento la impetuosa carreta de la ola roja había transformado el panorama político de algunas naciones en América Latina, alborotando violentamente el orden estatal de Cuba y amenazando con tomarse los estrados del poder político en países como Chile y Nicaragua; sus banderas eran ondeadas por un número cada vez mayor de estudiantes en las facultades universitarias, sus ideas, aceptadas por las clases medias inconformes que salían a protestar furiosamente en las calles, y sus mecanismos de acción empleados por las robustecidas organizaciones obreras, campesinas, y todas aquellas que representaban movimientos sociales que sólo encontraban en el modelo de desarrollo capitalista dominante un aparato productor de injusticias, desigualdades y necesidades insatisfechas.

En Colombia, este furor por las ideas izquierdistas también tuvo su expresión política que orientó sus ideales bajo la luz cegadora de una sola ilusión con nombre propio: la Revolución. Ya el movimiento campesino había atravesado varias etapas de su historia, mutando de las pequeñas asociaciones regionales al período sangriento del bandidismo y furia desbocada en forma de guerrillas liberales de La Violencia, hasta consolidarse bajo organizaciones más sólidas y estructuradas a nivel nacional fomentadas por el Estado, como es el caso de la Asociación de Usuarios Campesinos (ANUC), formada en 1967. Sin embargo, dentro del movimiento campesino también se presentaron dicotomías ideológicas y programáticas que dieron paso a la fragmentación del movimiento. Inspiradas por el triunfo ensordecedor de la revolución cubana, algunas organizaciones campesinas, impotentes ante el avasallador influjo del Estado, decidieron tomar el rumbo de las armas y salir al monte a pelear por lo suyo. Es entonces cuando surgen las primeras guerrillas de corte marxista-leninista como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1964, el Ejército Popular de Liberación (EPL) en 1965 (brazo armado del Partido Comunista que luchaba en el noroccidente colombiano), y el Movimiento 19 de Abril (M-19) en 1970, conformado por las facciones radicales de la ANAPO. Todas buscaban lo que el sistema económico mundial les negaba mediante su expresión política frentenacionalista, a nivel nacional: una participación política más relevante que la dispuesta por el frágil mecanismo del voto, más espacios en donde los diversos discursos políticos y el ciudadano entraran a dialogar con el Estado y a incidir sobre su destino sin temor a la persecución o a la condena pública.

Como respuesta a la creciente violencia desatada en este período y como paliativo a las demandas populares, el estado, durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo, comenzó a implementar la figura de la Acción Comunal mediante la Ley 19 de 1958. Con este paso se

pretendía convertir a la Acción comunal en el organismo fundamental de comunicación directa entre la ciudadanía y las instituciones del Estado, empoderando a comunidades sobre las decisiones que los afectan y sobre la gestión del desarrollo de sus territorios, de sus dinámicas locales, de su realidad más inmediata.

La ley, sin embargo, estancada quedó en sus ideales, y limitada por sus vicios y lagunas internas, la Acción Comunal fue condenada a ser el artilugio legítimo mediante el cual las clases hegemónicas modificaron su habitual relación de patronazgo con el pueblo; saturados de procedimientos clientelares e impulsada por relaciones de completa dependencia, el Estado encontró en estos organismos civiles rutas directas para perpetuar el asistencialismo que adormece la mirada crítica de las personas y hace de la limitada autonomía de las comunidades un juguete más de su voluntad.

Así se configuraba la realidad nacional y mundial de las décadas intermedias del siglo XX. La conclusión más importante: el entorno en el que surge la Universidad Campesina es de intensa convulsión en las entrañas de la sociedad colombiana, de guerra manifestada en una relación agresiva y corrupta entre la clase política administradora del Estado, una clase que, como se vio, fue y sigue siendo heterogénea, fraccionada y dividida por los intereses económicos que la ha enfrentado política y militarmente en campos y ciudades, reuniendo fuerzas únicamente para atenuar la incansables intensiones de organización popular, delegando a otras instituciones, como la Iglesia, las funciones que no era capaz de ejercer como élite rectora del estado; y condenando al conjunto de población que prometieron gobernar y defender, a ser víctimas de sus constantes luchas intestinas por el triunfo en esta sangrienta rivalidad por el poder.

3. LA ACALORADA SITUACIÓN DEL VALLE DEL CAUCA

Inspirada en el principio del bien común y en la necesidad de extender a sectores cada vez más numerosos de la población rural colombiana el ejercicio del derecho natural a la propiedad, armonizándolo en su conservación y uso con el interés social, esta Ley tiene por objeto...

LEY 135 DE 1961 DE REFORMA AGRARIA

Cuando el episcopado colombiano envió al Padre Francisco Javier Mejía al Valle del Cauca lo hizo con un propósito específico: combatir la doctrina marxista que proliferaba entre los círculos sindicales de la región a través de los postulados evangélicos de la Doctrina Social de la Iglesia. La orden fue emitida por el Arzobispo de Cali, Monseñor Uribe Urdaneta, conocedor de la labor misionera promovida por la Compañía de Jesús, quien, alarmado por la creciente violencia que experimentaba la región, confió a la formación evangelizadora de los jesuitas la moderación y pacificación de los diferentes sindicatos agrarios amparados por la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), de evidente corte comunista. La táctica adoptada por el Padre Mejía fue la que lo caracterizaría en el apostolado misionero de toda su vida: formar a los líderes obreros en estrategias de cooperativismo y mecanismos de Acción Comunal para concienciarlos de su capacidad de influir en las decisiones que los afectan. Dos fueron las fórmulas para cumplir con este objetivo: la primera, conformar pequeños sindicatos de campesinos y obreros independientes, lo suficientemente aleccionados para que el comunismo no penetrara en ellos, todo, repito, encaminado bajo las directrices de la Doctrina Social de la Iglesia; la segunda fue la institucionalización de la fórmula anterior, la Universidad Obrera. Fundada en 1961, esta ambiciosa obra del padre Mejía nació de la mano de otro sindicato que reunió a los que se conformaban bajo el apoyo eclesiástico, la Unión de Trabajadores del Valle del Cauca (UTRAVAL).

Era 1960. La violencia bipartidista había hecho estragos por toda la región, especialmente hacia el norte, territorio dominado por Los Pájaros, grupos paramilitares conservadores que sembraron el terror durante las décadas anteriores. Ahora el Valle del Cauca experimentaba el crecimiento económico más vertiginoso de toda su historia: el desarrollo podía verse todos los días trabajando, en los trenes abarrotados de caña que salían de los enormes ingenios azucareros, en los masivos contenedores de mercancías extranjeras que se descargaban en el puerto de Buenaventura, en las nuevas carreteras que comenzaban a conectar ciudades, pueblos y mercados, y en la abrupta expansión de centros industriales como Cali, Yumbo o Palmira. Pero al tiempo que las bondades del desarrollo técnico fabricaban las dichas de algunos propietarios, otros tenían que resistir los efectos colaterales de la abundancia.

Con todo, el Valle del Cauca se había convertido en una puerta abierta para la entrada del turbulento fantasma de la Revolución. La razón, el acelerado proceso de industrialización que experimentaba desde años atrás el valle geográfico en su acondicionamiento a las demandas

del mercado mundial de alimentos y materias primas derivadas de especies vegetales. Este proceso es fundamental para comprender el conflictivo contexto en el que nació la Universidad Campesina. La pertinencia de, así sea someramente, analizar el cambio del paisaje natural se justifica porque el entorno determina muchos aspectos de la mentalidades de las poblaciones que lo habitan, engendra imaginarios que definen la relación del hombre con la naturaleza, funda la identidad de los pueblos (es decir; la manera de percibirse a sí mismos y ante los otros) y explicaría, por supuesto, la carrera por la sostenibilidad regional que abandera IMCA en la actualidad.

La escena rural de la región constituía un complejo entramado de actores sociales vinculados por su dependencia al recurso natural por excelencia: la tierra. Un observador ubicado en alguna cima de las cordilleras colindantes habría gozado de una vista en conjunto del paisaje boscoso de la zona plana hacia principios del siglo XIX. Sus sentidos se habrían deslumbrado por el verdor intenso salpicado de infinidad de radiantes colores florales y de la ruidosa algarabía de animales que emanaban de los bosques y las florestas silvestres que se extendían a lo largo y ancho de la planicie, tan espesas que impedían seguir con la mirada el serpenteante curso del Río Cauca. En diferentes puntos, las vastas haciendas ganaderas que las castas terratenientes habían heredado de sus ancestros coloniales imponían su dominio sobre el paisaje. Eran inmensas praderas desnudas en donde la ganadería extensiva era una actividad económica tan rentable que permitió a esta clase hacendada acumular grandes volúmenes de capitales y, por consecuencia, la suficiente autoridad política para transformar su realidad circundante. Nuestro afortunado observador también habría adivinado, si fijaba su atención en los más mínimos detalles, diseminadas en las riberas fértiles de los innumerables arroyos, numerosas casas donde las familias campesinas basaban su economía en sus pequeñas aunque fecundas parcelas abundantes en sorgo, maíz, fríjol, plátano y árboles frutales que enriquecían la diversidad biológica y alimentaria de la región, y de cuya producción dependía el abastecimiento de los mercados urbanos cercanos.

Pero desde mediados del siglo XIX en este paisaje agrario apareció un nuevo actor que modificaría drásticamente su entorno natural. Una nueva clase burguesa liberal, defensora de la apertura de los mercados y poseedora de los capitales suficientes para efectuar importantes inversiones en el sector agropecuario, se convirtió en la oposición a la tradicional clase terrateniente dominante, compitiendo con ella por la tierra y el poder político entre la población. Seduciendo a la maquinaria gobernante con sus exorbitantes capitales con los que prometían prosperidad, orden y progreso, esta naciente clase empresarial logró cooptar el aparato institucional del Estado para facilitar los procedimientos burocráticos y el flujo de los fondos necesarios para materializar sus proyectos empresariales. El conflicto entre terratenientes y empresarios por la propiedad de la tierra a finales del siglo XIX es un antecedente de la violencia rural que azotó al Valle en el siglo siguiente. Paulatinamente los ganaderos fueron desapareciendo de la escena y sus amplios potreros de ganadería (cuya producción aportaba el mayor número de ingresos a las arcas departamentales para 1950) fueron remplazados por los monocultivos de caña de azúcar. Los pequeños productores campesinos, incapaces de competir desde sus minifundios familiares contra los masivos usufructos de las maquinarias agroindustriales, fueron obligados a abandonar sus parcelas y a migrar hacia las montañas o las ciudades cercanas, a replantear su identidad y su cultura tradicional, y de paso alimentar los gérmenes del rencor que forzaría a algunos a tomar la senda violenta para recuperar lo que por derecho consuetudinario les pertenecía.

Para la mitad del siglo pasado la economía nacional había alcanzado uno de sus puntos más altos desde que el monocultivo de caña de azúcar fuera lentamente introducido al Valle gracias a las conclusiones extraídas de los estudios realizados por las misiones Chardon (1929) y Currie (1950), comisiones técnico científicas traídas a Colombia con el fin de evaluar su situación agraria desde el plano financiero. Desde sus particulares perspectivas, estas misiones concluyeron que las fértiles tierras del valle geográfico tenían un gran potencial para cultivos de dimensiones industriales de caña de azúcar, cacao, algodón, tabaco y arroz, razón por la cual recomendó al departamento y al Ministerio de Industrias de la época, junto con muchas otras cosas, la contratación de entidades estadounidenses que controlaran la producción agrícola de la región. En otras palabras, el estado colombiano facilitó el traslado de técnicos estadounidenses para que le enseñaran a la población local (en últimas, campesinos vallecaucanos) cómo cultivar la tierra desde los modernos sistemas agroindustriales. Los resultados de estas misiones supusieron el punto de transición definitivo para la modernización del paisaje vallecaucano. El objetivo último del Informe Currie fue proponer un programa de desarrollo para el país basado en el replanteamiento de su producción agropecuaria, ignorando con descaro el agudo conflicto por la repartición de la tierra que ha perseguido como una maldición perpetua a este país desde tiempos anteriores a sus orígenes como estado nación.

Las misiones de Chardon y de Currie son apenas dos ejemplos de una tendencia mundial que por entonces comenzaba a ponerse en boca de los políticos de turno y prometía ser la salvación de la humanidad entera después la nefasta arremetida de dos guerras mundiales, la cual sintetizaba todas sus ilusiones en una sola palabra: el Desarrollo. Este mesiánico concepto, heredero del Progreso defendido por los estadistas del siglo XIX y que aún perdura en muchas banderas y escudos patrios de las naciones occidentales, aseguraba ser la soga que socorrería a la humanidad de la fosa de miseria y desolación en que la había sumido las vertiginosas dinámicas del capitalismo salvaje. Amparados bajo el convincente discurso de la racionalidad científica, perseguidora incansable del progreso humano, el amor a la cultura y la unión entre los pueblos, los novedosos programas de desarrollo que comenzaron a surgir en el mundo entero pretendían acabar con la pobreza de las naciones explotadas a través de la modernización de sus infraestructuras, de programas de asistencia social para la población empobrecida, de la apertura económica hacia los mercados internacionales y del fomento de la inversión extranjera con el fin de impulsar la economía de esas naciones consideradas, peyorativamente, subdesarrolladas. La suma de todas estas medidas bien ejecutadas, afirmaban sus ideólogos, resultaría en la paz y la justicia social que suponían la raíz de todos los males de los países atrasados. Confiada a esas deslumbrantes esperanzas la humanidad, que en el intento desesperado por salvarse a sí misma tomara la soga desarrollista arrojada por las organizaciones internacionales y los estados modernos para sacarla de la fosa de su condena, terminaría ahorcándose con ella.

Una de las banderas que tomaron estos programas de desarrollo fue el fomento a la renovación de las técnicas agrícolas por medio del uso de agroquímicos, maquinaria industrial y

procesadoras de alimentos que dispararon el ritmo de la producción alimenticia alrededor del mundo. En otras palabras, justificaban la sobrexplotación de la naturaleza y sus recursos vitales en aras del progreso humano y el crecimiento económico de unos pocos que se repartirían el botín después de olvidar algunas migajas en el suelo. Con ese primordial objetivo acudieron las misiones de Chardon y de Currie a Colombia, representantes de grandes empresas de alimentos que tenían el ojo puesto en las tierras del país ahora convertidas en las fértiles despensas de sus propios caprichos financieros. Desde entonces el cultivo industrial de caña de azúcar fue la opción más viable de explotación de las tierras del valle geográfico, pues con la ayuda de perniciosos insumos químicos y de un número reducido de corteros mal pagados, era posible cosechar una planta aprovechable para el consumo humano, animal, y para la producción de papel, de biocombustibles y un sinfín de usos industriales que generan a los ingenios usufructos por montones y perjuicios irreparables a la naturaleza.

Si un nuevo observador, siglo y medio después, regresara a aquella cima en la que antaño su antecesor disfrutó del exuberante paisaje vallecaucano, una sensación de náusea invadiría su pecho al observar abrirse enfrente de sí un descomunal complejo industrial de caña de azúcar surcado por ríos muertos y fragmentado en innumerables focos urbanos en irrefrenable expansión.

Quién sabe si el padre Mejía era consciente de esta situación al poner su primer pie en el Valle, en 1960, cuando el problema ambiental ni figuraba en las agendas políticas de nadie. Pero de lo que sí era consciente era de las penosas condiciones en las que estaban sumidos los sindicatos agrarios. Uno de ellos, el movimiento sindical de los ingenios, pasaba por una situación tan crítica que su insurrección amenazaba al poderoso aparato agroindustrial de la región. Los sindicatos del azúcar son el tipo de organizaciones obreras radicales que el Padre Mejía tenía la misión de apaciguar. Tan agresivos y firmes eran estos sindicatos, que no es una casualidad que diferentes estudios suelan comparar al Valle con Cuba, no sólo por el hecho de que los monocultivos de caña que las empresas estadounidenses mantenían en la isla se hubiesen trasladado al valle geográfico después de la Revolución castrista o porque Cali fuese el epicentro de la música afrolatina en el sur del continente, sino porque los ánimos entre los sindicatos marxistas estaban tan agitados que muchos advertían que la dictadura del proletariado se estaba gestando en la tórrida profundidad de los cañaverales y que la revolución irrumpiría abiertamente por el Pacífico.

De lo que también era consciente el Padre Mejía, y se mantenía al tanto de lo que sucediera, fue de la Ley de Tierras 135 de 1961. Desde su sillón en el senado, Lleras Restrepo se encargó de promover un nuevo intento de Reforma Agraria en momentos en que el conflicto social por la tierra pasaba por una de sus más críticas etapas en la historia nacional. La población rural, según el censo de 1964, alcanzaba el 47% de la población total, un alarmante nivel de analfabetismo y con un gran porcentaje en estado de desplazamiento. Colombia, y en general toda América Latina, comenzó a experimentar en esta década un fenómeno que continúa presentándose en nuestros días: la migración de la gente del campo hacia las ciudades. Países rurales por condiciones sus geográficas comenzaron un tránsito hacia la industrialización

generalizada de sus sistemas económicos, proceso que tuvo como epicentro a las ciudades. Prueba de esto son los descomunales crecimientos, disparados en los sesentas, de núcleos urbanos centrales como Bogotá, Cali, Medellín, Bucaramanga, Barranquilla, entre otros centros que buscaban adaptarse a la llegada masiva de personas que por distintas razones abandonaban el campo para buscar mejores oportunidades de vida en sus sobrepobladas calles. Situación razonable si se tiene en cuenta que estos gobiernos progresistas alentaron un crecimiento industrial acelerado en detrimento del desarrollo de las comunidades rurales, que pronto se convirtieron en la periferia del país.

Aun así, los objetivos de la nueva reforma no distaban mucho de los de su antecesora de 1936: adquirir, comprar o expropiar tierras baldías o pertenecientes al sector privado para concederles un objetivo social, es decir, repartirlas entre los campesinos desposeídos e impulsar la productividad del campo colombiano. Con el fin de agilizar las adjudicaciones, administrar las propiedades y acompañar a los campesinos en la apropiación de sus nuevos terrenos, el gobierno creó el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), que en sus primeros diez años de vida logró recuperar, con no pocas irregularidades burocráticas, cerca de dos millones de hectáreas de tierras... Pero las obstrucciones no tardarían en llegar.

Argumentando que el interés social no podía estorbar el progreso de la economía nacional, el gobierno de Misael Pastrana Borrero firmó en 1973, junto con delegados de los dos partidos tradicionales y representantes del sector empresarial, el Pacto de Chicoral, contrato retardatario con implicaciones legislativas que protegió las tierras en estado de explotación de los empresarios y desmontó el proceso reformista, al que muchos tildaban de demagógico y sospechosamente insurgente. En la región, el impedimento legal a la Reforma llegó con el Pacto Azucarero de la Sociedad de Agricultores Colombianos (SAC), en 1964. La misma tesis del potencial productivo de las tierras en proceso de adjudicación, sobre todo al norte del Valle, le sirvió al sector cañero para evadir las exigencias de la Reforma y expandir su emporio agrario.

Surgidas en momentos en que la inminente amenaza comunista irrumpía por Cuba a las entrañas del continente, las tendencias reformistas que recorrieron a Latinoamérica durante los cincuentas, sesentas y setentas, funcionaron más como remedios paliativos al extendido virus de la insurrección popular que como contundentes soluciones a problemas de grandes dimensiones sociales. Así lo demostró el caso colombiano: un gobierno que adjudicaba a los campesinos tierras sin el debido acompañamiento del estado, muchas de ellas áridas, improductivas, alejadas de toda institucionalidad, de servicios y necesidades básicas y, en especial, sin la formación técnica requerida para trabajar en suelos frecuentemente extraños para los campesinos que emigraban de otras regiones del país a ocupar sus parcelas asignadas.

La estadía del Padre Mejía fue muy corta porque aquellos que se encargaron de traerlo fueron los mismos que, alarmados, terminaron expulsándolo de la Universidad Obrera, pues pensaban que a su beato espíritu ya lo había seducido la tentación comunista que pululaba en todo Cali, invadiendo calles, universidades, familias y, ahora, también iglesias.

Su trasegar duró muy poco porque la fama que le había otorgado la Universidad Obrera y su particular carácter contestatario y grandilocuente había llegado a los oídos de la alta sociedad bugueña. Sin demora acudió al llamado que algunas personas, entre las que se destacaban Santiago Vergara, Modesto Cabal, Carlos Durán, Camilo Cabal, Josefina Cabal, Matilde Cabal, Hernando Salcedo y las empresas Ingenio Pichichí, Ingenio San Fernando y Grasas S.A., quienes facilitaron las labores misioneras del jesuita. Su deseo colectivo, motivado por las peticiones testadas por el patricio bugueño Modesto Cabal Galindo, era que Pacho hiciera las gestiones necesarias para la fundación de una universidad tradicional de la Compañía de Jesús, al estilo de la Javeriana, en donde sus hijos pudieran formarse profesionalmente al lado de una orden religiosa como la suya. Pacho Mejía, consciente de la situación de la población rural vallecaucana, seguramente después de haber pronunciado un flemático discurso de sensibilización social, logró convencerlos de la necesidad de dirigir una obra de esas características, pero a los campesinos, que no tenían acceso a la misma calidad de educación que sus hijos podrían encontrar en otras ciudades, y además porque la efervescente violencia en los campos ya desafiaba la prosperidad de los ingenios que ellos regentaban, haciendo necesaria una formación integral en los líderes campesinos que los disuadiera de la opción por las armas. O mejor, en sus propias palabas:

"Porque el campesino constituye el más agudo problema social de la nación; vive en condiciones infrahumanas, es objeto de explotación por parte de gamonales y acaparadores. Por su aislamiento y relativo abandono de los poderes públicos y de la misma Iglesia. El mayor problema es el comunismo agrario que prospera en la miseria y la ignorancia, China y Cuba son ejemplos elocuentes. Porque el campesino representa el 65% del conglomerado nacional. Un pueblo sin educación es un pueblo salvaje, como dolorosamente lo ha comprobado el país a través de la violencia. Para transformar al campesino hay que darle una formación integral y nuestro instituto quiere ser esa solución, no solamente para Colombia sino para toda América Latina, pues los problemas agrarios tienen un común denominador en estos países."

La iniciativa fue incondicionalmente apoyada por la Diócesis de Buga, que en representación del entonces monseñor Julián Mendoza promovió la idea de la Universidad entre los empresarios. Generosamente cedieron pronto grandes capitales de sus carteras y donaron los terrenos de su propiedad en donde se levantarían los muros de una nueva casa social de la Compañía de Jesús. En abril de 1962, por escritura pública firmada por el Padre Mejía en la hacienda La Julia, nació el Instituto Mayor de Ciencias Sociales y Económicas, conocido popularmente desde entonces como la Universidad Campesina. La apertura del ambicioso proyecto

De esta manera comenzaron a dictarse los primeros cursos en una primera sección ubicada en un establecimiento de la actual Calle 1 con Carrera 12 de Buga. Allí asistieron los primeros

alumnos a nivelar su Bachillerato, requisito indispensable para acceder a un tipo de formación especializada. La sección funcionaba en jornadas nocturnas, ya que sus alumnos sólo se permitían estudiar, como es natural, después de las horas de trabajo. Fue la constancia misionera del Padre Mejía la que logró, gracias al convencimiento y a una larga lista de contactos, los materiales necesarios para adecuar estas primeras instalaciones. Pupitres, cuadernos, sillas, tableros, tizas y demás eran suministrados por las familias fundadoras de la obra y por diferentes empresarios y donantes privados simpatizantes con la causa. Así mismo la planta docente estuvo siempre conformada por profesores provenientes de colegios y universidades de la región quienes, conscientes de la urgente necesidad que la comunidad campesina tenía de sus servicios, nunca recibieron más que simbólicas remuneraciones por las lecciones impartidas, consistentes en ver crecer líderes sociales y agentes de cambio.



Líderes rurales atendiendo a las palabras del padre Mejía, durante los primeros cursos dictados en la hacienda La Esmeralda

Ya que la preocupante situación urgía a esta obra social resultados inmediatos, mientras que se construían las instalaciones de la Universidad Campesina a las afueras de Buga, Pacho adelantaba junto a su equipo de trabajo los primeros cursos de nivelación escolar y formación a líderes adultos en los hermosos jardines de la hacienda La Esmeralda, en Guacarí, concedida por Modesto Cabal Galindo, presidente del Ingenio Pichichí. Allí se dictaban cursos de formación de Acción Comunal a los líderes adultos que duraban de 15 a 30 días: se reunían durante tres días seguidos y en jornadas que iban de las 8 hasta las 12 de la mañana, y que después del almuerzo se prolongaban hasta las 6 de la tarde, el Padre Pacho en persona, en colaboración de su séquito de formadores laicos y jesuitas, entre los que se encontraban Jairo Gómez S.J. y el líder social Gastón Jímenez, se encargaban de dirigir los talleres y coordinar la retroalimentación en las veredas. Por la comida y el transporte no había problema: siempre

ha sido una norma de la institución proveer de alimentación y movilidad a todos aquellos que participan en sus procesos formativos.

En La Esmeralda, al igual que en la sede provisional de Buga, los alumnos recibían las bases del cooperativismo, de la Doctrina Social de la Iglesia y algunas nociones de oratoria, recurso que el sacerdote consideraba fundamental para su propuesta de liderazgo cristiano y, sobre todo, esencial para la posterior retroalimentación que debían hacer con sus comunidades.

Las salidas de campo eran de importancia capital, como hoy lo siguen siendo, en esas etapas primigenias. Acompañado de algunos jesuitas y algunas hermanas de La Presentación (colaboradoras incansables con la causa campesina), caminando, montado a lomo de mula o a bordo de un campero cuando la comodidad lo permitía, recorría las montañas en busca de líderes interesados en aceptar su propuesta de formación integral. Como parte vital de su equipaje de viaje, en su mochila siempre listos se encontraban dos pañuelos: uno rojo y otro azul que estaba presto a amarrarse al cuello por si las circunstancias lo obligaban a toparse con el peligroso sectarismo político que pululaba en las montañas.

Así transcurrían los primeros años de la Universidad Campesina, de esta *quijotada*, como la llamaba Pacho Mejía, que él mismo se soñaba con amplios salones y concurridas clases de cooperativismo, sociología rural y sindicalismo agrario que se llevaran a cabo en modernas instalaciones, capacitadas para recibir alumnos campesinos de cualquier rincón del país y, por qué no, también del continente entero. Algunos años después, cuando las instalaciones educativas a las afueras de Buga estuvieron adecuadas para funcionar, se centralizó el proyecto en una sola sede.

No eran muy amables los tiempos que acogían su nacimiento, resultado, al fin y al cabo, de la acción coercitiva sobre la movilización social y popular que el estado ejerció desde tiempos tempranos. La situación social del país y del resto del continente hacían necesaria la aparición de la Universidad Campesina, de una propuesta de formación alternativa que respondiera a los vacíos de todos los modelos imperantes de desarrollo o de resistencia popular de la época, y que excluían sin reservas a aquel ser cuyo arduo trabajo aún soporta los cimientos de nuestra sociedad. Indígena, blanco, negro o mestizo: el campesino.

4. LA UNIVERSIDAD CAMPESINA (1969 - 1978)

Sobre las flojas fibras del cerebro se asientan las bases de los imperios más sólidos. SERVAN

Lunes, madrugada. Siluetas difusas de árboles dibujadas en la oscuridad. Niebla. Sombras. Soledad. El cacareo desesperado de un gallo plomizo rompe el silencio de la noche y despierta a Ancízar González, quien aún se niega a abrir sus ojos por completo y con una mano perezosa tantea la superficie desordenada de su colchón de mimbre, buscando una manta para arroparse. Tan sólo unos diez minutos, se promete a sí mismo, entre los delirios incoherentes de sus ensueños; pero sabe que prolongar más ese acto sobrehumano que supone levantarse a las tres y media de la mañana lo llevará al arrepentimiento cuando el más mínimo retraso lo lleve a perder el único bus que pasa por esos caminos hacia Ibagué. Así que de un definitivo impulso levanta su torso y posa sus pies desnudos sobre la fría madera que cubren el suelo de la humilde casa que comparte con su madre y sus tres hermanas en la profundidad templada de las montañas del Tolima. Ancízar sabe que tiene menos de una hora para ducharse, vestirse, alimentar con hierba fresca a los conejos, echarle a los cuatro perros los sobrados de la comida de la noche anterior, espolvorear algunos granos de maíz y de arroz secos a las gallinas, ordeñar la vaca que solitaria pace en algún rincón de la parcela, dar un silencioso beso de despedida a su madre quien todavía duerme profundamente, tomar todo su equipaje y descender a toda carrera por la empedrada vía (a tientas entre la oscuridad matutina) que lo llevará hasta la carretera principal donde deberá abordar un bus intermunicipal hasta Ibagué, y de allí tomar otro directo hasta Buga, lugar de la sede principal de la Universidad Campesina. Todo esto mientras engulle de un solo bocado la arepa y el agua de panela que su hermana dejó la noche anterior, cubiertas bajo un mantel rosa en la cocina para protegerlas de las moscas, a modo de desayuno de despedida. Sería cruel despertarlas a estas horas, se dijo, igual se volverían a ver en poco tiempo, cuando en la Universidad le concedieran el primer permiso de salida.

Entre las cosas que porta en su equipaje (una pequeña mochila apenas suficiente para cargar cuatro mudas de ropa y un par de libros viejos heredados de su abuelo) se encuentra la carta que el párroco de su localidad, un cura arrugado y vetusto con facciones de gallinazo, le firmó con su mano temblorosa recomendándolo ante el padre Francisco Mejía como campesino perteneciente a su parroquia, deseoso de hacer sus estudios en la nueva universidad de los jesuitas. Era tal vez el elemento más preciado de sus pertenencias, la llave principal que abriría las puertas de su nueva vida como estudiante. Había estado mirándola toda la noche, acostado sobre su cama mientras permitía que las hambrientas ansias del esperado viaje devoraran sus ganas de dormir. Eran las mismas ansias que ahora lo acosaban en medio de

la carrera contra el tiempo para alcanzar el bus, la misma especie de angustia provocada por la incapacidad de ver lo que se esconde al final del camino que ahora mismo comenzaba.

Pronto divisa el camino pavimentado y, a lo lejos, la densa estela de humo que despide el bus a su paso. Ha llegado justo a tiempo. Extiende el brazo, detiene el bus, ingresa por las escaleras metálicas y justo en el fondo, junto al último puesto libre, lo espera su amigo Humberto, otro aspirante a las filas de campesinos del padre Mejía. Ancízar y su amigo hacían parte de los jóvenes que en aquél entonces acudían desde todos los rincones del campo colombiano a responder el llamado de la transformación rural integral anunciada en el centro del Valle del Cauca. Acudían desde Huila, Cauca, Antioquia, la Costa Caribe, Cundinamarca, Nariño y demás regiones la vasta geografía nacional. Pero ellos estaban a sólo unas horas de comenzar una nueva etapa de sus vidas... Acaso los estimulantes versos de la poetisa Irene Zapata Arias, ex alumna de cooperativismo de la Universidad Campesina, alienten la aventura que se encuentran a punto de acometer:

MUCHACHO CAMPESINO

Tienes que ir a la escuela, muchacho campesino.
Después irás al rancho cuando hayas aprendido que para hurgar la tierra es preciso abrir surcos también sobre las letras.

Florecerás de asombro cuando la "A" se instale de lleno en tu constancia.

Posible es que preguntes por qué con "A" de amor se escribe también arma. Con "F" de feliz fusilamiento y fosa.

No enjuicies a las letras que son apenas gotas entre la marejada que forman las palabras.

Las frases tienen alma y son como la tierra que abonada y fecunda propician la cosecha.

Desde el rústico bando de la escuela
la comba de tu espalda
está tendiendo un puente a la esperanza.

Cuando aprendas a unir letras con letras y pases por los libros arando ideas blancas, sabrás con cuanto amor nos habla la tierra y llegarás a dialogar con ella!

¡Porque la tierra canta!
Pero llora también cuando la hieren
hendiendo inútilmente en sus entrañas.
Cuando no es la semilla sino el polvo
radioactivo y estéril que penetra
amargando su savia.

Muchacho campesino resumen de leyendas, reseña de hojarasca bajo plantas deshechas, grita, exige, solicita pregunta:

¡Ea!... señores ... ¡los de allá!
¡necesito mi escuela!
Grita, exige, solicita, comenta
hasta que oigan aquellos
gestores de la guerra
que erguidos en sus juntas y afianzados
en sus panzas repletas vociferan:
"¡PRIMERO ESTÁN LAS ARMAS!
¡Después está la escuela!"

¡Ciegos de temible ceguera!
Diles tú campesino,
Guerrillero del alba
que cada escuela es una
compuerta de esperanza.
Una cárcel que cierra
su estercolero de almas.

Una hogaza caliente
De pie junto a la mesa
seguro, vehemente,
montando fresca guardia.

Desde la escuela estás haciendo verdadera patria!

Trascendental papel el de tus manos tú el arquitecto del pan, que desde la sementera planificas la hambruna o la abundancia.

> Un grupo de canciones para romper el eco de la desesperanza.

¡Que no plantes más armas! ¡Que nazcan más escuelas!

No queremos más armas abriendo brechas agrias entre la piel tostada del hombre que cosecha reductos en la patria.

La sangre se fermenta Y el empozado tedio Se mete en las raíces Del árbol y lo seca.

Y el odio, luego el odio Madura en las espigas Y las aves también se nutren de miseria!

> El pan debe estar pleno de amor Desde la siembra.

> > Muchacho campesino resumen de leyendas reseña de hojarasca bajo planta deshecha,

Grita, pide, suplica, comenta, exige, ¡VOCIFERA! ¡Ea! Señores... los de allá ¡Primero está la escuela! Un día normal en la Universidad Campesina comenzaba a las cinco y media de la mañana. A esa hora todos los internos debían estar listos para comenzar una jornada de estudio, trabajo y oración. Las mujeres en la vieja casa Lourdes, custodiadas por las Hermanas de la Presentación y por la Virgen que le da nombre a la casa, y los hombres apilados en las bodegas ubicadas en la parte trasera del campus, todos sin excepción, a las seis de la mañana debían estar listos para oír la misa que comenzaba a la hora en punto. El cumplimiento de los horarios era tan rígido como la organización de los espacios comunales, es decir, cualquier espacio dentro de la Universidad Campesina. Las clases iniciaban a las ocho en punto. En ese momento los estudiantes debían diseminarse por todo el campus para asistir a los distintos salones donde los esperaban los profesores con tiza y borrador en mano. Ancízar participaba de los cursos impartidos en la sección básica de la universidad, a los cuales se ingresaba después de un riguroso proceso de selección y admisión. Porque para sentarse en los pupitres de esta novedosa universidad se debían, según sus directivas, demostrar algunas condiciones que harían a la persona merecedora de ocuparlos.



Puertas abiertas de la Universidad Campesina

La primera era demostrar, mediante certificados notariales o eclesiásticos, que el aspirante era habitante del campo.

Segundo, tenía que manifestar las cualidades propias de un líder comprometido con el progreso y la organización de las comunidades rurales. El padre Mejía tenía claro que era con los líderes comunitarios con quienes se podía lograr una formación base que luego éste mismo se encargaría de difundir en el resto de su comunidad.

La tercera condición era tener entre 15 y 22 años, no tener obligaciones familiares de tipo paternal y tener certificado hasta el quinto año de educación secundaria, asunto que se podía remediar mediante los programas de nivelación intensiva que el estudiante podía tomar durante las vacaciones junto a profesores especializados.

La cuarta condición suponía pagar la suma de trescientos pesos anuales por el derecho de matrícula, una suma simbólica establecida por el padre director para obligar a valorar al estudiante y a su familia la formación que recibía, y, claro está, para sumarlo a los gastos de hospedaje, alimentación, mantenimiento, materiales, profesores, servicios y una larga lista de etcéteras que el acumulado entero del pago de matrículas de los estudiantes no ayudaba a cubrir ni en el cinco por ciento de su totalidad.

Y la quinta y última condición, acaso la más importante de todas, que se le exigía al aspirante y a su familia, era que, una vez culminados sus seis años de estudio, el joven, ahora titulado, regresaría a su vereda para compartir y trabajar con su comunidad la formación recibida y así operar desde las entrañas de las comunidades el tan anhelado cambio del campesino que se proponía esta universidad soñadora. Incluso se le hacía firmar al recién aceptado un compromiso acerca de esta labor posterior a sus estudios, no sólo con el fin de remunerar la formación recibida en calidad de becarios (porque a todos los alumnos en la Universidad Campesina se les becaba, sin excepción, durante el transcurso de sus estudios), sino también con el objetivo expreso de evitar la fuga de los egresados a las ciudades donde los esperaban tentadoras ofertas de empleo que los distanciaría de los principios éticos y los objetivos del instituto: la transformación radical de los sectores rurales.

El aspirante, tal como lo hiciera el tímido de Ancízar una nublada mañana de 1966, debía presentarse durante los primeros días de enero en la institución, entregar todos los comprobantes necesarios para aprobar las condiciones requeridas, y, si las circunstancias le eran favorables, iniciar un período de iniciación de un mes durante el cual se familiarizaría con el internado, se integraría a las actividades cotidianas de la universidad y se verificaría, por parte de las directivas reguladoras, el potencial de liderazgo que demostraba el estudiante. Todo eso lo recordaba Ancízar como una letanía remota, distante ahora que se aproximaba al final de sus estudios y ya pensaba en la manera que ayudaría a toda su comunidad desde la carrera de cooperativismo agrario que cursaba. Porque una vez que terminaba su nivelación en Básica Primaria y Bachillerato, el estudiante podía elegir especializarse en alguno de los departamentos que constituían a la Universidad.

Uno era el Departamento de Organización. Allí capacitaban líderes en Acción Comunal, Asociaciones de Usuarios (curso fundamental para el futuro del movimiento regional campesino), Sindicalismo Agrario y demás sistemas organizativos. Al final del curso, cuya duración oscilaba entre los diez u once meses, el joven recibía el título como práctico en Organización de las Comunidades Rurales.

Quien, al igual que Ancízar, decidiera guiar su futuro por los caminos del Cooperativismo Agrario, debía someterse a un curso integral de veinte meses que lo capacitaba como organizador, promotor y funcionario de cooperativas agrarias con énfasis en Producción y Mercadeo. Una vez aprobados los trabajos de campo, las pruebas complementarias, los exámenes finales y su tesis, el alumno recibía un título que lo acreditaba como Experto en Cooperativas Agrarias.

En el Departamento de Promoción y Desarrollo formaban a líderes campesinos en métodos y técnicas de promoción de las comunidades agrarias. Al final, el título recibido lo calificaba como Promotor.

Pero la formación no se quedaba allí donde terminaban las 14 fanegadas de tierra sobre la que se edificaban las instalaciones de esta finca universitaria. En la hacienda La Esmeralda, esa tradicional hacienda vallecaucana en la que durante los primeros años se dieron los primeros talleres junto a las inmensas praderas en donde pacía el ganado, seguían desarrollándose los cursos de liderazgo cristiano para los líderes adultos de la región. Se repetían una vez al mes en jornadas intensivas de cinco días en donde lecciones sobre Doctrina Social de la Iglesia y las nociones básicas sobe el sindicalismo agrario hacían parte vital del programa del día.

La Doctrina Social de la Iglesia, el pensamiento que orientaba los pasos del apostolado del Padre Mejía y los de la labor social de la iglesia, tiene una historia interesante que valdría la pena ojear para entender mejor los fundamentos ideológicos de la Universidad Campesina. Finalizaba el Siglo XIX y Europa recibía, como un coletazo retardado, las graves consecuencias humanitarias de una Revolución Industrial que arrasó con las deprimentes condiciones de vida de los proletariados urbanos, que en escenas cada vez más denigrantes se acurrucaban en las calles esperando el caritativo pedazo de pan olvidado por un burgués al doblar la esquina. La situación, en ultimas, era un mero presagio de lo que luego, con sus particularidades internas, sucedería en Colombia y que ya fue relatado en el segmento contextual anterior a este capítulo: miseria desbocada en las ciudades, condiciones de vida deplorables entre los obreros explotados, hambre, pobreza, humillación, y, en medio de este viacrucis, la aparición mesiánica del marxismo radical como única respuesta viable al opresor sistema capitalista; organización de las masas obreras en forma de sindicatos radicales al interior de las fabricas; marchas teñidas de rojo estremeciendo el refinamiento burgués de los bulevares; furtiva penetración de las ideas comunistas en los parlamentos europeos... Todos lo sentían: la sucesión lógica de los eventos

advertía que el estallido de una Revolución en el interior de alguna de las tradicionales naciones industrializadas era inminente.

Roma no estuvo ajena a la grave situación social que azotaba a Europa. La curia pontificia, entonces regentada por el Papa León XIII, formulo una serie de normas iluminadas por los principios altruistas del evangelio que se plasmaron en varias encíclicas escritas y publicadas en papados posteriores. La primera de ellas, *Rerum Novarum* (del cambio o de las cosas nuevas), promulgada por León XIII en 1891, aborda la preocupante situación de los obreros en la Europa industrializada y la urgente necesidad de tomar medidas por las vías cristianas para detener el ineluctable advenimiento de la Revolución, cuyos apabullantes pasos ya se escuchaban a la vuelta de la esquina.

El documento fue el primero en promover la creación de ligas de obreros católicos que lucharan, diplomáticamente, por mejorar las condiciones laborales y la justicia social de los asalariados explotados, iniciativa que luego repercutió en la misión social que el Padre Pacho Mejía realizó con los trabajadores colombianos. Igualmente fue la hoja de ruta para que todas las organizaciones caritativas, educativas y sociales ancladas en la Iglesia pudieran ejercer sus funciones en el país y el mundo entero. Sin embargo, desde las mismas contradicciones intestinas de la Iglesia surgiría más adelante una nueva corriente que abogaría por otras vías de acción contra las terribles condiciones de desigualdad del sistema.

Por ahora, Ancízar debía asistir puntualmente a su clase de historia del cooperativismo. "¡Ocho y siete minutos de la mañana!", le gritó desde el césped sombrado por una grandiosa ceiba uno de sus compañeros a quien Ancízar había preguntado la hora. ¡Ya era tarde, y si el padre Francisco lo veía incumpliendo el horario sabía que sería su perdición! Corrió a través de los largos corredores que enlazaban a las distintas dependencias del campus bajo las pérgolas recién construidas, dejando atrás las huertas repletas de maíz y tomate que esa misma tarde debía labrar junto a sus compañeros de clase. Llegó tarde, sí, pero en esta ocasión lo salvaba una casualidad que cada vez era menos casual y más bien se convertía en algo habitual en la cotidianidad del campus: no había más tiza para escribir. Por tal razón, al llegar fatigado al salón, previendo una equis más en su planilla de retrasos, Ancízar se encontró con la algarabía descontrolada de un montón de muchachos lanzándose bolas de papel, persiguiéndose unos a otros entre laberintos de pupitres desordenados y charlando en los rincones más apartados del salón, todo porque el profesor se había visto en la necesidad de salir a buscar un pedazo de tiza con uno de sus colegas más cercanos. La situación de precariedad era cada vez más evidente para todos en el instituto. Materiales que se agotaban, grifos de los que no salía ni una gota de agua por mora en los servicios, edificios estancados en su andamiaje por falta de recursos para continuar las obras, profesores que desertaban de la causa, dormitorios inundados constantemente durante los tiempos de invierno... Múltiples eran los síntomas de escasez que cada día se manifestaban de manera insoslayable. Y es que quizá la labor más difícil de las directivas, con el Padre Pacho Mejía a la cabeza, era la de conseguir recursos para financiar la obra. Las donaciones, bien intencionadas pero insuficientes, de algunas prestantes familias fundadoras habían menguado lentamente haciendo inevitable la labor de pordiosero que el padre Mejía adelantaba constantemente, a la cual él mismo calificaba como una "triste carcajada" y la resumía en estos renglones escritos para el diario regional El Periódico, el 5 de Julio de 1972:

El Pordiosero: ese es el papel de este pobre rector, que en lugar de estar estructurando auténticos líderes campesinos, que es una de sus especializaciones, se ve obligado a vivir de puerta en puerta buscando el modo de sostenernos y los señores congresistas me ven cada año como un pobre lagarto pidiéndoles una limosna y tengo que decir, porque es la verdad, que de los tres partidos políticos solo la ANAPO ha sabido entender la obra y destinarnos cada año un aporte, que aunque es pequeño, lo sé agradecer sinceramente.



Las pérgolas conectaban a cada una de las dependencias de la Universidad. Hacia la derecha se extienden algunos cultivos. Al fondo, los dormitorios masculinos.

Además de los minúsculos ingresos que para la Universidad significaban las donaciones de simpatizantes particulares y de las simbólicas matrículas aportadas por los estudiantes, la obra realmente contaba con pocos estímulos económicos de parte de los distintos sectores de la sociedad nacional. El Gobierno, por su parte, aportaba una irrisoria suma para garantizar el supuesto derecho a la educación del que debían gozar sus ciudadanos: doscientos cincuenta mil pesos de la época por parte del gobierno central, y trescientos cincuenta mil por parte del gobierno departamental (fruto de las buenas relaciones que Pacho mantuvo con el gobernador de turno, Rodrigo Lloreda) eran los recursos oficiales que ingresaban cada año en la cartera de la universidad.

Las dificultades financieras obligaron a que el Padre Mejía optara por hacer unos ajustes en su estrategia educativa. A partir de 1970 comenzó un programa de educación secundaria con énfasis en desarrollo rural que involucraba trabajo de campo directamente en las comunidades campesinas. Los estudiantes seguían internados en las instalaciones de la Universidad, pero en varias ocasiones al mes salían a realizar actividades de inmersión.

Pero apartemos durante un momento la mirada sobre del campus campesino, y dirijámosla hacia fuera, hacia las demás alternativas que le ofrecía la sociedad colombiana al habitante del campo para formarse técnica o profesionalmente. Durante los primeros años de vida de la Universidad Campesina, años en que la acelerada industrialización de las técnicas agropecuarias modificaron drásticamente la apariencia del paisaje vallecaucano, surgieron a la vez diferentes instituciones educativas enfocadas en la enseñanza de los nuevos estudios que aparecieron como respuesta a la creciente demanda de profesionales formados en los modernos sistemas agroindustriales. La Universidad Nacional de Palmira, el Centro Agropecuario de Buga, las Granjas Experimentales son resultado de los planes de desarrollo educativo impuestos por misiones extranjeras, y que explica el auge de carreras como agronomía, zootecnia, ingeniería agroindustrial, ingeniería agrícola y otras pensadas para la explotación mecanizada de los suelos.

Por otro lado, antes de oír hablar de la Universidad Campesina, Ancízar asistía atentamente cada noche en la sala de su casa, por consejo perentorio de su padre, a las clases de matemáticas, historia sagrada, ciencias y lenguaje que escuchaba en un pequeño transistor que le había regalado el viejo párroco del pueblo. Porque entre los diversos programas implementados por la Coordinación de Acción Social Católica para la asistencia de la población vulnerable del país, se encontraba una famosa emisora cultural cuya intención era educar a las personas de aquellas veredas distantes a donde las escuelas oficiales no tenían acceso, pero sí las ondas radiales del espectro electromagnético. Fundada por el padre José Joaquín Salcedo en 1947, Radio Sutatenza, emitida desde las heladas planicies del Valle de Tenza, al oriente de Boyacá, se encargó durante 47 años de educar y evangelizar a los campesinos de todo el país a través de los cursos radiofónicos, en los que además de impartir la primaria y el bachillerato, se empleaban diferentes metodologías de comunicación para asesorar técnicamente a los campesinos en producción agropecuaria, impartir catecismo y difundir las diferentes expresiones culturales campesinas, como estrategias pedagógicas contra los elevados índices de analfabetismo que proliferaban en las zonas rurales. Y si bien algunos aspectos de la labor de Radio Sutatenza diferían de la Universidad Campesina, como el nivel de educación que impartían, y la incentivación a la organización comunal que ésta última realizaba, son más los puntos en común que equipararon a estas dos obras sociales que aquellos que las separaban. Durante sus cuarenta años de existencia Radio Sutatenza fue un hito para la acción social de la Iglesia a favor de las comunidades rurales colombianas y para la historia de la radio nacional, pues su impacto fue tal que gracias a ella se educaron ocho millones de personas campos y ciudades.

El sol se arrastraba perezosamente en la modorra inerte del mediodía y dentro de los salones de clase los estudiantes desvariaban por una tensionante mezcla de sensaciones excitadas en su interior: de hambre voraz, porque cada vez era más inminente la hora del almuerzo, y, a la vez, de angustia infinita, porque almorzar conllevaba otra actividad fundamental para el liderazgo que estaban llamados a ejercer en sus comunidades: la oratoria. Todos los días, durante el almuerzo, que era servido en ese salón enorme ubicado a la entrada del campus donde antes había funcionado una planta lechera, el padre Francisco Javier Mejía aprovechaba la congregación de todos los estudiantes de la universidad para evaluarlos en sus habilidades retóricas al frente de grandes audiencias. El Mollejón, le llamaban algunos. El procedimiento era sencillo: escoger a uno o dos estudiantes al azar para que pasaran al frente de sus compañeros y defendieran, mediante los reglamentos clásicos de la oratoria y el conocimiento adquirido en las clases, una tesis relacionada a los problemas de su realidad. Era entonces cuando las piernas temblaban y las voces se fundían por el malestar nervioso que provocaba imaginarse la colérica reacción que el Padre Mejía descargaría contra ellos de tener un pobre resultado en el desafío dialéctico. Ese día el elegido fue Ancízar. Muchas almas angustiadas encontraron consuelo al oír el nombre punzante del tolimense retumbar por toda la sala después de haber sido pronunciado sentenciosamente por el bramido estentóreo del colosal prelado. Ancízar ni se inmutó. Con gesto solemne, más bien confiado, apartó su silla de la mesa, se levantó, y comenzó a caminar lentamente hacia el púlpito improvisado con un cajón de madera puesto a un lado de la mesa del Padre Mejía, quien dominaba desde el frente toda la sala. Ancízar estaba en sus dominios. Lo sabía. Caminaba hacia un terreno escarpado que sorteaba fácilmente porque desde pequeño demostraba notables aptitudes para el arte de hablar y debatir con elocuencia. No por nada sus discursos habían vencido a los demás en la competencia organizada por el Padre Pacho años atrás, y cuya recompensa, además de haber obtenido raciones extra de postre durante algunas semanas, había sido hablar en frente del Presidente de la República en la ceremonia de inauguración. Y es que la oratoria era tan importante para el Padre Mejía hasta el punto de ser omnipresente en muchos de los programas formativos que dirigía en las distintas secciones de la universidad, especialmente en aquellos enfocados en la organización comunitaria, pues un líder campesino que no fuese capaz de comunicarse explícitamente con las comunidades tenía menos certeza de convertirse en el agente de cambio que tanto se perseguía.



Tarde de almuerzo en la Universidad Campesina. Era el espacio para poner en práctica las habilidades oratorias propias del liderazgo.

Muchos egresados de la universidad lograron desenvolverse exitosamente en su vida profesional aplicando los conocimientos adquiridos en las clases y sus aptitudes innatas, convirtiéndose en gestores de cambio y desarrollo para las comunidades campesinas. Un caso paradigmático en esa línea fue la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), primera gran organización campesina que aglutinaba a representantes de este sector provenientes de todo el territorio colombiano, que incluía entre sus miembros a numerosos integrantes de la universidad. Nació a finales de la década de los sesentas con el apoyo del entonces presidente Carlos Lleras Restrepo, quien ventiló el asfixiado consenso social con las promesas de una Reforma Agraria. Pero un escenario reformista necesitaba de un actor que representara los anhelos de los campesinos que buscaban una repartición de la tierra equitativa y justa. Unidos bajo la consigna de "¡La tierra pa'l que la trabaja!", los campesinos aceleraron el ritmo de la distribución de tierras encargada al INCORA y promovieron una conciencia política de clase entre sus comunidades. Ahora bien, el que la ANUC surgiera desde la iniciativa oficial del Estado (lo cual permitía la manipulación política del movimiento) y de la gestión de FANAL, no quiere decir que se ejerciera un control absoluto sobre el movimiento campesino y que en ningún momento su descarrilada marcha por la recuperación de la tierra no se le saliera de las manos al aparato burocrático estatal. Pronto la relevancia política que Lleras le otorgara a la ANUC, sumado al inconformismo efervescente en las entrañas de la organización, fue desembocando en la agudización de los conflictos entre campesinos, terratenientes y algunas instituciones del estado involucradas en el problema agrario, como el INCORA. La radicalización posterior de la ANUC se debió principalmente a la creciente influencia de ideas izquierdistas dentro del movimiento y a su división en dos vertientes, incentivada por el gobierno

de Misael Pastrana. Algunas facciones radicales de la ANUC decidieron tomar combativas acciones de protesta y comenzaron a invadir predios y haciendas reclamándolas como legítima propiedad para su causa.

Uno de los conflictos más recordados en la región fue la repentina invasión de 300 campesinos de la ANUC a la sede del Instituto CESORDI dirigida por el Padre Mejía, ubicada en las instalaciones del antiguo hospital de Tulúa y que tuvo lugar en Diciembre de 1975. El jesuita tuvo que ceder las instalaciones ocupadas después de varios intentos fallidos de conciliación para la administración mutua del Instituto. El incidente, aparte de demostrar el impetuoso afán de la ANUC por manifestar su fuerza de voluntad y obtener resonancia política, evidenció la conflictiva situación que existía dentro de la Universidad Campesina entre sus directivas y una facción radicalizada de profesores, egresados y alumnos miembros de la ANUC. Distanciados de los fundamentos religiosos e inquietos por el manejo y el futuro de la Universidad, comenzaron a correr rumores entre los alumnos de una posible toma por parte de la ANUC del campus de la universidad. Sin embargo, la amenaza solo se quedó en los bochinches de pasillo y algunos agitadores fueron censurados por las directivas que decidieron la expulsión de cinco estudiantes de la Universidad que habían intentado amotinar al resto.

Para los setentas los movimientos campesinos, indígenas, sindicales y estudiantiles habían alcanzado tal fuerza y tal capacidad organizativa que el Estado se vio en la necesidad de reprimir violentamente al denominado enemigo interno. Un Estatuto de Seguridad que combatía cualquier señal de inconformidad u oposición a las políticas gubernamentales fue proclamado en 1978. La movilización social había sido criminalizada, tal como décadas atrás, y aquellos que lograban evadir las detenciones arbitrarias, las brutales torturas, y las innumerables desapariciones y asesinatos ejecutados por organismos del Estado, tenían que buscar el exilio en tierras lejanas.

Fue un duro golpe para el movimiento campesino colombiano, cuya fuerza había alcanzado dimensiones nacionales durante los últimos quince años, tal vez años dorados de su Historia. Pero fue un golpe aún más contundente para una solución posible del problema agrario, pues criminalizadas todas las vías de protesta ciudadana, cualquier cosa relacionado a la lucha de tierras o a la reforma agraria desde entonces comenzó a ser asociado al asunto aquél de las guerrillas comunistas, y todas las políticas destinadas al campo, entregadas a la merced de modelos depredadores de desarrollo.

Pero si afuera discutir abiertamente sobre los graves problemas de la realidad nacional era un riesgo para la vida misma, dentro de la Universidad se respiraba un ambiente de libertad de expresión y filiación política entre todos sus miembros, siempre y cuando mediara el diálogo equitativo y justo entre los pensamientos divergentes. A los profesores se les permitía nutrir abiertamente con elementos de la doctrina socialista sus cátedras y los estudiantes tenían acceso a toda la información disponible. Prueba de esto fue la excepcional biblioteca que disfrutaron los estudiantes durante aquella época. Espacio de debate y reflexión de la realidad nacional, sobre

sus mesas, en los salones y en las huertas de la Universidad existía un diálogo constante entre la Doctrina Social de la Iglesia, carta de navegación de la obra, y la filosofía marxista, pensamiento que causaba gran fascinación intelectual e impulsaba a la acción revolucionaria, especialmente entre los más jóvenes. Miles de ejemplares enriquecieron este invaluable tesoro del conocimiento, frecuentemente visitado por profesores y estudiantes de distintas universidades del Valle y de todo el país, entre los que se encontraban una importante colección de textos de orientación marxista-leninista y otros clásicos canónicos del comunismo.

La Universidad Campesina tuvo una participación activa en la organización del movimiento campesino vallecaucano. En 1979, con la ayuda de distinto líderes regionales, fundó la Asociación de Líderes Adultos del Valle (ALAV), un antecedente importante en la experiencia organizativa regional que funcionó con autonomía y lideró procesos formativos y productivos en distintas veredas de la región. A esta se sumaría algunos años después el Comité de Integración Campesina (CIC), otro órgano encargado de capacitar y organizar a la población en base a la metodología de la Universidad.



Sección de la biblioteca institucional. En sus mejores años contó con más de 10000 volúmenes y convocó a numerosos investigadores y estudiantes de todo el país.

Con el tiempo, el gran movimiento campesino que conmocionó los estamentos de la sociedad colombiana durante los sesentas y setentas estuvo desahuciado. La sistemática violencia del Estado, sumada a la maquinaria paramilitar que asoló los campos colombianos a partir de los ochentas, arrasó con la lucha campesina en el país. Aunque decir que el movimiento campesino fue totalmente exterminado sería un abuso. Todas las grandes asociaciones de usuarios campesinos desmanteladas a nivel nacional fueron mutando, adaptándose a nuevas formas de resistencia social como Juntas de Acción Comunal, empresas campesinas, organizaciones comunitarias, comités veredales y un sin número de células activas de campesinos que siguen

actuando en favor del desarrollo del campo colombiano. Pero ahora comprenden que es una tarea que no pueden hacer en soledad.

"¡Nada mejor para pasar el reposo del almuerzo que una buena jornada de trabajo en las huertas!", comentó animada una de las compañeras de Ancízar cuando salían del comedor después de haberlo felicitado por su discurso. "Claro que sí", contesto él esforzando una sonrisa, medio convencido. El trabajo manual no era uno de sus fuertes, y menos para digerir el oceánico platado de sancocho que había protagonizado el menú del día. Sin embargo, Ancízar disfrutaba de una manera especial aquél momento de la rutina del internado. Existía una suerte de gozo sensitivo y fascinación espiritual en Ancízar cuando tocaba con sus propias manos la masa húmeda y palpitante de la tierra, le encantaba sentirla escurrirse entre sus dedos, mancharse de su oscura y fresca tinta las manos, admirar embriagado el maravilloso universo de seres microscópicos que se esconden en sus entrañas, respirar el terrenal perfume de su fecundidad divina; le gustaba abrirla en surcos con el azadón y meditar, entretanto, alrededor de los vitales procesos físicos que se desprendían por el simple acto de hendir con un pedazo de hierro fusionado a una madera la superficie blanda y viva de la tierra. Observar en el terreno, porque ya lo había imaginado muchas veces leyendo libros de agronomía y durante las clases de ciencias agrícolas, a los nutrientes vitales ubicados bajo la superficie oxigenarse al aire fresco cuando volcaba las capas de tierra con el azadón, formando surcos de cultivo y dejando al descubierto un montón de insectos que vacilaban desorientados a la luz cegadora de la tarde; luego disponerlo todo para tomar la semilla de maíz de la mochila que llevaba en su hombro, ese diminuto y consistente grano de oro seco, agacharse y, con sagrada delicadeza, cumpliendo con las precisas indicaciones de un ritual ancestral que venía repitiéndose desde remotísimas generaciones, posarla sobre un orificio perforado con sus dedos y taparlo nuevamente con una delgada capa de tierra. Sólo faltaba algo de agua. Los rayos del ardiente sol resplandecían fugaces al ser delatados por el vuelo del agua vertida por los aires, pero desaparecían de nuevo cuando el líquido caía al suelo fresco y se filtraba por cada rescoldo vacío formado entre los grumos de tierra, hasta abrirse paso y bañar a la resguardada semilla.

Y su placer crecía aún más cuando imaginaba las plantas espigadas de maíz listas para la cosecha, y, arrebatado por un ardor misterioso, se soñaba arrancando con fuerza las consistentes capas de hojas que envainaban a la mazorca y separando lentamente los húmedos e innumerables filamentos que conformaban el velo que protegía el olote recubierto todo de granos de maíz, esas semillas doradas de carnosa textura cuyo sabor ya imaginaba inundando su paladar.



Tarde común de trabajo agrícola en las huertas del campus.

Este era el trabajo práctico que sustentaba la teoría vista en clases, el trabajo manual, concreto. Una semana al mes en trabajo de campo en las veredas, y alrededor de cuatro horas diarias en tareas agropecuarias en las huertas del campus, con el fin de ejercitar las capacidades técnicas del estudiante, y, principalmente, de mantener esa vital experiencia física y tangible con su producto de trabajo, de conservarse campesino. Estas prácticas también tenían lugar en los centros pilotos ubicados en la zona alta de Guacarí, en Alto de la Julia y Chafalote, donde se construyeron granjas pecuarias y huertas caseras totalmente equipadas con el fin de adelantar y acompañar directamente las actividades de promoción rural.

Entre 1970 y 1978, la Universidad Campesina graduó más de 400 líderes especializados en diferentes áreas del desarrollo rural como organización, sindicatos agrarios, cooperativismo y promoción social. En sus primeros años de servicio, se erigió como un modelo vanguardista de formación y desarrollo, una alternativa de vida para cientos de muchachos campesinos que al no encontrar esperanzas en el campo, se decidían por salir a buscar algún empleo mejor remunerado en las ciudades o por empuñar un fusil y luchar por las causas guerrilleras. La Universidad Campesina demostró que todavía era posible luchar y sentar voces de protesta por vías democráticas, y que la educación es la única solución para generar cambios sociales. Será una lección que no se olvidará de aquí en adelante.

Atardecía y el sol dejaba un difuso rastro purpúreo en los arreboles que olvidaba tras su huida hacia los desahuciados cielos del Pacífico. Al oriente, hacia las colinas desnudas que originaban el desmesurado accidente de la Cordillera Central, un tono claroscuro devoraba pausadamente la atmosfera, tiñendo de oscuridad la lenta muerte del día y revelando con mayor nitidez la sepulcral presencia de la luna. Ancízar y sus compañeros yacían extenuados sobre el

piso después de una ardua jornada de labranza en las huertas del campus. Finalizaba la jornada y los jóvenes se preparaban para la cena y el descanso en sus dormitorios. Seguramente durante la noche, aprovechando la clandestinidad nocturna de las tinieblas cómplices, algunos intentarían evadir el severo sistema de seguridad de los religiosos para escabullirse y encontrarse con su amante en los pasillos del campus, pues las escarceos amorosos no estaban permitidas en aquél claustro jesuita; otros se fugarían a la tienda más cercana para comprar algunas cervezas que tomarían con sus amigos refugiados en sus dormitorios; y algunos otros, los más firmes y avezados, atravesarían los jardines hasta la comunidad de la casa Salamina (bautizada así en honor al pueblo natal del Padre Mejía) donde habitaban los sacerdotes, e intentarían hurtar algunas golosinas o pretenderían sacar prestado sin permiso alguno de los libros de la biblioteca privada de la comodidad jesuita, como era llamada por el hermano jesuita Manuel Gordo. Ancízar no tenía tiempo para estas aventuras. El trabajo de ese día lo había derrotado y todavía debía estudiar para el examen de cooperativismo agrario que presentaría a primera hora de la mañana siguiente. Cabeceaba repetidamente y su vista se distorsionaba mientras veía a las letras en el papel mutar su forma, duplicarse y moverse de un lado a otro caprichosamente como si tuviesen vida propia. Consciente de su cansancio y sintiendo un poco de conmiseración con su cuerpo, dejó su libro a un lado de la cama y apagó la discreta vela que tenía encendida extinguiendo la llama con la presión simultánea de sus dedos. Ya era hora de dormir, pensó somnoliento. Mañana comenzaría otra jornada más de estudio, trabajo y oración en la Universidad Campesina.



Pero no todo tenía que ser trabajo en la Universidad Campesina. También había tiempo para relajarse en la casa que la Universidad tenía en La Bocana, a donde iban a descansar los jesuitas y los estudiantes durante las vacaciones.

5. HACIA UN DESARROLLO RURAL INTEGRAL (1979 - 1989)

La formación es un elemento vital. Pero un proceso de formación, un pensamiento que no se vuelva praxis, se esfuma ... Por eso mirar la historia, con sentido crítico, y comprender el presente para determinar el futuro son eslabones que no pueden estar separados.

JOSÉ ANTONIO CASTRILLÓN, EX ALUMNO. PALABRAS PARA LA CELEBRACIÓN DE LOS 50 AÑOS DEL IMCA.

El bus cargado con costales repletos de maíz, fríjol y café, racimos de plátanos y gallinas cuyas plumas despedían las ventanas a cada salto que daba por la destapada carretera frenó aparatosamente y ya no arrancó más. Una de sus llantas traseras había quedado atrapada en una espesa masa de lodo que cubría todo el resto del camino. Marta y el padre Neftalí se miraron a los ojos. Ya sabían lo que les esperaba. Tomar las pesadas cajas cargadas con cartillas, libros, materiales y otros enseres didácticos, colgarse al hombro los maletines con ropa para tres días, ponerse las botas de caucho, y comenzar a andar montaña arriba, a través de la trocha empantanada, hasta llegar a los linderos de Puerto Frazadas, una vereda enclavada en las frías cúspides montañosas de Tulúa. Ya se habían acostumbrado a esta clase de contratiempos, sobre todo durante las despiadadas olas invernales que hacían del trabajo de campo una ardua lucha contra la naturaleza.

Fue un ascenso duro hasta que lograron divisar, entre la espesura del bosque, una destartalada vivienda en cuya entrada los esperaban don Ismael Otálvaro, doña Esperanza, su esposa, y ocho niños revoloteando por doquier, quienes vivían desde hacía poco tiempo en una modesta casa de horadados muros de bareque y oxidadas tejas de metal. Descargaron sobre el crujiente piso de madera todo el equipo de trabajo, zafaron de sus pies las botas consumidas por el fango y, después de devorar el plato de arroz y medio plátano que les ofreció doña Esperanza, los dos compañeros tomaron una pequeña siesta sobre un par de las cuatro camas que había en la casa, gentilmente dispuestas por la familia. Después del descanso les esperaría un ajetreado fin de semana en el que visitarían, una a una, a todas las familias de la comunidad, les invitarían a participar en los cursos de formación organizacional, los asesorarían en el mejoramiento de sus cultivos (Antonio, ex alumno de la Universidad, había prometido llegar a tiempo con el nuevo asesor técnico para hacer el diagnóstico de las parcelas), sentarían las premisas básicas para implementar modelos de empresa pre cooperativos, y continuarían con el proceso de acompañamiento pastoral de comunidades cristianas de base que venían desenvolviéndose desde hacía poco tiempo. El trabajo que estos promotores estaban a punto de realizar se enmarcaba dentro del nuevo modelo de promoción social que había acogido el Instituto Mayor Campesino, nombre adoptado por la Universidad Campesina después de la desaparición de su internado.

Numerosas y progresivas fueron las causas que transformaron a la Universidad Campesina de un internado de formación intensiva a una entidad de carácter religioso con las funciones sociales de una organización no gubernamental enfocada en la promoción del desarrollo del campo. La escasez de recursos para sostener al plantel y al personal educativo fue tan solo una pizca de arena en un enorme desierto de frustraciones y desconciertos. El retiro del Padre Mejía de la dirección de la Universidad fue una de las consecuencias colaterales a las difíciles circunstancias. El estilo autoritario y riguroso del discurso y del ejercicio de Pacho alimentaron las críticas que comenzaron a escucharse en los pasillos y en las reuniones directivas: loaban su labor comunitaria, pero algunos cuestionaban sus maneras de proceder. Las distintas visiones enfrentadas durante el pleito con la ANUC nunca fueron censuradas por la dirección de la Universidad, que, en cambio, siempre promovió el diálogo ideológico y la concertación para la resolución de conflictos como el que vivían en el momento. El Padre Francisco Javier Mejía abandonó en 1974 la dirección de la Universidad Campesina, llevando tras de sí los sueños inacabados de sus doce años de trabajo, las penas por abandonar a su suerte una Universidad sumida en la soledad institucional, y las pesadas valijas de las tres hermanas que se trajo desde Salamina, a quienes había instalado en una casa a pocas cuadras del campus.

El elevado costo del internado obligó a la institución a replantearse su estructura interna, llevando a concebir nuevas metodologías de acompañamiento directo en las veredas en lugar de concentrar a los líderes en un internado cuyo funcionamiento era imposible de mantener. Las tensiones propiciaron el inmediato cambio de director. Gustavo Jiménez llegó entonces a la Universidad con intenciones de salvarla de su debacle. Era un hombre pragmático, concreto, que buscó la recuperación económica del Instituto a través de la construcción de empresa interna para lograr su auto sostenibilidad. Su plan de recuperación económica partió de la adaptación de la infraestructura de la Universidad al nuevo modelo productivo. La creación de los galpones, la expansión de los terrenos para el cultivo y la crianza, la construcción de las casas aledañas que habitarían los futuros funcionarios y promotores, la adecuación del comedor estudiantil a un taller textil, entre otras iniciativas de emprendimiento fueron el resultado de su intensa labor en la consecución de recursos de cooperación internacional: uno de los primeros antecedentes en la gestión de este tipo de ayudas extranjeras.



La transición del internado a un nuevo modelo de promoción social exigió la adecuación de los distintos espacios del instituto. Aquí, la Casa Lourdes.

Otra causa importante de este proceso fue el proyecto de vida que cada uno de los estudiantes determinó para su futuro después de la obtención de los títulos educativos. Cada uno tomó un camino diferente y construyó con la formación adquirida su futuro personal y comunitario. La profunda sensibilidad social que adquirieron en las clases sería determinante para la vida laboral de esta generación de jóvenes, campesinos líderes capaces de potenciar el desarrollo. Sin duda, los sistemas alternativos de desarrollo que la Universidad Campesina promovió por medio del cooperativismo y las organizaciones comunales, terminaron repercutiendo en la realidad veredal, sembrando las semillas de posteriores proyectos productivos y de asociaciones campesinas con principios cooperativos. Algunos ex alumnos alcanzaron incluso altos cargos directivos en distintas instituciones públicas y privadas, organizaciones campesinas a nivel nacional, como la ANUC, sindicatos, Juntas de Acción Comunal, entre otros.

Sin embargo, el incidente fundamental que propició el giro del accionar de la Universidad Campesina fue un comunicado enviado por el Ministerio de Educación Nacional. Allí cuestionaban a la dirección del instituto su calidad de establecimiento de educación superior, pues por las características de los cursos semiformales que ofrecía, no podía expedir títulos profesionales y por lo tanto era imposible que en su nombre llevara el rótulo de Universidad. Éste fue el punto de partida para convertir al renovado Instituto Mayor Campesino en un centro de promoción social. La labor que de ahora en adelante daría sentido a su existir sería la de abrir la puerta del salón de clases para salir a la caza de la experiencia, de lo material, de lo concreto, a trabajar directamente en el terreno. Subir las escarpadas montañas, surcar la trocha empantanada, untarse las botas de fango. Hablar a los ojos con las comunidades. Tener contacto inmediato con el campesino, acompañarlo hombro a hombro en sus faenas diarias. Acudir a los problemas reales del territorio, de la localidad, de las veredas que necesitaban del

acompañamiento y la formación necesaria para gestionar su propio desarrollo, de esa voluntad local cuya autonomía ha sido siempre amenazada por los absorbentes dispositivos centrales de poder.

Fue una etapa en la que el IMCA se abrió al mundo, en la que se experimenta una estrategia de descentralización del conocimiento donde ya no era necesario que el campesino abandonara a su familia y el trabajo de su finca para acudir a las clases en el internado porque el IMCA acudiría a su territorio para compartir el conocimiento con el resto de la comunidad. Esta nueva etapa comenzó con proyectos de desarrollo rural en más de 40 veredas de diferentes municipios, del centro y del norte del Valle. A través de una metodología integral y participativa (que requería de una comunidad activa y comprometida con su desarrollo), se continuó con la formación de líderes comunitarios y de familias campesinas como actores primordiales de la acción política. Fue el comienzo de la actual modelo en promoción social.

Una ruptura capital para el destino que seguiría el IMCA de allí en adelante, pues, a diferencia de años anteriores, cuando sólo trabajaba temas sociales, religiosos y organizativos con las comunidades campesinas, el nuevo proyecto de promoción social requeriría que el IMCA involucrara procesos económico-productivos en su estrategia de trabajo. Sería el comienzo de una etapa laboral peculiar en la que predominaría una mentalidad empresarial enfocada en una productividad económicamente viable, y ambiental y socialmente sostenible.



Primer equipo de Promoción Social conformado por ex alumnos y jesuitas.

En fin, toda una etapa de transformación institucional que también repercutió en la planta de trabajadores, pues se vio la evolución inmediata del alumno universitario a promotor social (campesino formado, gestor de desarrollo), hasta el momento en que circunstancias externas y la formalización de su trabajo exigieron la contratación de profesionales sin vinculación previa

al Instituto. Agrónomos, zootecnistas, sociólogos, antropólogos, politólogos y trabajadores sociales desde entonces comenzarían a acompañar la gestión en desarrollo rural que los jesuitas y los ex alumnos iniciaron. Esta renovación de personal provocó fuertes tensiones entre los ex alumnos de la universidad, que veían amenazada su permanencia en sus puestos y alegaban veteranía laboral, y los nuevos promotores, quienes lentamente se integraron al equipo de trabajo. Sin embargo, el nuevo plantel multiplicó sus capacidades e incrementó los saberes que tenía a su disposición para afrontar el reto social que les esperaba afuera en el campo. La esencia interdisciplinar de su equipo de trabajo, permitiría al IMCA desempeñar eficazmente las nuevas metodologías de trabajo integral e intensivo que comenzaba a implementar por entonces.

La abolición del internado y su consecuente restauración como Instituto Mayor Campesino decantó en el inevitable replanteamiento de su estructura interna. El trabajo fue dividido en áreas que se repartían las funciones en equipos especializados de trabajo:

- El área organizacional: su ocupación fue la de promover la organización comunal en las veredas. A través de la formación organizativa se incentivaba la conformación de empresas cooperativas. Pero su tarea no se quedaba solamente en asuntos sociopolíticos. La organización de los asuntos económicos y productivos de las comunidades también fue uno de sus pilares de trabajo. Uno de los proyectos más importantes en esa área fueron las tiendas pre cooperativas fomentadas a lo largo de las dos cordilleras que circundan la zona plana, en las que se distribuían los productos básicos pero de difícil acceso debido a las largas distancias con el pueblo. Se reconoce a esta área su contribución a la construcción de poder de decisión política en el ámbito local y veredal.
- El área educativa: encargada de pensarse los recursos pedagógicos y las estrategias comunicativas más apropiadas para relacionarse con las comunidades. Inventaba dinámicas de integración, juegos, didácticas y talleres; en otras palabras, ideaba y gestionaba los métodos para consumar el objetivo final de formar al campesino.
- El área de salud: elaboraba talleres que pretendían concienciar a las comunidades de métodos higiénicos para la manipulación de alimentos, cocina y primeros auxilios. Hacer de las familias campesinas impulsoras de bienestar rural y promotoras de salud allí donde los programas de protección social del estado no alcanzaban a llegar.
- El área pastoral: su fundamental e innovador trabajo es el antecedente exacto que hace de la labor social del Instituto Mayor Campesino una propuesta pionera y diferente a la ejercida por una ONG tradicional. A través de los cursos de formación bíblica y del acompañamiento pastoral a las comunidades durante las ceremonias y fechas sagradas, promovía un catecismo fresco, renovado, distanciado de doctrinas liturgistas y próximo a las crudas realidades sociales de nuestro tiempo en general y de las comunidades campesinas en particular. El objetivo de estos talleres pastorales era interpretar los relatos bíblicos para otorgarles un sentido social, y así lograr adaptarla y materializarla en la cotidianidad comunitaria. Ir en busca de la verdad oculta tras la historia, la palabra, el símbolo.

• La creación del área técnica fue posterior a las demás: surge hacia 1985 ante la urgente necesidad del campesino de ampliar y modernizar sus métodos de labranza y relación productiva con la naturaleza. Se encargaba de asesorar técnicamente a los diferentes proyectos productivos enmarcados en los proyectos de seguridad alimentaria que comenzaba a implementar el IMCA, como las granjas agroecológicas, cultivos orgánicos, procedimientos alternativos de compostaje y el manejo adecuado de los residuos sólidos. Diseñó la estrategia para trabajar la dimensión económico-productiva del desarrollo rural.

La necesidad de conocer mejor las particularidades locales de los territorios donde trabajaba y de formular proyectos específicos para abordar las problemáticas que presentaba cada comunidad fue el motivo de la división del equipo de promotores en estas áreas de trabajo. Igualmente, hacia 1986, para dar solución al problema de la dispersión geográfica, se conformaron tres Equipos Regionales interdisciplinares de trabajaron en los municipios de Tulúa (Puerto Frazadas), Trujillo (San Isidro) y El Dovio (Matecaña), lugares donde nació y comenzó a consolidarse una propuesta alternativa de desarrollo rural en la región.

Los programas propuestos por las áreas funcionaban según los parámetros de un modelo de desarrollo rural oficializado por el gobierno de Alfonso López Michelsen. Creado en 1975, el programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI), adscrito al Ministerio de Agricultura, fue el modelo para ejecutar los programas de desarrollo del campo colombiano durante las décadas posteriores. Tenía como fin contribuir al desarrollo económico y social para mejorar la calidad de vida de las comunidades campesinas en varios departamentos del país. A través del Fondo DRI, el gobierno fijaba los parámetros de las políticas de desarrollo rural a nivel nacional, asesoraba a los municipios en el diseño, ejecución y evaluación de sus proyectos, y cofinanciaba programas y proyectos que contribuyeran a sus mismos objetivos. El DRI fue el modelo de desarrollo, ejecutado bajo los parámetros del Banco Mundial, que acompaño a la tentativa Reforma Agraria de 1961. Si bien en un principio se había pensado al INCORA no sólo como entidad distribuidora de tierras sino también como acompañante en el proceso de adecuación de las familias campesinas a sus nuevos territorios, esta institución fue incapaz de superar su excesiva centralización burocrática y la penosa filtración de procedimientos clientelares en su labor administrativa.

En gran medida el DRI vino a suplir las funciones inacabadas por el INCORA. Partiendo del reconocimiento que la tierra es tan sólo un recurso para aumentar la productividad de las economías campesinas, su misión fundamental fue satisfacer las necesidades básicas de las comunidades campesinas aisladas de los centros urbanos y de la institucionalidad estatal: el fomento de créditos para mejorar las precarias condiciones tecnológicas de las parcelas, el acercamiento de la investigación científica a las manos del campesino y el desarrollo de programas de salud, educación e infraestructura básica (redes eléctricas, vías, acueductos

escuelas, etc.) fueron las estrategias que, a través de diferentes instituciones, como el IMCA, el DRI aplicó para acompañar el proceso de redistribución de tierras por aquellos años. Los resultados del DRI fueron notables y ayudaron a resolver problemáticas inmediatas, en especial de los sectores más empobrecidos del campo, aquellos más cercanos y vulnerables a ser absorbidos por la corriente insurgente de las armas. Pese a los resultados, la acción del DRI no fue lo suficientemente contundente para impactar la inequitativa estructura agraria del país. Una reforma agraria eficaz y transparente no sólo depende de una adjudicación masiva de tierras, exige que el campesino sea acompañado con estrategias técnicas, sociales y políticas que afiancen las bases de un desarrollo rural sólido, sostenible y competente con los problemas de fondo que afectan al campo colombiano.

Para comprender mejor los alcances del DRI, es necesario ubicarlo en un proceso de descentralización, a escala nacional, de la administración del estado. Resultado de una iniciativa legislativa del entonces presidente Belisario Betancourt, en 1986 se aprobó la elección popular de alcaldes, paso decisivo, al menos en apariencia, para el fortalecimiento de la democracia y de la autonomía de las regiones. Hasta entonces la elección de los alcaldes municipales y de los gobernadores departamentales era un procedimiento arbitrario, en el que las dirigencias de los partidos o los gabinetes centrales de poder seleccionaban a dedo a los gobernantes de turno (usualmente ajenos al territorio e incompetentes para el manejo del aparato público) que ocuparían el cómodo sillón del poder local. Esta nueva, aunque tardía legislación, que comenzó a regir dos años más tarde, en las elecciones de 1988, permitió descentralizar y modernizar las instituciones del estado, atrofiadas por los hábitos clientelistas de sus administradores y por la excesiva burocratización institucional concentrada en las capitales. Este proceso fue definitivo para la inserción del IMCA en las dinámicas políticas de los municipios donde hacía presencia.

Decir, sin embargo, que la descentralización fue la solución mesiánica a los problemas que intentó resolver sería una ingenuidad injustificada. Al final, las mafias y los clientelismos encontrarían rescoldos por donde infiltrar sus viciadas maquinarias de poder, demostrando una vez más que el mero ejercicio del derecho al voto no es garantía para la transparencia democrática.

El diagnóstico de las parcelas consistía en la identificación de los recursos naturales del territorio, en el reconocimiento de las características de los suelos y en la asesoría técnica para el adecuado tratamiento de los cultivos. Era un ejercicio técnico que determinaba el estado de los animales y de las tierras trabajadas por los campesinos e identificaba las desventajas, usos y beneficios de los alimentos en ellas cultivados. En eso trabajaban aquella nublada tarde de sábado, entre lloviznas intermitentes y potentes ráfagas de viento que avizoraban la cercanía de una fuerte tormenta. Campesinos y promotores se dirigían, azadón y pala en mano, hacia los cultivos de fríjoles y tomate de árbol atravesando un fragante bosque de guayabos y pinos aromáticos que formaban entre sí un angosto sendero enlodado, el cual, como un pergamino

orgánico que registrara el paso de la vida por aquellos desolados parajes, exhibía por doquier la escritura caótica y desfigurada de botas y herraduras que dejaran su testimonio por allí en días anteriores.

Don Ismael Otálvaro lideraba la caravana. Era un hombre curtido, de unos 45 años, recio, avezado; en su mirada se palpaba cierto vejo de melancolía y añoranza, pero, sobre todo, de cansancio, ese cansancio de quien es arrastrado en el furor de una guerra desaforada, de pasos en vano andados con toda una familia a cuestas, huyendo sin cesar, ocultos entre los camiones cargados de bultos de alimentos, refugiados temporalmente bajo el techo de algún distante y generoso familiar, surcando trochas, selvas, carreteras y ciudades, acaso olvidando el lugar del que provenía, en busca de un espacio donde fundar una historia y comenzar desde ceros una vida, con suerte mejor a esa otra que la guerra les había arrebatado. Su piel, tostada por el sol, exhibía las cicatrices de una dura lucha contra el tiempo y la naturaleza; lucha que si bien le había concedido algunas victorias, también le había obligado a capitular algunos compromisos naturales, entre ellos, el que más anhelaba, la comodidad y el bienestar de su familia.



El diagnóstico de las parcelas, así como las demás actividades programadas, necesitaban de la participación de toda la comunidad y la familia.

Tal vez, más que por elocuencia o voluntad, el liderazgo entre la comunidad lo había logrado gracias a su discreción y a su juicio mesurado de las circunstancias, a un silencio circunspecto que le había valido incluso, en no pocas ocasiones, la salvación de su vida y la de su familia, cuando por cuestiones políticas que en su momento no podía ni le interesaba comprender, la violencia había tocado su puerta y la mirada horrorizada de sus hijos le había convencido que a veces era mejor callar el juicio de los argumentos frente al cañón humeante de un arma.

Habían llegado. Enfrente de ellos, sobre una mediana extensión de tierra labrada, brotaban las primeras hojas lanceoladas de lo que parecían ser unas plántulas de fríjol. Don Ismael explicaba a los promotores las dificultades que tenían para lograr un buen crecimiento de las

leguminosas a causa de la escasez y el alto costo de los fertilizantes químicos que, además, sólo podían conseguirse en los comercios agropecuarios de Tulúa. "Y ni modo de bajar hasta allá, fíjense. En el pésimo estado de esas trochas que ustedes mismos soportaron, y más con este invierno tan tenaz que se nos viene... Hemos perdido las dos primeras cosechas, y lo único que os queda es seguir peleando contra el yeraguá hasta encontrar la mejor tierra en estos...". Entonces el crepitar intermitente de un motor quejumbroso interrumpió la voz del campesino. Entre la espesura de la maleza vieron que una moto se acercaba torpemente, sorteando las zanjas de lodo que se abrían a cada lado del camino. Allí venía Antonio, salpicado de lodo hasta la cabeza, intentando mantener el equilibrio para no caer, junto a la mujer que venía montada en la grupa, al fango espeso que tenía salpicada de innumerables manchas de color marrón y verde excrementicio la ropa de los dos promotores.

La motocicleta, una Yamaha recién adquirida por el equipo de promoción, no presentaba tampoco un mejor aspecto. El guardabarros daba la impresión de haber sido fabricado a mano con arcilla fresca, mientras que las llantas escurrían densos coágulos de tierra viscosa que chapoteaban al caer a los charcos abiertos en el suelo. Pero nada de eso le preocupaba a los dos motorizados promotores: acostumbrados a los rigores de la montaña, sabían que no haría falta más que un buen baño de agua helada para arrancarse de sí los grumos de tierra y excremento del camino. Y, por supuesto, también de la moto, que un exceso de barro podía averiar seriamente el motor y causar accidentes indeseados.

Primero se apeó la mujer, de aquellos dos, la mejor librada de la travesía. Era Patricia, la nueva agrónoma encargada del área técnica del IMCA. Se presentó ante los campesinos que aún no la conocían y se dispuso a escuchar el problema de los fertilizantes que Don Ismael continuaba comentando. "Pues supongo que será grato para ustedes saber, señores..." dijo a todos una vez Don Ismael había terminado, "que no es necesario gastar tiempo ni dinero viajando hasta el pueblo para conseguir fertilizantes químicos que, más que beneficiar a sus plantaciones, terminará envenenándolas. Todo lo que necesitan ya se encuentra aquí, en la naturaleza, sólo tienen que aprender a utilizarlo." Y, agachándose, recogió unas crujientes hojas secas del suelo, tomó algunas virutas de madera que habían regadas cerca de los árboles y, luego de esperar a que diera el último mordisco, arrebató de las manos de Neftalí la cáscara del banano que el padre comía ansiosamente; amontonó todo cuidadosamente sobre la tierra, y dijo: "Esto es tan solo el principio de la elaboración de un buen abono orgánico. Las plantas que cultivamos también necesitan alimentarse de nutrientes esenciales, como nosotros, sólo que ellas encuentran ese nitrógeno, ese potasio y ese fósforo que necesitan en los microorganismos que viven bajo las capas del suelo; pero lo mejor es que esos nutrientes también se encuentran en la materia orgánica en descomposición, como la madera vieja, las cáscaras de frutas, el pasto y las hojas secas y en el excremento de los animales. Es un proceso completamente natural, liberado espontáneamente por la tierra, que recibe sin distinción todos los restos orgánicos que la muerte abandona a su paso para retornarlos a su seno, brindándoles una función biológica que les permitirá transformarse en fuente inagotable para una vida nueva."

La promotora continuaba con su explicación mientras una brisa helada que bajaba desde las más altas cimas de la cordillera rompía contra el grupo de campesinos que ahora formaba un círculo alrededor de la promotora. La idea de un fertilizante sin costo alguno, que se podía producir en la finca sin desatar las consecuencias ambientales provocadas por esos insumos químicos que importaban del extranjero, motivó en los campesinos una gran expectativa y una implacable curiosidad que se desató en una avalancha de preguntas sobre la promotora. Le preguntaban por detalles del proceso de elaboración: que cuántos desechos se necesitaban para lograr buenos resultados; que qué cuidados debían tener con las cosas descompuestas; si era mejor hacerlo en ciertas épocas del año que en otras; si le podía dar la lluvia; que entonces porqué se vendían esos abonos tan caros y dañinos si existían alternativas gratuitas y naturales; y, algo que inquietaba a muchos, como funcionaba eso de que un revuelto de cosas descompuestas alimentaban las plantas que después ellos se comerían. Patricia resistió como pudo el alborotado interrogatorio campesino mientras su cuerpo se helaba por un viento cada vez más potente.

Las hojas prendidas de finas gotas de brisa helada que viajaban a la deriva en el viento llevaron el perfume dulzón que desprendían los guayabos hasta la nariz incauta de Don Ismael, quien de inmediato se encontró en medio de una apartada región de su memoria que yacía hace tiempo olvidada. La escena de su abuelo y su padre recolectando guayabas podridas y madera seca en los bosques, y de él junto a sus hermanos recogiendo las cáscaras de huevo y el estiércol de los bulliciosos cerdos que retozaban en los chiqueros le recordó que su familia hacía algo muy parecido en la finca de su infancia, cuando por aquellas tierras aún no existían esos insecticidas y fertilizantes que ahora tanto promocionaban en el pueblo. En el momento no entendió porqué en un primer momento la idea de la promotora le había causado tanta fascinación y sorpresa, si de algún modo ya la conocía, le era completamente familiar. Tan solo sentía que... la había olvidado. El viento barría con un montón de hojas y recuerdos que de pronto rebosaban espontáneamente ante su mirada absorta, evocados por las palabras de la mujer; sintió aromas, escenas, sensaciones perdidas en la infancia que creía tan remotas, casi suplantados por otras más recientes y menos agradables, como la estrepitosa huida con su familia de la finca, su paso por las grandes ciudades, el constante trasegar de aquí para allá, en busca de respuestas, de alternativas que lo regresaran al campo, el único lugar donde podía hacer lo que sabía y le gustaba: cultivar la tierra. Porque lo había aprendido de su padre hace muchos años atrás, y él a su vez lo había aprendido del suyo, y éste del suyo y así su arduo trabajo continuaba una larga cadena lanzada al pasado de generaciones de seres humanos que transmitieron sus conocimientos y habilidades a las más jóvenes para que pudieran sobrevivir por sí mismos, perpetuando esta memoria, la memoria campesina, en su forma material más vital y poderosa: el trabajo con la tierra.

Pensaba Don Ismael que pese a que las circunstancias lo aparten a uno de su casa y de su trabajo, pese a que el paso del tiempo devaste inclemente la memoria y pese a que los horrores de la guerra lo conviertan a uno en otro que jamás se pensó ser, nunca se podrán arrasar con

los recuerdos más íntimos y menos con aquellos que ya se han arraigado en la carne, hasta llegar a convertirse en tradición, en cultura, en identidad. El olvido no es absoluto, susurraba el viento, lejano en su consciencia, aunque a veces las circunstancias de una sociedad lo impongan como un castigo.

La situación de la familia Otálvaro, al igual que las demás familias que habitaban Puerto Frazadas, era un ejemplo palpable de los exiguos resultados conseguidos por la Reforma Agraria de 1961. El INCORA, en su redistribución masiva de tierras, parceló un amplio terreno en la zona alta de Tulúa y los distribuyó entre diferentes familias provenientes de diferentes zonas del país, en su mayoría de Boyacá, que habían solicitado una indemnización del Estado. Sin embargo, el acompañamiento del INCORA fue ineficiente y terminó siendo el IMCA el encargado de brindar la atención básica a algunas de estas comunidades vulnerables. Obligados a vivir en comunidad sin apenas conocerse, las familias campesinas tuvieron un proceso de adaptación lento y dificultoso con el entorno y la nueva sociedad. Eran comunidades sumidas en la miseria. El conflicto armado y sus perversas tácticas de despojo los habían obligado a huir de sus tierras originarias y habían dado a parar, de repente, en una montaña apartada de la mirada desidiosa del Estado. Abandonados a su suerte, tuvieron que luchar por su supervivencia de la única manera que sabían hacerlo: cultivando.

Belén fue una de las veredas que más estrecha relación forjó con los promotores. Su empresa comunitaria, sostenida por el viejo banderín político de la lucha por la tierra, nació durante el conflicto entre unos jornaleros de Ceilán y los nuevos colonos por el control de las tierras de una gran finca. FANAL prestó su asesoría para resolver los inconvenientes y organizar a las comunidades. Una vez puestos de acuerdo, los campesinos decidieron tomar los créditos ofrecidos por el INCORA para montar proyectos agropecuarios en algunas tierras disputadas. Sin embargo, pronto las cuentas se salieron de control y se encontraron con una gran deuda y un oneroso número de necesidades insatisfechas. Fue entonces cuando el IMCA llegó a intermediar en las relaciones con el INCORA y a prestar sus servicios de acompañamiento social. Pacho Mejía había subido allá en años anteriores a dar algunas charlas. Allí se gestó internamente una iniciativa de desarrollo que demostró la voluntad de cambio de la comunidad. Las tiendas veredales, uno de los proyectos vanguardia por entonces, llegaron también a esa zona, fomentando el crecimiento de las economías familiares que fortalecieron el tejido social de la zona. Pero la violencia destruyó la estabilidad que habían logrado. Los grupos guerrilleros que operaban en la zona reclutaron forzosamente adeptos en sus filas entre los campesinos y obstaculizaron las labores en favor del desarrollo que instituciones como el IMCA desempeñaban.

Una tregua a ese conflicto despertó las esperanzas del país en 1980, año en que las FARC y el Estado, en cabeza del presidente Virgilio Barco, establecieron una mesa de negociación en el municipio de La Uribe, en Meta. Entre los puntos principales de discusión se encontraban las

garantías de participación política que el grupo guerrillero podría obtener en una eventual desmantelación de sus actividades. Producto de esos acuerdos surgió el movimiento político Unión Patriótica (UP), un partido que funcionaría como vehículo político para que los grupos alzados en armas pudieran reinsertarse a la vida política del país. La UP no sólo reunió a miembros de organizaciones guerrilleras como el ELN y las FARC, también atrajo a numerosos líderes de izquierda que encontraron en el nuevo movimiento un mecanismo de participación. Pero las esperanzas de solucionar el conflicto se vinieron abajo cuando uno por uno los integrantes de la UP comenzaron a ser asesinados y el movimiento fue desarticulándose lentamente; al mismo tiempo, las FARC consumaban una alianza con el narcotráfico que le ayudaría a perpetuar una guerra que perdura hasta nuestros días. Una vez más, la democracia colombiana demostró estar sometida a fuerzas que superan el valor del bien común y la libertad política.

Antes de continuar es necesario detenernos un momento en el trabajo del área pastoral para hacer un pequeño análisis de su trascendental función. Desde un tiempo antes de la desaparición del internado, en varias veredas y comunidades de diferentes municipios del Valle, se venían adelantando una serie de procesos formativos en asuntos religiosos y organizacionales como parte del trabajo de campo exigido a los alumnos campesinos. A estos procesos se les dio continuidad aún después del cambio de razón de ser del Instituto, pero con un seguimiento más intensivo, presencial y adaptado al nuevo modelo de desarrollo rural que impulsaba el IMCA. El plan de formación comprendía distintos cursos de formación bíblica, formación teológica y, articulándolo con los procesos organizacionales impulsados desde siempre, formación comunitaria con énfasis en valores familiares y producción cooperativa. Partían de reconocer que las bases de un fuerte desarrollo social y comunitario comenzaban a cimentarse en los horizontes espirituales del individuo y de su comunidad original, la familia, la unidad básica de la organización social, razón por la cual el núcleo familiar fue el centro de atención de estos proyectos de fortalecimiento del tejido social. Entre los lugares en los que la presencia del IMCA tuvo una relevante repercusión se encontraban:

- El Placer, Cerro Rico y El Crucero, en Buga, donde también se conformaron empresas comunitarias.
- Alto Calabazas y San José de la Selva, en Río Frío. Fue de gran importancia el trabajo en esta zona con CODECOR, una organización campesina que luchaba contra la compra masiva de tierras por parte de Cartón Colombia para la devastadora expansión de sus monocultivos de pino.
- Con el municipio de El Dovio se realizó entre 1985 y 1987 un innovador proyecto de creación de comunidades cristianas de base llamado Proceso de Formación de Animadores. Buscaba configurar una organización campesina amplia a nivel municipal, que desde la experiencia cristiana aportara a la solución de sus problemas locales y mejorara la dinámica de vivir comunitariamente en la construcción de Iglesia.

- Fuera del departamento también se realizaron labores conjuntas con organizaciones campesinas e indígenas. Así fue el caso del acompañamiento a la Parroquia de Toribío, en el Cauca. Allí el IMCA asesoró la misión pastoral del Padre Álvaro Ulcué Chocué, recordado líder de la comunidad Nasa que cayó asesinado en 1984 por su obstinada lucha por el acaparamiento de tierras contra terratenientes en el Cauca.
- Por último, estaba la colonia de Puerto Frazadas, en la zona alta de Tulúa. Eran alrededor de diez o quince familias que habían llegado a esta zona como parte de una adjudicación de tierras gestionada por el INCORA y FANAL. Conflictos entre colonos y jornaleros, incluida la presencia de grupos armados en la zona, hicieron de esta una experiencia lenta y dificultosa que terminó con la desintegración de algunas organizaciones.



Sacerdotes jesuitas compartiendo la eucaristía a la comunidad. El acompañamiento pastoral ha sido siempre una estrategia fundamental dentro de la metodología de desarrollo rural.

Todo el andamiaje de esta pastoral reposaba en el pensamiento de corrientes renovadoras al interior de la Iglesia Católica que clamaban por un replanteamiento de su relación con la población marginada y con la naturaleza. La Teología de la Liberación, nombre de este pensamiento que derivó de las transformaciones logradas por el Concilio Vaticano II, luchaba por una Iglesia social, misionera, arrojada al mundo real que convulsionaba allá afuera de las catedrales y los templos. Sus principios emanaron de la inclemente situación que sumía a Latinoamérica en la total miseria, marginación social y destrozo ambiental durante la década de los sesentas, situación analizada, debatida, y cuyas estrategias de solución fueron plasmadas en los documentos finales de las Conferencias Episcopales de Medellín, Puebla, entre otros. Era una teología para el pueblo la que proponían los curas latinoamericanos, dirigida a los problemas sociales inmediatos que sometían al territorio que pertenecían, que aterrizaba la palabra del Evangelio desde el altar intangible que la mantenía encadenada a las liturgias y a los símbolos,

hasta las trincheras ensangrentadas donde los excluidos resistían y batallaban contra todo. El Evangelio llevado a la praxis. Y si el término suena algo marxista no es una ingenua coincidencia. Muchos de los postulados de esta teología liberadora se fundamentan en las tesis de Karl Marx, filósofo alemán cuyo pensamiento sentó las bases del movimiento comunista; y pese a que muchos intenten invalidar esta insoslayable semejanza, son más las categorías de análisis que los acercan que aquellas que los distancian: la *liberación* entendida como *salvación*, ya no como el gozo eterno del Reino de Dios, sino como la liberación de los pobres de las *clases* opresoras y dominantes; o la *redención* como la fe transformada en *praxis*, como acción redentora de esa esperada liberación. Son solo semejanzas entre estas corrientes de pensamiento que, si bien conciben medios distintos y parten de diferentes ángulos, una de la filosofía y la otra de la religión, confluyen en una voluntad de cambio drástico de la sociedad contemporánea. Muchos obstáculos se encontrarían estos teólogos en su carrera hacia la liberación, en especial aquellos colocados por los defensores de la Doctrina Social y los sectores más retardatarios de la Iglesia, quienes consideraban a esta corriente como "el caballo de Troya que el comunismo había insertado en el Vaticano."

Quizás de ese tamaño, el de un gigantesco armatoste de madera repleto de jesuitas escondidos por dentro, se imaginaron los párrocos locales de aquella época el programa que el IMCA había llevado a las veredas que regentaban. Pues las autoridades religiosas de la región, muy arraigadas a la tradición conservadora y liturgista del acompañamiento pastoral, olían con sospecha las nuevas propuestas sociales que abanderaban jesuitas y promotores por el campo. Esa tensión, que iría atenuándose con el tiempo, en cambio no existía en la relación con las familias campesinas. Si bien es cierto que la devoción religiosa de las comunidades agrarias en Colombia reposa sobre principios morales que hoy algunos podrían concebir muy conservadores, el mensaje social y religioso del IMCA no chocó con la sensibilidad o el pensamiento de las comunidades adonde llegaba. Al contrario, su presencia fue siempre afectuosamente recibida y celebrada, sobre todo en aquellos lugares más apartados de las parroquias municipales. Esa acción espiritual, que ha llevado al IMCA a difundir una visión liberadora del cristianismo, perturbando la calma de alguno que otro por el camino, es la que hace diferente la labor del IMCA de cualquier otra ONG, lo que la convierte en una misión que no se conforma con promover iniciativas sociales o proyectos productivos, pues le cautiva mirar más allá, a donde las profundas necesidades espirituales y las identidades de los colectivos se funden para originar las verdaderas bases del tejido comunitario.

Esa relación entre campesino y promotor evolucionaria naturalmente con el tiempo a un vínculo que trascendería las meras circunstancias laborales y tendería lazos afectivos perdurables. Porque se promovía, sí, el desarrollo rural mediante el fortalecimiento de los medios productivos de las comunidades campesinas y la organización social, pero enfocado, sobre todo durante este período, en la formación interna, espiritual y afectiva, de las personas y de las familias, logrando enlazar el eslabón que faltaba a la cadena del desarrollo integral propuesto por los mandos gubernamentales de la nación, ese desarrollo que aún no contemplaba aún la fortaleza y el

equilibrio del universo interior de las personas, rodeadas además por circunstancias violentas y traumáticas, el principio de la prosperidad material y política.

Pese a contar con todo un sólido fundamento ideológico y pastoral sosteniendo su función organizativa, el IMCA desempeñaba en la completa soledad institucional este servicio social. Ninguna institución, oficial o privada, acompañaba el trabajo en las veredas y las comunidades, lo cual dificultaba la ejecución de muchos proyectos en zonas donde la violencia y el sectarismo político reinaban a su voluntad.

Su solitaria presencia podría llegar a ser sospechosa e incluso ser tildada de insurgente. Por esta razón, desde mediados de los ochentas, la dirección del IMCA se encargó de establecer y consolidar contactos con distintas entidades, principalmente las parroquias y las alcaldías municipales, con el propósito de reafirmar, esta vez oficialmente, la presencia del IMCA como una agente social activo y legítimo en el territorio, tornando su labor en una experiencia menos aislada, menos sospechosa para todo aquél que pudiera olfatear indicios de subversión en su misión organizativa y educadora, fenómeno lamentablemente habitual en la escena política de la región y del país.

La importancia de este logro político radica en su posicionamiento dentro del hermético escenario de una sociedad rural dominada por los latifundistas, gamonales y las autoridades políticas tradicionales en constante competencia por el poder local contra (o junto con) la expansiva y despiadada maquinaria del narcotráfico, donde el modelo alternativo de un desarrollo sustentable y una participación política comunitaria suponía toda una contradicción y un desafío manifiesto a los poderes dominantes.



Rompe Cadenas, el boletín informativo que el IMCA publicó durante un tiempo a un precio de \$2.00 pesos de la época como parte de su estrategia de comunicación. Ésta edición informaba dos noticias: la lamentable muerte del padre Francisco Mejía, en 1984, y el cese al fuego de las FARC según los acuerdos firmados cuatro años atrás en La Uribe, Meta.

Esta preocupante razón llevó a las directivas del IMCA a acercarse a los actores regionales. Ya mucho tiempo había pasado el IMCA ignorando la presencia del Estado en su trabajo comunitario, tanto que había llegado a suplir las funciones que estaba obligado a brindar a la población. Así que decidieron romper esa barrera de hielo que los separaba de las instituciones oficiales y llegar hasta las alcaldías municipales (con las que hasta ahora no se tenía contacto alguno) y las autoridades religiosas locales (contra las que en muchas ocasiones chocó su modelo de educación pastoral). Es cuando comenzaron a tejerse una red de alianzas entre ONGs e instituciones regionales que compartían un objetivo en común: el desarrollo del campo.

El trabajo conjunto con otras instituciones que desempañaban labores similares, y, especialmente, con las entidades del estado, supuso el posicionamiento del IMCA como un actor dinámico del ejercicio de la planeación territorial en la región, participando activamente en la formulación de planes de desarrollo rescatando alternativas de solidaridad y auto sostenimiento. Era ver al IMCA participar en la toma de decisiones y la apropiación del poder, paso fundamental para transformar la realidad local hacia un futuro sostenible.

Estas nuevas relaciones materializarían sus resultados en la década siguiente, con la creación de los Comités Interinstitucionales de apoyo a la población rural. Pero aún antes que esos efectos se notaran en la región, ya tenían un gran impacto en el extranjero. En 1989, junto a otras diez ONGs suramericanas, el IMCA ayudó a fundar el Consorcio Latinoamericano de Agroecología y Desarrollo (CLADES), con el fin de promover iniciativas agroecológicas y sostenibles en los medios rurales. A través de investigaciones y programas educativos esta coalición estuvo a la

vanguardia del desarrollo sostenible en el continente. Pronto brotarían más frutos de estas alianzas por la sostenibilidad, sobre todo desde la década siguiente, cuando el IMCA comience un proceso de expansión progresiva de sus proyectos en el territorio vallecaucano.

Afuera la ventisca sacudía las copas de los árboles y la estruendosa arremetida del agua sobre el techo de zinc, observaban algo preocupados los promotores, parecía que fuera a arrastrar, junto a las ramas, rocas y arbustos que ya se había llevado por delante, los robustos pilares de guadua que sostenían la escuela de la vereda, el recinto más grande de los alrededores, construido hacía poco tiempo durante una minga dominical, y dentro del cual había suficiente espacio para refugiar a la vereda entera de la tormenta. El resto del mundo gozaba del guateque sin prestar atención a la furia que la naturaleza desataba allá afuera. Algunos muchachos, desafiando el rigor del clima, incluso habían corrido hasta sus casas en busca de guitarras, guacharacas y tiples y regresaban empapados (permitiendo a uno que otro perro intruso colarse a último minuto en el banquete) a colorear la velada con el tono acogedor y ocre de las cuerdas templadas y los cantos de viejas historias de amor que habían aprendido en sus tierras. Alumbraban la acogedora fiesta las temblorosas llamas de un montón de velas y algunas cuantas lámparas de aceite colocadas por todo el salón, que era la mejor iluminación a falta de redes eléctricas en la vereda.



Sobre unas largas mesas de madera, desplegadas una al lado de la otra a lo largo de un amplio salón engalanado con la discreta inocencia de los dibujos escolares, iban y venían montones de platos y vasos y jarras y bandejas engalanadas de suculentos manjares, preparados la tarde anterior en los talleres de alimentación, que protagonizaban un exuberante banquete que ahora esperaba a ser atacado por los voraces apetitos de los asistentes. Muchos convidados, embriagados en la suculenta desesperación de ver tantas delicias juntas, se rindieron sin

remedio a los placeres de la glotonería sin ni siquiera percatarse en qué penoso momento todas las porciones de torta de yuca se agotaron, cuándo los bizcochos de zapallo dulce fueron arrasados de las canastas, porqué el queso derretido que se escondía al interior de los dorados aborrajados de maduro fue degustado por tan sólo unos pocos paladares instalados con privilegios al inicio de la fila, cómo litros y litros de chicha de chachafruto, fermentada en gordas ollas de barro durante días enteros, desaparecieron sin importar la ansiosa aglomeración de vasos que esperaban a ser servidos entre una confusión de manos que untaban cucharadas y cucharadas de jalea de guayaba en asados envueltos criollos al tiempo que otras arrebataban de a tres o cuatro empanadas de maíz de una gran cesta de mimbre. En otra mesa, sobre las blandas tajadas de postre de bore, los paladares amantes del azúcar derramaban dulce de naranja y de papaya sin prestar atención a la prudencia de quienes paraban de comer para abrir espacio en sus estómagos porque sabían que en algún momento haría su entrada triunfal el plato fuerte de la noche: un lechón asado que Don Ismael había ofrecido a la comunidad, y que, como era presentido, causó furor cuando desfiló entre la multitud al salir de la cocina y ser colocado sobre la mesa, cautivándolos a todos con su suculento aroma y su brillante barniz asado.

Los más jóvenes despertaban de su letargo y quedaban sorprendidos al conocer y saborear todas las delicias que se podían preparar si lograban conocer a fondo los frutos, plantas, hierbas y demás tesoros que brotaban espontánea e ilimitadamente en aquellas tierras. "Incluso de la cidra", comentaba animada Marta a un grupo de jóvenes agrupados alrededor suyo. "No crean ustedes, muchachos, que para lo único que pueden destinar este fruto, que por donde quieran pueden topárselo colgando de los árboles, es en la mera alimentación de los puercos de la parcela. Si se le prepara adecuadamente, la cidra (que además existe en distintas variedades como la cidra calabaza, la cidra blanca, la cidra tunuda o la cidra papa, llamada así porque su pequeño tamaño y su color marrón le conceden cierta familiaridad con el tubérculo), y la mezclan con otros ingredientes, pueden obtener exquisiteces como la que acabo de cocinar." Y como un prestigitador quitó el velo que cubría un platón repleto de un suculento manjar de cidra endulzado con panela, que no debió entregar a los muchachos antes de darle la primera probada porque cuando volteó a mirar, ya habían huido con el postre entre las manos.

Entonces tres fuertes golpes, propinados con un objetó sólido y macizo sobre el portón de la escuela, silenciaron el bullicio y frenaron de súbito el flujo abundante del banquete que todos disfrutaban. Todos quedaron petrificados y un silencio mortuorio gobernó la sala cuando escucharon, alzándose por el estruendo metálico de la lluvia, una potente voz de mando que amenazó: "¡Si no abren inmediatamente botamos esta puerta a tiros!", seguido de otros tres potentes golpes en la puerta.

Sólo se oía el sonido de la lluvia, crepitando incesantemente sobre el tejado de zinc como si pequeñas rocas se estuvieran precipitando del cielo, arrastradas por el viento que silbaba fríamente cuando chocaba con los árboles y que se podía sentir pasando junto a los oídos porque soplaba tan fuerte que una de las ventanas había cedido a su impulso, dejando irrumpir una

fuerte corriente que apagó las llamas de las lámparas y dejó en tinieblas a todo el recinto. "¡Abran de una vez!", gritó la voz, golpeando de nuevo la puerta. "¡No lo vamos a repetir!"

Entonces Don Ismael se levantó de su asiento, y, pasando ante los rostros aterrorizados de la gente que escuchaba sus lentos pasos arrastrándose entre la oscuridad, caminó despacio hacia la puerta, sosteniéndose temblorosamente del bastón que le acompañaba en sus travesías por la montaña, aferrándose a él mientras una avalancha de recuerdos y sensaciones dolorosas inundaba su mente con imágenes de ese pasado que lo perseguía sin cuartel a donde fuera que huyese, perturbando su existencia y la de su familia. El tiempo es un círculo plano, se dijo, todo se vuelve a repetir. Siempre.

Cerca de la puerta se unieron Antonio y Neftalí quienes lo acompañarían a confrontar la agresiva voz que los reclamaba del otro lado. El frio parecía haber endurecido la puerta porque por más fuerza que hacían no lograban mover los pasadores que la aseguraban. Un potente estallido estremeció el lugar y arrancó gritos de pavor entre los perturbados asistentes; era un rayo que había caído a poca distancia del lugar. El pasador emitió un chillido oxidado cuando Neftalí por fin pudo deslizarlo hacia afuera y logró abrir la puerta. Un repentino chorro de luz encandiló los ojos del padre, quien se protegió las pupilas con sus manos sin poder mirar el rostro de la persona que le enceguecía con la potente luz de una linterna, y en cambio sólo distinguió tres confusas sombras apostadas firmemente enfrente suyo, resistiendo impasibles la embestida de la lluvia. Pese al deslumbramiento de sus ojos y a las gotas de lluvia helada que se seguían estrellándose como minúsculos alfileres de hielo contra su rostro, Neftalí pudo distinguir la fría presencia de dos oscuros, metálicos cañones de fusil que aquellas negras siluetas mantenían apuntando al suelo, con el mismo aspecto de ferocidad domesticada de dos melancólicas bestias que esperan la orden de su amo para desatar su violencia contra su presa. Todavía entre el aturdimiento y el miedo escucharon, de la misma voz, ronca y siniestra, unas palabras que apenas penetraron en sus oídos helaron instantáneamente su sangre y anularon por completo sus pensamientos tornando su mente en un vacío de desconcierto y angustia. "Éste es un aviso para los señores de Buga..." se hizo una pausa acompañada del chapoteo monótono de las gotas cayendo pesadamente en los charcos "...ustedes aquí duermen, pero no amanecen..."

El caballo descendía en un trote acelerado por el terreno enfangado y resbaladizo iluminado apenas por la tambaleante luz de la linterna que Marta, montada junto al padre sobre el lomo del equino, cargaba siempre consigo para las salidas nocturnas. Unos pasos más adelante parpadeaban las estacionarias de la Yamaha donde iban Patricia y Antonio, a escasa velocidad para no dejar atrás a sus compañeros. De último en la fila estaba Don Ismael sobre su caballo blanco, que pisaba seguro el terreno que transitaba a diario. Ya la tormenta había cesado y ahora eran los recuerdos frescos del episodio anterior los que llovían implacablemente en los atribulados recuerdos de los fugitivos. En el padre aún perduraba como una fotografía indeleble la sensación helada que le provocó la imagen de los cañones de los fusiles escurriendo copiosamente el agua que llovían sobre ellos. Se dirigían a Ceilán, el centro urbano más cercano

donde podrían conseguir un transporte que los llevara hasta Tulúa. A ese paso les tomaría cerca de tres horas escapar de lo que parecía ser una muerte segura y llegar a su destino. No sabían con exactitud quiénes podrían haber sido aquellos hombres que amenazaron sus vidas. Los campesinos rumoraban sobre nuevas bandas de narcotraficantes que se estaban expandiendo por el norte del Valle ganando terreno para su causa por esos lados, aunque también comentaban la presencia, de larga data en aquellas regiones montuosas, de frentes guerrilleros que extorsionaban a lugareños y visitantes. Se preguntaban si los habían estado siguiendo durante todo ese fin de semana de trabajo, o durante hace meses o quizá varios años. No imaginaban tampoco qué intereses podría molestar la solitaria presencia del IMCA en aquellas montañas. Lo cierto es que este incidente no era el primero, ni sería tampoco el último, que ponía en riesgo la vida de los promotores e impediría la continuidad del proyecto del IMCA en muchas de las comunidades que acompañaba.

De ahora en adelante el IMCA tendría que enfrentarse a un problema aún más brutal y despiadado que las precarias condiciones de las parcelas, el analfabetismo, la miseria absoluta, la corrupción política o la enemistad de alguno que otro párroco inconforme. La violencia, esa misma violencia que llevaba persiguiendo al país y a sus campesinas por los caminos ensangrentados de su historia, se aparecía ahora ante las puertas del IMCA, obligándole a recordar que también debía lidiar con su despótica dictadura en el campo colombiano.

6. AUGE Y DECLIVE: ENCRUCIJADAS EN EL CAMINO (1990 – 1999)

Pues me parece que a nosotros los apóstoles, Dios nos ha dado el último lugar, como si estuviéramos condenados a morir frente a todos.

Parece como si fuéramos un espectáculo para el mundo entero, tanto para los ángeles como para los hombres.

1ra CORINTIOS 4:9

El reloj pendular de la Parroquia de Trujillo estaba a punto de dar las siete de la noche y afuera todos se preguntaban por qué el padre Tiberio aún no había llegado para oficiar la misa, ni había delegado las tareas para los cursos de formación pastoral de la semana siguiente, ni mucho menos explicado la agenda de la reunión general de organizaciones comunitarias que tendría lugar mañana en el salón comunal del municipio. Nadie ni siquiera encontraba las pequeñas hojas litúrgicas de colores que se repartían antes de cada eucaristía para que todos pudieran seguir la lectura del Evangelio. Había salido esa mañana hacia Tulúa, junto a su sobrina y otros dos acompañantes a oficiar la misa de un amigo caído en la ola de violencia que azotaba la región. Los rumores se multiplicaban y una tensa zozobra paseaba por las calles de Trujillo mientras los días se sucedían sin conocerse rastro del sacerdote.

El padre Tiberio Fernández Mafla, nacido en el seno de una familia campesina en la vereda La Vigorosa, en el Municipio de Trujillo, había demostrado desde pequeño su vocación social y sacerdotal en su comunidad, tal vez por eso las circunstancias lo llevaron a conocer al padre Francisco Mejía y a participar, desde los primeros años, en la Universidad que el jesuita soñaba consagrar al campo. Allí formó su intelecto y sensibilizó su conciencia frente a muchas injusticias que, ahora comprendía, no sólo sucedían en Trujillo sino en otros miles de pueblos y veredas de toda Colombia. Allí se convenció de que la solución a la pobreza y marginación a las que estaba condenado el campesino estaba encauzada por las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia y la acción organizada del pueblo. Pronto su compromiso con la causa campesina llamó la atención del padre Mejía, quien vislumbró su gran potencial de liderazgo debido a la notable influencia que ejercía sobre sus demás compañeros. Desde entonces forjaron una amistad muy cercana, similar a la del padre que siente el deber de legar su misión de vida a su hijo.

Los años pasaban y Tiberio Fernández, ahora como párroco de la iglesia Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Trujillo, sintió la obligación de continuar el legado que Pacho Mejía comenzara en la Universidad. A la manera de un pequeño IMCA de dimensiones locales, el padre Tiberio organizó su propio equipo de promoción social, a cuyos miembros llamó Promotores Parroquiales. Juntos trabajaron promoviendo iniciativas organizativas entre las comunidades urbanas y rurales del municipio; ayudaron a conformar más de cuarenta empresas

comunitarias, entre las que se contaban sastrerías, ebanisterías, panaderías, zapaterías y mercados campesinos fundamentados en principios cooperativos, que contaron con el apoyo del IMCA, FANAL, la ANUC y otras instituciones educativas; promovieron tenazmente la movilización popular pacífica reclamando las necesidades y derechos elementales de los campesinos, denunciando abiertamente injusticias y abusos contra la población civil. En otras palabras, Tiberio Fernández gestionó la unión comunitaria en Trujillo y en algunos municipios cercanos, y fomentó la organización política de los campesinos, quienes más allá de los vínculos empresariales que compartían, se reunieron en torno a una conciencia social y cristiana que se oponía manifiestamente a la cultura violenta y clientelista que la clase política y el narcotráfico propagaban por la región.

El liderazgo social ejercido por el Padre Tiberio interfería en la lucha por el poder que las élites locales libraban desde hacía mucho tiempo, razón por la cual pronto fue tachado de subversivo, asociado a las columnas ideológicas del ELN que operaban por entonces en la zona, e incluso acusado de colaborar en atentados insurgentes para desestabilizar el orden público. Todo lo contrario. Él, si de alguna manera pretendió alterar el orden existente, fue abriendo oportunidades a los campesinos y trabajadores para que se apropiaran laboriosamente de su futuro y de su bienestar, tuvieran el control de sus propios medios productivos, participaran de las dinámicas políticas de su territorio sin miedo a ser perseguidos por su pensamiento o por sus propuestas, manifestaran su indignación con humildes actos de caridad y misericordia... Hasta que sus acciones colmaron la paciencia de los poderosos y la plaza central comenzó a convertirse en el cementerio del pueblo...

Cuando gamonales locales, dirigentes políticos y narcotraficantes (unidos en una mutua cruzada antisubversiva), se percataron de la magnitud que había alcanzado la movilización social en Trujillo, seguro se imaginaron que las columnas guerrilleras ya se habían apoderado de todo el territorio. La respuesta fue brutal y contundente. Los atroces mecanismos desplegados por las organizaciones paramilitares auspiciadas por algunos altos mandos del Ejército Nacional y los capos de la droga, encabezados por Diego Montoya y Henry Loaiza, alias "el Alacrán", apuntaron hacia dos objetivos precisos: mantener el control del poder local entre las élites políticas tradicionales amenazadas por la organización popular y expandir las fronteras de su imperio criminal mediante el despojo violento de las tierras campesinas. Alrededor de estos dos escenarios un teatro público del terror fue articulándose por las calles y montes de Trujillo, ante la mirada impotente de quienes sufrían la anunciada desaparición de alguien a quien querían.

Solo pasaron pocos días hasta que las terribles noticias fueron confirmadas. El padre Tiberio Fernández Mafla, quien hubiera desaparecido el 17 de abril de 1990 en misteriosas circunstancias en las inmediaciones del municipio de Riofrío, había sido encontrado flotando sobre las renegridas aguas del Río Cauca. Sin vida. Las huellas de la sevicia revelaban el cruel sufrimiento que su cuerpo resistió.

Su asesinato no fue en absoluto un hecho aislado ni muchos menos una de esas tantas muertes olvidadas que tanto abundan en el conflicto colombiano, sino que se inscribió en una larga serie de secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones que tuvieron lugar, entre 1988 y 1994, en las inmediaciones de los municipios de Trujillo, Riofrío y Bolívar, recordados con el nombre de la Masacre de Trujillo. Según las investigaciones del Grupo de Memoria Histórica, la violencia sistemática y el régimen de terror que gobernaron durante aquellos años en el municipio de Trujillo cobraron cerca de 342 víctimas. Campesinos, panaderos, carpinteros, tenderos, sastres, hermanos, madres, hijos, abuelos, padres cayeron ante la brutalidad de una guerra desbocada. Magdalena Sandoval los evoca a cada uno de ellos en una sobria poesía:

RESPONSO

Ya no lloramos nuestros muertos, porque los muertos viven con nosotros.

> En el aula silenciosa, en el periódico atestado, en las calles plagadas de miseria.

Como muescas
en la conciencia
del sicario,
como pregunta
en la mente del soldado

Ellos perviven en la memoria de las madres. Ellos comparten la pantalla con ídolos y reinas.

Y el poeta calla, y calla el que se siente lastimado. Porque un fusil destroza menos que la palabra cuando engaña. El incesante acometer de la guerra en Colombia, y, en particular, en el Valle del Cauca, ha sido históricamente uno de los obstáculos más difíciles de evadir para la misión social del IMCA. Pero el origen de la violencia en el Valle del Cauca es muy anterior al IMCA mismo, y las páginas de su historia, hay que decirlo, se han escrito con indeleble sangre campesina. Un punto de inflexión de ese proceso de violencia en el siglo anterior, engendrada en las innumerables guerras civiles del siglo XIX, se puede hallar hacia la década de los treintas dentro del proceso de colonización de la Cordillera Occidental. Los caciques y gamonales regionales (autoridades locales que se valen de mecanismos clientelistas y patronales para mantener su poder político sobre la población), afiliados al partido liberal por la provechosa coyuntura que ofrecía el ascenso de Olaya Herrera al poder, respaldaron a los colonos procedentes del Tolima, Antioquia y Cauca en sus disputas por las tierras que ocupaban hacendados de larga tradición conservadora. La presión armada a estos terratenientes y campesinos, ejercida por las fuerzas liberales, se extendió por esta zona cafetera disfrazándose a sí misma con el velo exterior de la lucha agraria, ocultando su verdadera faceta partidista y electoral, donde lo que en realidad interesaba a los agentes políticos de turno, era captar votantes entre la población campesina y acaparar el mayor número posible de escritorios en los despachos municipales. Estos primeros gérmenes de una lucha agraria manipulada por el conflicto partidista (que según el historiador Darío Betancourt se prolongó entre 1910 y 1940) fueron el foco de una violencia más sectaria y sistemática que propició un nuevo cambio de hegemonía política. En la zona plana, en cambio, ocurría un proceso de violencia asociado al fortalecimiento de la caña, al crecimiento urbano e industrial y a la consolidación de una clase burguesa acaparadora de tierras que, para mediados del siglo pasado logró expulsar a los pequeños parceleros que aún sobrevivían de sus cultivos, o mejor, los convirtió en una nueva especie de obreros agrícolas al servicio de la agroindustria. Desde entonces, agitado por los constantes cambios de hegemonía partidista y de élites económicas dominantes, el huracán de la violencia ha devenido en diferentes facetas, una más brutal que la otra, ensañándose siempre contra la población civil.

El recrudecimiento de esta violencia lo favoreció el cambio hacia una hegemonía conservadora (afianzada por la muerte de Gaitán en 1948), y, particularmente, la ausencia de baldíos en la zona plana industrializada, que obligó, tanto a campesinos desplazados como a comerciantes y hacendados, a buscar por los medios que fuesen necesarios tierras productivas en las altas zonas cafeteras, como Trujillo. Es en esta coyuntura de conservatización regional cuando surgen Los Pájaros, la policía privada de la facción ultraderechista del partido conservador. Nacieron como una estrategia política diseñada por el laureanismo (sector del conservatismo afín al pensamiento de uno de sus líderes, Laureano Gómez) para contraatacar los excesos de la República Liberal, prolongando la ola de violencia iniciada por los liberales décadas anteriores; pero fue el ideal de convertir a la región montañosa, antes de amplia influencia liberal y gaitanista, en una restaurada, tradicional y católica "Cordillera Azul", el auténtico y vital corazón de sus atrocidades. La desenfrenada pajaramenta, capitaneada por el otrora quesero de galerías comerciales, el

"Cóndor" León María Lozano desde las iglesias y garitos de Tulúa, salía en bandadas de cuatro o cinco sicarios a asolar los campos, a incendiar las casas de los dirigentes liberales, a masacrar a cualquiera que portara un color rojo en su vestido o que profesara alguna otra vertiente religiosa ajena al catolicismo. A todo aquél que, según su visión del mundo, desafiara el orden establecido por la estatalidad y la iglesia. Y todo su accionar era perpetrado en el absoluto silencio, en el perfecto anonimato patrocinado por el miedo y la zozobra infundados en la población civil. Circunstancias no muy lejanas a las sucedidas en la Masacre de Trujillo, treinta años después. La mutación de esta violencia sólo se ha manifestado en sus formas, en sus apariencias. De fondo, una lucha por el poder político y por el control de tierras siguen perpetuándose a medida que el temor, la impunidad y la violencia dominan la voluntad política de la población civil.

Las nuevas olas de violencia obligaron al IMCA a modificar su estrategia de acompañamiento en la región. El énfasis en organizaciones sociales que venía desde hacía algún tiempo orientando los proyectos de desarrollo del IMCA parecía preocupantemente vulnerable a la reacción de los actores armados en el territorio. Las asociaciones campesinas estaban acorraladas: por un lado instigadas por las guerrillas comunistas a colaborar en su misión revolucionaria, y en el otro por algunos sectores de las Fuerzas Militares y el Estado que acusarían de sedición cualquier intento de organización comunitaria. En 1995 la Comisión Internacional de Derechos Humanos condenó al Estado colombiano por su complicidad con la Masacre de Trujillo, y si bien el entonces presidente Ernesto Samper admitió la responsabilidad del Estado, los crímenes de esta masacre continúan bajo la total impunidad. Hoy, pese al paso del tiempo, Trujillo sigue acorralado por el terror que es ahora ejercido por nuevas bandas paramilitares.

Diversificar... diversificar... La palabra seguía dando vueltas en la cabeza de doña Libia Cotes... Diversificar la finca... musitaba entre dientes mientras sus manos seguían extrayendo los babosos granos de café maduro sin dejar que alguno se cayera y se confundiera en el tapiz cobrizo que conformaban las miles de crujientes hojas muertas en el suelo. La idea, planteada por un par de promotores que desde hacía poco tiempo acudía con cierta regularidad a la vereda a dictar charlas y talleres sobre las juntas comunales, no le parecía tan descabellada después de todo. Incluso yo ya no tendría que bajar dos veces cada semana hasta el pueblo para conseguir los huevos y la carne de la comida, pensaba con algo de entusiasmo, así talvez podría dedicar un poco más de tiempo a mis hijos...

Exhausta, doña Libia soltó la canasta rebosante de granos en el suelo y se secó con un pañuelo el sudor que escurría de su frente, mientras con la otra buscaba la botella de agua de panela que solía preparar antes de las arduas jornadas de recolección. Contempló jadeante el terreno ondulado montaña abajo, hacia las pocas plazas de tierra que tenía cultivadas de café y que limitaban con un bosque algunos cientos de metros más allá. A excepción de un pequeño terreno baldío y de su casa, toda su propiedad estaba conformada por esos viejos cafetales que suponían

el único ingreso de su familia. De la mediana producción que podía obtener de su café arábigo, doña Libia no sólo tenía que alimentar a su familia, sino también pagar las incesantes deudas que la misma plantación le producía, pues entre los abonos, los fertilizantes y los demás insumos químicos se le esfumaban casi todas las ganancias, hasta el punto que ya comenzaba a pasar algunas necesidades. Tenía que hacer algo.

Esa misma noche sobre la mesa de comedor, lápiz y papel en mano, doña Libia y sus dos hijos, tal y como lo habían aconsejado los dos promotores la tarde anterior, se pusieron a diseñar la finca que habían imaginado en sus sueños. Y en vez de cafetales, sobre el papel aparecieron plantas de maíz, fríjol y caña, y encima de ellas se levantaban altos árboles de plátano y guayaba que le darían sombra a los cafetales que seguirían existiendo en algún rincón de la parcela. Y sobre el terreno baldío, ocupado por los latones oxidados de un carro que ya no servía, se vieron los delicados trazos de corrales, chiqueros y galpones que darían acogida a los animales que se encargaría de criar el niño menor. Incluso, si sabemos aprovechar adecuadamente la pureza del arroyo que baña el bosque aledaño, decía la mujer a sus hijos, cabe la posibilidad de crear en medio un estanque en el que, con ayuda de los talleres en piscicultura que ofrecen los mismos promotores del IMCA, podríamos comenzar a tener truchas, algunas tilapias y tal vez un par de yamús.

Bajo la inestable luz de un foco envejecido los dos niños se entretenían en dar color a los trazos de su futura finca mientras su madre bebía una taza de café junto a la ventana, absorta en el paisaje nocturno, ansiosa de iniciar la multitud de proyectos que ahora asaltaban su cabeza. Se sentía presa de unas ganas abrumadoras de no dormir y ponerse a trabajar...

A causa de la Masacre de Trujillo los promotores pensaron en suspender el trabajo en la zona. Sin embargo, acordaron diseñar una estrategia de trabajo integral e intensivo focalizado en Riofrío, municipio que ya contaba con el acompañamiento social del IMCA, que les permitiera continuar y fortalecer los procesos con las comunidades. Concentrados en porciones mínimas de territorio, esta estrategia permitió una inmersión más profunda en las sociedades campesinas de esa zona, lo que favoreció un óptimo reconocimiento de sus problemáticas y su territorio que luego eran discutidas en planes concretos de trabajo. Fenicia y Salónica fueron el laboratorio primordial que configuró el actuar del IMCA dentro de una propuesta que los promotores de entonces conocieron como estrategia micro regional de trabajo. Los notables resultados de esta propuesta de acompañamiento focalizado se materializaron unos años más adelante, cuando el café se convirtió en un factor de unión comunitaria.

El éxito de la apertura institucional del IMCA y de sus alianzas con las entidades del estado que en los comienzos considerara ajena a su misión social, deslumbró en su labor impulsora y en su participación en los Comités Interinstitucionales de Desarrollo Municipal (CIDEM); tanto, que al poco tiempo de materializarse los primeros resultados, su propuesta de acompañamiento rural

fue reconocida y aplaudida por la administración departamental. Es cuando el proyecto del IMCA comienza a divulgarse en otros municipios cercanos, anunciando su deseo de expandir el espacio de acción e influencia de su propuesta alternativa de desarrollo, de afirmar su voluntad de transformación de la realidad que lo rodeaba, justificada en una planeación sustentable y participativa. La aceptación y la licencia de las autoridades públicas para operar junto a las comunidades de otros pueblos no tardaron en llegar. En Buga, Restrepo y Riofrío comenzaron, en 1991, los primeros laboratorios que integraban a diferentes instituciones oficiales y privadas de la región, con el propósito de diseñar planes de desarrollo para las áreas rurales, primordialmente.

Pero la planeación no fue entonces una labor ejecutada exclusivamente por las instituciones involucradas en los comités. El valioso aporte del IMCA (enriquecido durante las tres décadas de trabajo integral codo a codo con las comunidades campesinas, con su metodología basada en un acompañamiento intensivo y focalizado en decenas de territorios a lo largo de la región, sustentado en un pensamiento social solidario, en una relación sostenible con la naturaleza y hermanada a las orientaciones de la espiritualidad ignaciana), es que logró extraer a la planeación del desarrollo territorial de las altas instancias del poder estatal que la tenían acaparada, y tendió un puente entre las comunidades campesinas y las instituciones gubernamentales para que juntas construyeran el mejor futuro posible.

Con el tiempo se extendió un largo vínculo que tenía su origen en la finca campesina, la unidad mínima de acción del territorio: formulando planes prediales que contaban con la asesoría de las instituciones participantes, investigando en las alternativas tecnológicas ecológicas que existían para impulsar los índices productivos de las parcelas familiares y así afianzar la seguridad alimentaria de sus integrantes, y organizando la producción en función de la conservación del medio ambiente.

Luego los alcances de ese vínculo participativo se extendían a la vereda, para la cual era necesaria la herramienta de los planes de desarrollo comunitarios y la activa participación de la toda la comunidad representada en su Junta de Acción Comunal (JAC), los Comités Campesinos y las organizaciones campesinas legalmente constituidas. Partían de interrogar a la memoria de los habitantes para recuperar la historia de la vereda, del territorio y sus alrededores, de sus fundadores y los acontecimientos más significativos de su pasado local. La información era recolectada y divulgada con el objetivo de incentivar una identidad local y un compromiso con el futuro del territorio que partía de conocer su pasado. Se procedían después con censos poblacionales, con diagnósticos económico-productivos y con el análisis de la situación social de la comunidad, procedimiento que permitía identificar los problemas más urgentes del territorio y facilitaba la construcción del plan de desarrollo comunitario. Con la ayuda de mapas elaborados por las propias comunidades, se representaba el territorio en su conjunto, porque una vez identificadas las ubicaciones de las casas, fincas, ríos, montes, vías, parcelas y bosques era más sencillo proceder a ejecutar los proyectos de desarrollo que se concentraban

primordialmente en la mejora de la infraestructura. La construcción de acueductos, redes eléctricas, vías de acceso, escuelas y centros de salud eran las metas que las comunidades se proponían al planear, junto al acompañamiento del IMCA y las instituciones del CIDEM, el destino que custodiaban anteriormente los intereses particulares de algunos cuantos líderes políticos locales.

En este punto del ascenso de la plataforma participativa todo se enfocaba en los ecosistemas naturales, pues como la prosperidad del desarrollo sostenible no está garantizada solamente por la transparencia y la participación política de las sociedades, era imprescindible concentrar los esfuerzos en la conservación y recuperación de aguas, suelos y recursos naturales. Para ello se implementaron los planes de desarrollo de las micro cuencas, que reconocían la importancia del entorno natural en la vida de las comunidades humanas y procedían mediante el cuidado de las fuentes de agua, la creación de reservas forestales, la protección de áreas amenazadas, la recuperación de recursos locales, el manejo responsable de aguas residuales y basuras, la educación ambiental (sobre todo para los más pequeños) y la reflexión profunda sobre la relación espiritual con la naturaleza.

Y llegando por fin al más alto nivel de la planeación participativa regional nos encontramos con los municipios. El círculo de la interacción entre el campesino y las autoridades gubernamentales se cerraba en este punto, donde eran las alcaldías municipales las encargadas de ejecutar los proyectos construidos, evaluados y aprobados por la comunidad y las instituciones en conjunto. Se requería la elaboración de un plan de desarrollo municipal, que contara con la participación de la Asociación de JACs, del Concejo Municipal, e incluso el acompañamiento de las secretarias departamentales y del Fondo DRI, que daría prioridad a unos proyectos sobre otros según su grado de necesidad y, claro, de la amplitud o la austeridad del presupuesto público.

Todas estas dimensiones sociales del territorio se daban cita en el Comité Interinstitucional de Desarrollo Municipal. El objetivo principal de estos espacios era fomentar la participación civil y las decisiones consensuadas entre estado, sectores privados y organizaciones sociales, descentralizando así la planificación del desarrollo rural del municipio. La administración municipal, a la vez que garantizaba transparencia con la ejecución de los planes concertados, se comprometía a acompañar los proyectos aprobados que abarcaban la asistencia técnica al campesino, la prestación de derechos fundamentales de salud, educación y asistencia social a la infancia. Los CIDEM fueron oficializados legalmente gracias a la Ley 101 de 1993 del Ministerio de Agricultura, que los reconoció con el nombre de Consejos Municipales de Desarrollo Rural (CMDR).

Fue un gran triunfo de las comunidades campesinas, que descubrieron en la metodología participativa de estos comités una alternativa democrática y sostenible a las tradicionales y perniciosas prácticas clientelistas que manipulaban la planificación municipal y favorecían la centralización administrativa del estado.



Discusión del Plan de Desarrollo Municipal de Buga con representantes de veredas de la zona alta, en el que participan activamente los promotores del IMCA.

Fue así que junto a los grupos de trabajo que dividían el trabajo de promoción social del IMCA en áreas temáticas específicas (técnica, pastoral, organizacional, educativa...), surgieron equipos regionales que se concentraron en tres municipios precisos: Buga, Restrepo y Riofrío. Pero los prontos y abundantes frutos cosechados en los CMDR fueron conocidos por los municipios vecinos, que de inmediato solicitaron el apoyo de esta metodología. Así comenzó la expansión de esta experiencia de desarrollo sostenible que ambicionaba partir de las mínimas parcelas campesinas, pasar por las dinámicas comunitarias veredales, atender a los problemas del medio ambiente amenazado, abarcar las amplias dimensiones territoriales del municipio, y por qué no, alcanzar a conectar a todas esta dinámicas sociales, económicas, culturales ambientales y políticas en una vasta red regional de planeación participativa que integrara más y más municipios del Valle comprometidos en la construcción sostenible del futuro. Pronto la propuesta de los CMDR comenzó a ser implementada en municipios como Zarzal, El Dovio, Sevilla y Cartago hacia 1994, y luego, para 1997, ya se habían conformado los CMDR de Yotoco, Ginebra, Guacarí, Buenaventura, Darién, Palmira y Cali, lo cual sería fundamental para la consecuente expansión territorial del IMCA.

Pero los agentes que mejor promovieron la expansión territorial e institucional del IMCA de aquella época fueron, definitivamente, las organizaciones campesinas. Y es que el IMCA se había decidido por volcar su estrategia de desarrollo rural integral, enfocada en un principio en afianzar los valores espirituales del individuo y la familia, ahora hacia el trabajo intensivo con las organizaciones campesinas comunitarias con el objetivo de fortalecer el tejido social desgarrado por la violencia. El instituto reconocía la importancia que comenzaban a cobrar las cada vez más numerosas organizaciones sociales que se conformaban autónomamente en la

región, herencia de la fuerte repercusión social que logró el movimiento por la tierra de la ANUC en el Valle, y de su decisiva labor al representar, junto a los organismos civiles oficiales como las Juntas de Acción Comunal y sus respectivas asociaciones, la voz del pueblo que se despoja de su anonimato cuando toma activa participación de la acción política comunitaria.

Desde entonces, el IMCA ha contado con numerosos aliados en la institucionalidad pública como las UMATAS (Unidad Municipal de Asistencia Técnica), los Consejos Municipales, las Secretarías departamentales, el SENA, la CVC, el ICA, el INCORA, los Fondos DRI, participaría activamente en los Comités Interinstitucionales de Educación Ambiental (CIDEA), en los Comités Territoriales de Planeación (CTP), en las Juntas de Acción Comunal (JAC), en los Comités Interinstitucionales de Desarrollo Municipal (CIDEM) incidiendo directamente, por primera vez en su historia, en el diseño, la verificación y la ejecución de las políticas públicas de los territorios en los que hacía presencia.

Las reformas constitucionales impulsadas por un acto legislativo aprobado por el gobierno de Belisario Betancourt permitieron, en el año 1988, la primea elección popular de alcaldes en Colombia. Sin embargo, este proceso se consolidó con la proclamación de la Constitución Política de 1991. Las negociaciones con algunos grupos guerrilleros dispuestos a desmovilizarse, la necesidad de modernizar las instituciones y los urgentes reclamos por espacios de participación política por parte de numerosos sectores sociales excluidos de la toma de decisiones forzaron ante la dirigencia estatal la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente que se encargaría de redactar una nueva carta magna. Entre otras cosas, la nueva constitución declaró a Colombia como Estado Social de Derecho, fortaleció vías para garantizar una democracia participativa, favoreció la descentralización administrativa, privilegió el papel del ciudadano en la relación con el Estado y reconoció la condición multicultural del pueblo colombiano, abriendo espacios de inclusión y convivencia ciudadana.

Antes de esta nueva constitución los mecanismos democráticos del país se manejaban bajo las condiciones de una democracia representativa, en la que el poder es ejercido por los representantes elegidos por voto popular (senadores, presidentes, concejales, diputados...). Ahora toda una serie de recursos modificarían el esquema hacia una democracia participativa, garante de la soberanía popular, en la que los representantes políticos ya no serían rectores, sino los medios a través de los cuales el pueblo ejercería el poder. Sin embargo, la nueva constitución fundó tal cantidad de mecanismos abiertos a la ciudadanía (sufragios, referendos, consultas populares, tutelas, iniciativas legislativas, revocatorias...) que pronto reinó la confusión y nadie supo cuál era la manera correcta de aprovecharlos y entablar una relación fructífera con el estado. Al advertir la urgente necesidad que tenían las personas, especialmente en el campo, de utilizar las nuevas vías participativas, el IMCA dirigió sus esfuerzos a orientar a comunidades y organizaciones en el desafío de apoderarse de su propia soberanía. Realizó cursos de formación

sociopolítica en los municipios donde hacía presencia, que contemplaban temas como el manejo de la nueva Constitución, los principios constitucionales, las prácticas de acción ciudadana, veedurías ciudadanas, resolución de conflictos, acción de tutela y derecho social. El IMCA llevó la Constitución de 1991 de manera pedagógica a las comunidades campesinas que ahora veían más espacios abiertos para incidir políticamente en la realidad de su territorio.

Sin embargo, al mismo tiempo la Constitución del 91 engendró contradicciones internas que acarrearon duros efectos colaterales para el país. Facilitando la penetración de capitales, inversiones y mercancías extranjeras mediante la reducción de los aranceles al comercio externo, las políticas de apertura que acompañaron a la proclamación de la nueva Constitución iniciaron un lento proceso de privatización de empresas y liberalización comercial que continúa hasta nuestros días. Un nuevo modelo neoliberal de desarrollo había nacido. Los enormes beneficios otorgados por el estado colombiano a los mercados internacionales perjudicaron notablemente a los sectores agrícolas y manufactureros locales, que ven con cada tratado comercial firmado ininterrumpidamente con uno y otro gremio extranjero ven cómo son excluidos de las dinámicas del desarrollo económico nacional, y, por consecuencia, también del derecho inalienable a la libre empresa que garantiza esa misma Constitución.

Su sorpresa fue mayor cuando a la mañana siguiente, después de haber cerrado la verja de su finca, seguida de su gordo pequinés amarillo, y entrado en una par fincas vecinas para pedir unos plátanos que sembrar y dar comienzo a su proyecto, doña Libia descubrió que no sólo ella, sino que casi todos en la vereda se encontraban planeando la transformación de sus propias parcelas. Unos cortaban guadua para la construcción de los corrales, otros preparaban la tierra para la siembra de nuevas cultivos, algunos otros, reunidos en círculos bajo la sombra aromática de los arbustos de limonaria, oían el contenido de los manuales técnicos que algún promotor del IMCA leía en voz alta.

Pero ¿Y ya hiciste el diagnóstico de tu parcela?, le preguntó un vecino. No puedes intervenir directamente tu finca si no has hecho el diagnóstico previo. Acompáñame, le pediremos ayuda a los promotores. Y lo que ocurrió fue que durante las siguientes semanas hubo una actividad más agitada de lo habitual en la vereda, que reunió el esfuerzo de todos en la comunidad para alcanzar objetivos comunitarios: familias asistiendo a clases sobre organización y economía en las salas de las casas, bandadas de niños recorriendo los caminos veredales en busca de los más viejos para recoger la historia de la comunidad, mingas de jóvenes encargadas de cercar los límites con las áreas naturales que comenzarían a ser protegidas, grupos de mujeres encargadas de crear redes de apoyo y de conexión con más veredas, organizaciones, parroquias y alcaldías para ampliar los alcances de sus proyectos...

Ahora, cada noche que doña Libia se asomaba a la ventana a tomar su taza de café y divisaba, entre los rescoldos de luz de luna que se filtraban entre las densas copas de los árboles recién plantados, las transformaciones que estaban teniendo lugar dentro de su finca, sentía un aliento de esperanza inflarse dentro de su pecho, uno que no sentía desde hacía largo tiempo. Ahora comprendía que ese futuro que en noches anteriores soñara junto a sus hijos no lo podía alcanzar individualmente, en la soledad de su parcela, sino que lo debía construir en la compañía de toda la comunidad que la rodeaba.

Para mediados del siglo XX la impetuosa maquinaria del desarrollo capitalista marchaba a todo furor por la devastada avenida del mundo: todo lo devoraba, todo lo consumía, todo era absorbido por su vorágine insaciable de cambios y desintegraciones constantes, principios elementales impuestos por los agitados ritmos de la vida moderna. Junto a las fastuosas obras de ingeniería que se alzaban en las capitales del mundo, metálicos testimonios del triunfo artificial del hombre moderno, dilatábanse, sin fronteras definidas, extensiones y extensiones de suburbios miserables abigarrados bajo la luz opaca de las poluciones y los parpadeantes anuncios de los comercios; la extraordinaria inmediatez conquistada por los medios de comunicación y de transporte reducían las distancias del espacio y desdibujaban las fronteras nacionales a tal extremo de permitir presenciar un evento cualquiera desde todos los rincones y lugares del planeta a cualquier hora y momento del día; la circulación desenfrenada de capitales ya no cesa por ningún motivo, y mientras las mareas de la propaganda golpean a diario los portones de nuestras casas, incitándonos a zambullirnos en los raudales violentos del consumo y la acumulación, y mientras que naufragando en el caos y la inmediatez de todo lo posible, en la destrucción ambiental acelerada, en las masas anónimas que circulan sin rumbo definido por las deslumbrantes calles de las gigantescas urbes contemporáneas, resistiendo en medio de la catástrofe yace el individuo desolado, extraviado, abatido, a la espera de una respuesta a las inquietudes primordiales de su existencia, que reclama a gritos desde lo más profundo de su interior, de su propio ser.

El Desarrollo Sostenible emerge tardíamente en un mundo desgastado por el catastrófico progreso del hombre (pobreza, sobrepoblación, desigualdad, violencia, hambre y un montón de etcéteras más). El término Desarrollo Sostenible apareció por vez primera en 1987, en el Informe Our Common Future (Nuestro Futuro Común), encargado por las Naciones Unidas al equipo profesional dirigido por la médica noruega Gro Harlem Bruntland, con el propósito de examinar la destrucción del ambiente junto a los crecientes índices de pobreza que generaba el insostenible sistema imperante de desarrollo, y, por supuesto, formular soluciones viables al respecto. El resultado fue la formulación de este controvertido concepto, definido en el Informe como el "desarrollo que satisface las necesidades actuales de las personas sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer la suyas." Un desarrollo colectivo que integre y beneficie todas las dimensiones de la vida social, política, económica, cultural y que, al contrario

de otras concepciones mercantilistas, contemple un uso responsable de los recursos disponibles en el medio ambiente, espacio donde se desenvuelve la existencia del Ser Humano. En 1992, año en que se llevó a cabo la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro (punto de ruptura ambiental donde las naciones del mundo reconocieron oficialmente el problema ecológico al que se enfrentaba el planeta), el Desarrollo Sostenible se consolidó como gran paradigma del desarrollo mundial y la mesiánica alternativa que esperaban los ambientalistas consumados, tanto que pronto comenzó a encabezar las agendas ecológicas de los países industrializados, a la vez que se convertía en blanco de críticas y tergiversaciones, de manipulaciones ideológicas que pretendían ajustar sus planteamientos, por los medios que fuesen necesarios, a los discursos, falaces muchos de ellos, repentinamente filantrópicos y humanitarios de las industrias empeñadas en devastar fibra a fibra el planeta.

Y todo este redondeado preámbulo, se preguntará el confundido lector, ¿A qué vendrá con el relato principal de este libro? Pues no era más que un comprimido contexto introductorio a una de las experiencias capitales que determinaron la historia reciente del Instituto Mayor Campesino, un evento que le daría la oportunidad a esta entidad social de ayudar, ahora apoyada por los exactos pilares del conocimiento científico, a las comunidades campesinas de su entorno: la Maestría en Desarrollo Sostenible de Sistemas Agrarios.

La Maestría fue un proyecto que se venía soñando desde finales de los ochentas, cuando la planeación de un proyecto interinstitucional dirigido a pequeños y medianos productores, investigadores, técnicos y profesionales vinculados al sector rural con el fin de elaborar modelos de desarrollo alternativos a los que han dominado históricamente, derivó en la creación de este inédito programa académico. Y no se piense que el autor de este escrito engrandece este acontecimiento gratuitamente o por cuestiones meramente propagandísticas. El lector entenderá, a su debido tiempo, porqué esta maestría supuso un giro radical en el elíptico devenir del Instituto Mayor Campesino y la investigación científica del sector rural. Por ahora, corresponde caracterizar debidamente a las instituciones implicadas en la cavilación de este ambicioso proyecto, cuya mirada se mantuvo siempre fija en la transformación de los modos de producción del campo:

• Por un lado se encontraba el Centro para la Investigación de Sistemas Agropecuarios Sostenibles (CIPAV). Surgió en 1985 a modo de convenio interinstitucional entre el sector cañero, con el apoyo de entidades oficiales, como reacción inmediata ante la caída mundial de los precios del azúcar en ese mismo año. Con el IMCA se encontraron hacia esa época, cuando surge entre los dos institutos una alianza para la experimentación del uso alternativo de la caña en la producción pecuaria que adoptó como laboratorio principal la granja agroecológica ubicada en el interior del otrora campus universitario. Posteriormente se consolidó como una organización no gubernamental que, aún hoy, trabaja codo a codo con las comunidades rurales a través de la investigación, la

- elaboración y la implementación de sistemas sostenibles de producción agropecuaria, así como en la capacitación de las comunidades que se benefician de sus estudios.
- Desde Bogotá acudió el Instituto de Estudios Rurales (IER), adscrito entonces a la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Javeriana. Era un grupo interdisciplinar (equipo de diversos científicos naturales y sociales) que venía trabajando desde hacía varios años en la investigación social y económica del sector rural colombiano. Hoy su labor consiste en la producción de conocimiento para la solución de problemas ambientales y agroalimentarios, así como la asesoría y promoción de proyectos de desarrollo rural.
- La Universidad Javeriana de Bogotá, por su lado, se encargaba de gestionar la financiación de la maestría, así como de validar y otorgar los títulos respectivos a los recién graduados.



Primera promoción de graduados de la maestría.

El enfoque técnico del CIPAV y su amplia experiencia de trabajo con las comunidades se juntaron al trabajo teórico y a la investigación académica del variado equipo de científicos del IER que, apoyados por la invaluable veteranía en organizaciones comunitarias conquistada por el IMCA, confluyeron en una sinergia interinstitucional, en un diálogo científico fundamentado en una filosofía agroecológica y ambiental que logró extraer lo mejor de cada uno de estos organismos. El diseño de este programa académico comprendió cinco años (1987-1992), período en el que se consiguieron los recursos financieros, se planeó la metodología de trabajo, se consolidaron las alianzas con otras instituciones cooperantes del proceso (entre las que se contaban reconocidas ONGs e institutos del sector ambiental y rural colombiano como Herencia Verde, Fundaec, la Asociación para el Desarrollo Campesino, el IDEADE, entre otros), y en el que se logró el acompañamiento de una autoridad mundial en sistemas agrarios sostenibles, el científico británico Thomas Preston. En este proceso trabajaron representantes de las instituciones involucradas, entre los que se encuentran destacados profesionales como el médico veterinario Enrique Murgueitio, por parte del CIPAV, Ricardo Dávila Ladrón de Guevara, Jaime

Forero, Elcy Corrales, Guillermo Rudas, todos investigadores del IER, y por parte del IMCA, su entonces director principal, el sacerdote jesuita José Alejandro Aguilar.

Pero dejemos que sean las palabras de Elcy Corrales, por entonces directora de la maestría, las que nos cuenten cuáles eran los objetivos específicos de este sueño de desarrollo:

(Se buscaba) identificar las dinámicas biológicas, ambientales, económicas y socioculturales de los sistemas agropecuarios; identificar las dinámicas de organización de la producción rural con su lógica productiva, familiar, ambiental y social; caracterizar los sistemas productivos desde las perspectivas biológicas y económicas: su potencialidad, limitaciones y puntos críticos; generar tecnologías adecuadas a las condiciones biológicas y climáticas, a la fragilidad ambiental, a la disponibilidad de recursos (naturales y económicos), a las características socioculturales; impulsar mecanismos de participación comunitaria en la toma de decisiones tecnológicas, en los sistemas de mercado, en los asuntos locales y regionales, en la vida del país y en la construcción de desarrollo.

Se buscaba, en últimas, una formación teórica de los sistemas agropecuarios sostenibles como la instrucción básica en las herramientas indispensables para diseñarlos; todo esto, mientras se identificaban los impedimentos y las alternativas para lograr un desarrollo rural sostenible.

Pero ¿a quiénes iba dirigida esta prometedora maestría? Desde un principio esta maestría estuvo dirigida a profesionales vinculados directamente a proyectos de desarrollo rural avalados por alguna organización, oficial o no, en cualquier región del país. Sin importar el enfoque de su formación universitaria previa, sí era necesario que el aspirante tuviese un contacto permanente con pequeños productores o con problemáticas rurales específicas que le permitieran experimentar y aplicar las teorías vistas en clase en un plan de desarrollo concreto que a la larga se terminaba convirtiendo en su proyecto de tesis.

La maestría vio la luz oficialmente en julio de 1992, momento en que el primer grupo de profesores y estudiantes se reunió en la sede principal de la maestría, las instalaciones del IMCA en Buga, para las primeras clases del programa. Eran períodos presenciales concentrados que se llevaban a cabo durante el primer y último mes del semestre (la duración total de la maestría era de dos años), cuando todos, estudiantes y profesores sin excepción, se internaron cerca de doce semanas en el IMCA, epicentro de las clases que mezclaban la formación investigativa y teórica con el trabajo de campo. Eran jornadas intensas, sin horarios definidos, que podían atravesar de largo el día entero y mantener a todo el equipo sumido en el estudio y la investigación, emocionados por aprender las nuevas tecnologías de producción y desarrollo, saboreando los frutos de los sueños que habían sembrado años atrás. Durante el tiempo restante del semestre, cada estudiante debía regresar a la zona de su proyecto específico para trabajar junto a los productores lo aprendido en las clases en el IMCA.

Lo más interesante de este programa era que no existían restricciones de tipo disciplinar para participar en él; agrónomos, biólogos, ingenieros, antropólogos, sociólogos, ecónomos, filósofos y cualquier otro profesional tenían su espacio en la maestría, asunto que manifiesta la particularidad esencial de su metodología: la interdisciplinariedad. Es, desde unas décadas atrás, un paradigma de la investigación científica, el modelo más competente en cuanto a la resolución de las grandes problemáticas contemporáneas se refiere, tales como la globalización o el daño ambiental, y en este caso, el desarrollo del campo. Interdisciplinariedad significa observar desde distintos enfoques una realidad dada, una perspectiva de conjunto que pretende poner al científico social en los zapatos del naturalista y viceversa, un método recíproco de construcción de conocimiento cuyo fin era enriquecer la comprensión de la realidad propia y la del otro, y ponerla al servicio del campo. Esta sinergia disciplinar, que ya estaba implícita en el pacto originario IER–CIPAV-IMCA de la maestría (teoría, técnica y organización-pastoral respectivamente), es el pilar capital del Desarrollo Sostenible, el concepto fundador a partir del cual se puede aproximar al horizonte de posibilidades de la sostenibilidad, sean económicos, políticos, ambientales, culturales o sociales.

Este enfoque interdisciplinar era, en suma, un diálogo constante de saberes. De saberes científicos que, sin embargo, no excluían a los saberes populares sino que articulaba con ellos una sola propuesta de desarrollo rural. El reconocimiento del saber tradicional como propulsor y fortalecedor del saber científico es un acto de ruptura y de crítica directa a la noción occidental del conocimiento, que aísla categóricamente al saber popular, tachado peyorativamente de supersticioso e infundado, de aquél demostrable por las vías científicas, racionales. Al ser interdisciplinar suponía, por lo tanto, un método de educación participativa. Es decir, implicaba que cada uno de los involucrados en el proceso depositara, como un tributo personal, su saber específico en el cofre comunitario de las problemáticas rurales para dar solución conjunta a una realidad concreta. Construir conocimiento en comunidad.

Para entender mejor lo que significa la interdisciplinariedad, que sea de nuevo Elcy Corrales, actualmente profesora de la Universidad Javeriana, quien nos explique, con su minuciosa pedagogía, cómo funcionaba esta metodología a partir de un caso exacto:

Por ejemplo, una estudiante de bacteriología que trabaja en temas de descontaminación de aguas servidas, que son las aguas que se usan en una finca y que vuelven a las fuentes de agua. A las aguas de cultivo, a las aguas que usó en las cosechas, a las de la cocina y ese tipo de cosas. Entonces, esta estudiante podría irse a tomar las muestras, irse al laboratorio y decir esta muestra tiene tal o cual contaminación. En este caso, esta estudiante debe entender que esa agua está en una finca de una familia que toma determinado tipo de decisiones. De una familia que se organiza de una determinada manera para trabajar, y que las razones para que exista ese tipo de productor son históricas. Ella se concentra en el tema del agua; pero es una agua contextualizada, no son muestras de laboratorio solamente. Y con ese productor trabaja las propuestas para mejorar ese manejo del agua en su finca. Ese mismo tema puede estar trabajado en fincas más grandes; en las de un

productor que tiene otro tipo de problemas. Un ejemplo es la ganadería en la zona plana del Valle del Cauca, una zona de mejores tierras, con una ganadería tecnificada con praderas. Científicamente, eso mismo que ella sabe sobre sus aguas lo puede trabajar en otro lado. Pero es otro sistema, otro capital. Además, incluye, por ejemplo, ciertas características específicas del ecosistema donde se desarrolla esta ganadería; los suelos, en fin. Y, sin embargo, puede trabajar los sistemas de descontaminación de aguas. Se trata de contextualizar también sus preguntas de investigación, de hacerlo desde una perspectiva evidentemente más amplia.

¿Y cómo participaba el campesino de todas estas propuestas tan novedosas y prometedoras para su realidad inmediata? Pues bien, en esto consistía precisamente el enfoque participativo de la maestría. Fue dentro de la academia colombiana uno de los primeros programas investigativos que no excluía al campesino del salón de clases, sino que lo integraba, lo invitaba a participar de la construcción de conocimiento, pero no como una mera figura decorativa, sino como un actor fundamental para los procesos de producción y decisión que lo comprometen. Empoderaba a los pequeños productores del saber técnico-científico para que, de la mano de la ancestral sabiduría propia de las comunidades agrarias andinas, lideraran ellos mismos los cambios desde sus propias parcelas. La identificación de los recursos locales, le recuperación de la agricultura tradicional, el replanteamiento de los paradigmas investigativos y la búsqueda de modelos agroecológicos que fueran rentables para el bolsillo y a la vez amables con la naturaleza fueron los ejes de este proceso de transformación productiva. En eso consistía la investigación participativa, la que aplicaba directamente a una realidad rural inmediata los resultados de los estudios, permitiendo que tanto estudiantes como campesinos se alimentaran mutuamente de los conocimientos compartidos.



Thomas Preston, científico británico que prestó su asesoría y compañía durante el proceso.

Otra notable particularidad de este programa fue su condición itinerante. Buena parte del tiempo destinado al trabajo de campo fue destinado en visitar los proyectos de cada uno de los investigadores, ubicados en cinco regiones del país, a los cuales asistía el equipo completo de la maestría. La Orinoquía, Boyacá, el valle del Cocora, la Cordillera Occidental vallecaucana, el valle del Sibundoy y los helados altiplanos del Nariño fueron algunos de los lugares a los que llegó la maestría, y en especial el IMCA, representado por algunos de sus promotores que decidieron hacer frente a este reto académico y social. Esta herramienta ayudó a mejorar la comunicación entre las instituciones vinculadas a la maestría, favoreció la difusión de los resultados entre las comunidades y el medio académico y estatal mediante los simposios, seminarios y talleres, algunos de carácter internacional, que cuentan entre los numerosos eventos organizados en estos lugares (COLCIENCIAS, el departamento técnico-científico del estado, estuvo al tanto de los procesos investigativos); pero especialmente le permitió al equipo de la maestría, y al IMCA en particular, analizar y comparar la realidad del campesino a través de las problemáticas que enfrenta según las regiones y localidades que habita, según los recursos naturales que tiene disponible en su territorio y según el saber específico que la historia le ha legado para subsistir.

Los resultados de la maestría descollaron desde el principio. La ampliación de las relaciones interinstitucionales, no sólo entre las entidades fundadoras, también con las ONGs aliadas y con otros organismos estatales, permitió la expansión del radio de acción e influencia de la maestría, dándose a conocer, incluso, en el plano internacional gracias al patrocinio de organizaciones internacionales como la conservacionista World Wildlife Fund (WWF). En sus ocho años de vida, la maestría en Desarrollo Sostenible de Sistemas Agrarios graduó alrededor de 50 alumnos (divididos en 3 cohortes de egresados). Además, muchas de las investigaciones elaboradas fueron divulgadas en libros y en artículos de publicaciones académicas, enriqueciendo el panorama académico de la ruralidad colombiana.

Pero fuera de todos los resultados materiales, es necesario subrayar los impactos que a nivel nacional logró esta maestría y la repercusión, claro está, que tuvo para la historia del IMCA que aquí estamos narrando. Comencemos por afirmar algo evidente: la Maestría en Desarrollo Sostenible de Sistemas Agrarios fue una iniciativa promovida desde la academia y algunas ONGs aliadas para estudiar y proponer un modelo de desarrollo rural en un país que ha carecido históricamente de un modelo sólido y estructural que garantice la prosperidad y protección del sector económico más representativo de la nación: el campo. Ya que el estado no formulaba una alternativa seria al problema estructural del campo colombiano, fueron otros sectores de la sociedad quienes terminaron por hacerle frente. Si bien el Desarrollo Rural Integrado reconoció muchas de las preocupaciones que agobiaban a la población rural y ayudó a solventar las necesidades básicas de muchas localidades alejadas de la institucionalidad del estado, es sensato reconocer que ningún modelo de desarrollo rural puede ser efectivo sin una reforma estructural del campo que lo acompañe, y más en un país como éste donde los sucesivos intentos por

consumar la anhelada reforma agraria han fracasado por las acostumbradas corruptelas e indebido seguimiento del estado.

La Maestría ciertamente supuso para el IMCA un retorno a sus épocas universitarias. Fue la primera vez en su historia que se vio envuelto en la producción de conocimiento científico aplicado a necesidades sociales concretas. En muchos aspectos, esta maestría fue la realización académica que no había podido lograr la Universidad Campesina, y no me refiero solamente a la concentración en el internado ni a los estrictos horarios que en una y otra época los alumnos debieron cumplir, sino a que se convirtió en una proceso riguroso y eficiente de apropiación, por parte de los campesinos, de las riendas de su propio desarrollo. Además fue una experiencia que estrechó los vínculos del IMCA con la academia y con otras instituciones, especialmente ONGs, con las que compartían los mismos principios de desarrollo y similares estrategias de acompañamiento a las comunidades. La maestría abrió las puertas del conocimiento para que el IMCA saliera a explorar las ventajas que ofrecían los adelantos técnico-científicos para los proyectos de desarrollo sostenibles. Sin dejar en ningún momento de lado la formación pastoral, el IMCA logró articular las pioneras metodologías científicas de desarrollo con el acompañamiento espiritual ignaciano que lo caracterizó desde sus orígenes como universidad, permitiéndole adaptarse con facilidad a los nuevos paradigmas de desarrollo rural. El IMCA aceptó lo moderno sin caer en el error de desechar su origen religioso, su tradición ni su propia historia. La experiencia de la Maestría fue tan valiosa que repercutiría en posteriores iniciativas institucionales de formación a campesinos.

El café ocupó un sillón privilegiado durante el transcurso de esta era de esplendor experimentaba por el IMCA. En Julio de 1989 la noticia de la disolución del Acuerdo Internacional del Café (AIC) ocasionó la estruendosa caída de los precios internacionales del grano, regulados por la extinta asociación, lo cual sumió a las economías cafeteras alrededor del mundo en una crisis generalizada. En Colombia el golpe no causó mayores traumas gracias al efecto de amortiguación liberado por el fondo de reservas interno de la Federación Nacional de Cafeteros. Sin embargo, la caída de los precios fue notable en comparación con las cifras registradas en los años inmediatamente anteriores y terminó perjudicando a los pequeños productores que carecían de espacios justos de producción y mercadeo. Eran tiempos en que los gustos de los consumidores extranjeros, en especial el de los norteamericanos, se inclinaba hacia el inexplorado terreno de los cafés especiales, que durante tanto tiempo había permanecido bajo la sombra del predominio del café estándar en los supermercados. Entre la diversidad de delicias exóticas exportadas desde lejanas montañas del mundo, una clase distintiva de café, elaborada bajo estrictos parámetros agroecológicos, comenzaba a gozar del codiciado beneplácito de un sector de paladares estadounidenses que no tardaron en incluirlo en los abarrotados inventarios de sus despensas. El IMCA y algunas familias caficultoras de Riofrío que trabajaban conjuntamente desde larga data, inclinaron la mirada con expectativa ante esta caída mundial de los precios del grano. Se encontraban ante una ocasión que no podían dejar escapar. El mercado externo del café orgánico, en el cual habían incursionado hacía algún tiempo países como Perú o Ecuador, parecía ser el futuro de las familias cafeteras asentadas en las inmediaciones del Cañón de Calabazas.

Por fin, en 1990, fruto de la voluntad organizativa de las familias involucradas y del trabajo de promoción que el IMCA venía acompañando desde la década anterior (que se remontan a aquellas primeras resistencias comunitarias a la siembra industrial de pinos organizadas en CODECOR), nace la Asociación de Caficultores Orgánicos de Colombia (ACOC-Café Sano). La misión de esta nueva asociación campesina sería enfocarse en la producción, transformación y mercado de café y otros productos, aplicando técnicas agropecuarias amables con el medio ambiente, buscando mejorar la calidad de vida de sus asociados y de la comunidad, y apoyando procesos organizativos de comunidades de base. Las asesorías técnicas en la implementación de modelos amables de producción agropecuaria con el medio ambiente y con su economía familiar, así como todo el complemento pastoral y organizativo que acompañaba el IMCA cimentaron este ambicioso proyecto. A este trabajo se le sumaron los Talleres de Agricultura Orgánica llevados a cabo en el marco de la estrategia micro regional en Salónica y Fenicia. Pronto, familias cafeteras de municipios aledaños interesadas en implementar las técnicas agroecológicas en sus parcelas y de participar del mercado emergente de cafés especiales se vincularon al proceso. ACOC expandía su campo de influencia.





Caficultores orgánicos del municipio de Riofrío, miembros de ACOC - Café Sano.

En 1991, con intermediación del IMCA y de algunos aliados comerciales extranjeros como la cooperativa comercial norteamericana Equal Exchange, ACOC exportó la primera carga de café orgánico en la historia de Colombia hacia los Estados Unidos. Fue un triunfo para el IMCA, sí, pero el mérito de la hazaña corresponde a las familias de ACOC, organización campesina con una visión de sostenibilidad, paradigma empresarial desafiante de un modelo económico implacable con los productores minoritarios y con la naturaleza, economía comunitaria con bases éticas construidas sobre principios y recursos solidarios.

El acontecimiento de la fundación de ACOC debe leerse en clave de resistencia. De resistencia campesina, por suponer un hito en el proceso de movilización y organización de comunidades rurales en la Colombia del siglo pasado, situación que le otorgó a la asociación espacios de participación política dentro de los CMDR y los planes de desarrollo de su localidad, conquistando, de esta manera, el sueño de incidir en las decisiones que afectan a su territorio; de resistencia económica, pues su arrojo al mercado internacional estuvo dirigido por principios de comercio justo, regulado por la equitativa repartición de las ganancias entre las familias asociadas; de resistencia productiva, al no dejarse arrastrar por la perniciosa pero rentable marea de los agrotóxicos y perseguir modelos ecológicos afincados en una espiritualidad de la naturaleza, de la soberanía alimentaria, del cooperativismo agrario y del cultivo orgánico del café en respuesta a su sistema de producción dominante, representado en nuestro país por la Federación Nacional de Cafeteros y su sistema de monocultivo del grano.

Las familias asociadas a ACOC (quienes, además, se congregaban periódicamente en las instalaciones del IMCA para participar en eventos donde compartían experiencias agrícolas, participaban en actos culturales de integración familiar e intercambiaban semillas de la región, entre otras provechosas actividades) se esforzaron por forjar una identidad agroecológica, estrechamente ligada a la pertenencia de la tierra y a los usos responsables del ambiente. En la actualidad, ACOC ha expandido su área de influencia en el centro del Valle del Cauca hasta el punto de cobijar con su propuesta ecológica la economía de familias caficultoras residentes en

municipios como Riofrío, Buga, Restrepo, Vijes, Tulúa y Trujillo. Igualmente, las relaciones con el IMCA no han desaparecido, pues ahora el instituto campesino desempeña las labores de organización gestora y acompañante en este proceso, colaborando, incluso, a la formación de nuevas asociaciones campesinas interesadas en implementar métodos ecológicos en el cultivo del café y otros productos.

Era el primer gran evento que reunía a todas las familias e instituciones asociadas en la región. Por eso, y pese ya habían pasado varios días, sentía todavía los nervios excitados, aunque ya no por el temor que la invadiera al tener que enfrentarse ante tamaño auditorio, sino por el regocijo de encontrarse nuevamente junto a sus hijos, una noche más, bebiendo su acostumbrado tinto junto a la ventana, contemplando el nuevo y bello paisaje bañado de luna que se extendía ante sus ojos, sintiendo la risueña brisa que las hierbas aromáticas de su jardín desprendía en inadvertidas y delicadas oleadas. Doña Libia Nubia Cotes, ahora asociada al gremio de familias caficultoras de ACOC, había sido elegida, repentinamente y sin aviso alguno, entre todos sus demás compañeros para hablar ante los representantes de las alcaldías, gobernaciones, organizaciones campesinas, universidades y entidades de cooperación extranjera para hablar de su experiencia en la Organización. Entre la confusión y el frenesí del momento, recordaba esa noche saboreando el terroso amargo de su arábigo natural, tuvo que preparar unas palabras detrás de la tarima que comenzaban más o menos así:

"Cuando mi esposo murió, nos dejó a mí y a mis hijos los cafetales que siempre nos sustentaron. Él los trabajaba desde las frías madrugadas hasta los atardeceres y nunca pasamos necesidades gracias a su producción." Aquella tarde soleada en la vereda, lugar elegido para el encuentro, soplaba una brisa frutal que despojó a Doña Libia de cualquier nerviosismo para continuar. "Luego, llegaron los señores del IMCA y con la cooperación de toda la vereda comenzamos a conducir la transformación de nuestras parcelas por el camino de la sostenibilidad. Antes mi familia sólo dependía del café. Ahora la finca está llena de plátano, maíz, yuca, arracacha y varios árboles frutales que dan sombra a las matas de café que aún seguimos cultivando. Antes, si no encontrábamos huevos en la única tienda de la vereda, teníamos que comprarlos lejos, en el pueblo. Ahora criamos gallinas, cuyes, puercos y conejos que nos aportan carne, huevos y abonos para los cultivos. Y también hay peces que, en momentos de escasez, compartimos con toda la vereda."

"Hasta los científicos fueron a ayudarnos, imagínense, pues tuvimos la suerte de ser uno de los laboratorios agrícolas que estudiaban los alumnos de la Maestría del IMCA. Junto a ellos aprendimos que es necesario primero conocer bien nuestro entorno para saber cómo aprovecharlo sin perjuicios, que hay más formas de trabajar sosteniblemente con la naturaleza de las que nos imaginamos y que es mejor tener de todo un poquito, porque el secreto para lograr la abundancia y la soberanía alimentaria que ahora gozamos se encuentra en cultivar la diversidad que brota sin cesar en la naturaleza."

Y afirmando aún más la voz, con inflamada satisfacción y orgullo, exclamó: "Hoy celebramos un triunfo más de nuestra organización. Unirnos en torno la producción ecológica del fruto al que antes nos dedicábamos por separado ha sido una de las más gratas experiencias que hemos tenido, y ahora ése café que nuestras propias manos sembraban, recogían y luego servían en nuestras mesas, está llegando a los mercados de todo el mundo, sentando un precedente de producción y comercio responsable en nuestro país."

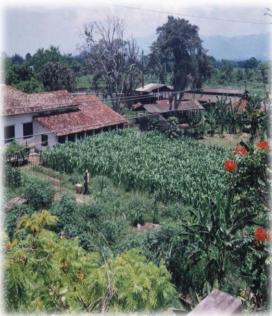
El café sabía mejor con la satisfacción del trabajo realizado, pensaba esa noche en su ventana, obnubilada por el hilo de oro que las luciérnagas errátiles arrastraban tras de sí por la oscuridad. Pero pronto la realidad la arrastró de nuevo al mundo y su satisfacción tornó en ansiedad, ansiedad de seguir trabajando, de ver el sol de un nuevo día.

Sin duda alguna son recuerdos dorados para la memoria institucional del IMCA. La confluencia de proyectos de ambiciosa envergadura durante los primeros años de los noventas (la expansión regional, la producción científica acreditada de la Maestría, el énfasis organizativo y el café orgánico fueron los más destacados entre numerosos procesos que se adelantaron con las comunidades), permitieron que el IMCA disfrutara de los frutos que con tanto esfuerzo y durante tantos años los promotores y las comunidades se habían esmerado en cultivar. El esplendor de la imagen institucional del IMCA, consolidado como un actor activo y fundamental en la planeación y el desarrollo del territorio y de las comunidades campesinas vallecaucanas, fue reconocido y aplaudido por entidades oficiales, ONGs, la academia y, por supuesto, por las personas que inspiraban y otorgaban sentido a su labor diaria: los campesinos.

Ahora bien, cierto es que durante toda su historia el IMCA jamás ha gozado de lo que se llama estabilidad financiera, y los éxitos que sucedieron durante estos años tampoco permitían avizorar la consumación de ese sueño; pese a que la institución y sus trabajadores perseveraron hasta lograr metas tan ambiciosas, el sueño de la auto sostenibilidad era proyectado todavía a largo plazo y su misión era soportada en gran parte gracias a los recursos donados por los contribuyentes europeos a través de las agencias de Cooperación Internacional que apoyaban al IMCA para esos años.

El sueño de auto sostenibilidad parece haber sido una quimera que terminó escapando a los esfuerzos que sus directivas empeñaron para lograrlo. Numerosas fueron las estrategias a través de los años para fomentar una producción interna que abasteciera y supliera las necesidades que demandan sus instalaciones y trabajadores, pero sus resultados nunca fueron los proyectados en un principio.





A la izquierda "La Mona", el búfalo del IMCA, se prepara para trasladar un cargamento de caña seca. Al lado, las huertas a punto de la cosecha.

A ese dilema se enfrentaron todos aquellos vinculados al instituto a partir de 1996, año en que los potentes coletazos de inversiones malogradas le causaron un duro golpe a sus finanzas internas. La pavesa agorera que era barrida todas las mañanas de los suelos de la Casa Lourdes, antiguo dormitorio de las internas y nueva sede de promoción social, anunciaba que tiempos de austeridad estaban por venir.

Todo comenzó por las iniciativas de la dirección de entonces por fomentar la producción de empresa en el interior del instituto. El propósito era recuperar el viejo anhelo del Padre Pacho Mejía de un IMCA económicamente independiente de contribuciones externas, y que las generosas donaciones del sector privado, de los contribuyentes extranjeros, de la Compañía de Jesús, y también, eventualmente, del estado colombiano, suplieran apenas unas necesidades secundarias de la obra o fortalecieran proyectos en proceso, porque el funcionamiento, la administración y el mantenimiento de sus instalaciones y labores diarias estarían garantizadas por los recursos producidos por sus propios trabajadores. La estrategia fue la de siempre: incentivar la creación de empresa dentro de las mismas instalaciones (que ocupaban una gran extensión de tierra para aquél entonces), y aprovechar las utilidades que resultarían de activar la producción de muchos espacios que se encontraban en desuso. Los fondos institucionales se dirigieron a consolidar la producción y activar la economía interna. Pronto los galpones volvieron a bullir de cacareos incesantes, los establos se poblaron de ganado, los estanques rebosaron de peces, el olor de las porquerizas volvió a mantener a las personas alejadas e incluso un par de búfalos fueron domesticados para transportar alimentos e insumos. Las huertas de repente, en una escena muy similar a las que ofrecieron las dehesas labradas durante las arduas

jornadas de trabajo que caracterizaron a los primeros años de la Universidad Campesina, volvieron a estar abarrotadas de maíz, caña, yuca, hortalizas y frutales.

Los esfuerzos concentrados en la reactivación de la Granja del IMCA no solo fueron realizados en aras del progreso económico interno, hasta las comunidades de los alrededores se beneficiaron de aquella época de esplendor que irradiaba el IMCA, pues todo aquello que producían sus instalaciones era destinado al consumo interno y a la venta al público. Justamente uno de los proyectos que abanderó esta nueva etapa empresarial fue la fundación de la Tienda del IMCA, en 1995, un punto comercial destinado a la venta de productos orgánicos elaborados al interior del instituto y por las numerosas organizaciones campesinas que colaboraban con los promotores. Fue un espacio ideal para impulsar el trabajo comunitario de estas organizaciones ya que se les ofrecía la oportunidad de comercializar sus productos, sanos y naturales, a precios favorables entre una población que se vería altamente beneficiada con su consumo, y lo mejor, evitando la mediación de intermediaros en la cadena de consumo y producción. Además de esto, se montó una procesadora de alimentos que también contribuiría, desde la transformación de materias primas, a financiar diferentes proyectos.

Todo daba para pensar que los años que se aproximaban serían mejores: los proyectos con las comunidades andaban favorablemente, la proyección hacia más municipios copaba la agenda de trabajo, los continuos y notables avances de la Maestría, el apoyo de nuevas instituciones aliadas en el territorio, la prosperidad económica que vislumbraba la empresa interna, todos hechos palpables que prometían un cómodo futuro.

Tal vez por eso es difícil explicar por qué de un momento a otro escaseó el dinero para los proyectos comunitarios y los salarios de los trabajadores se retrasaron, al tiempo que los rumores de recortes de personal inquietaron a todos durante las reuniones periódicas. Las deudas adquiridas por el instituto en el afán de su reactivación económica asfixiaron lentamente los fondos institucionales y pronto la obra entera se vio sumida en la crisis financiera más grave de su historia. Todo apunta fue una serie de errores administrativos los que llevaron a la quiebra del proceso de auto sostenibilidad.

Si bien para entonces el IMCA tenía dividida su agenda entre su programa original de promoción social y acompañamiento a las comunidades rurales, y en otro lugar, el proyecto de crecer económicamente a través de la creación de empresa interna, era inevitable que las consecuencias de las equivocaciones de una afectaran el saludable desenvolvimiento de su compañera. Y pese a que la crisis se llevó consigo el sueño, aparentemente cercano en algún momento, de lograr la independencia financiera, eso no quiere decir que el proyecto social haya estado en auténtico riesgo de desaparecer por completo. La crisis golpeó esa dimensión material del IMCA representada en sus negocios y programas productivos internos que desfallecieron a causa de una inadecuada administración, pero la armazón ideológica que fundamentaba sus proyectos sociales había crecido con la solidez necesaria a través de los años y era lo suficientemente

resistente para soportar los embates de la recesión. En últimas, lo que estuvo en inminente riesgo de perderse durante esta dura etapa fueron las instalaciones, los proyectos productivos y el patrimonio de la sede que ofrecía su espacio para el desarrollo de los programas de promoción social, cuya continuidad nunca estuvo en duda.



La Tienda del IMCA, donde se comercializaban productos orgánicos producidos en la Granja o por las empresas campesinas. Fue inaugurada en 1995.

Los estragos de la crisis saltaban a la vista. Los establos, edificios, talleres, y almacenes donde hasta hace pocos prosperaba una producción agropecuaria sostenible paralizaron de la noche a la mañana su funcionamiento y sin previo aviso fueron ocupados por los cientos de gatos que por aquellos años invadieron el instituto. Las plantas de las huertas se secaron, muchos animales fueron vendidos para pagar deudas atrasadas, incluso los recortes de personal no se hicieron esperar. Rumores acerca de un posible cierre del IMCA comenzaban a expandirse.

La Maestría en Sistemas Agrarios también fue víctima de la depresión. Aunque la estocada final al programa académico fue propinada por la Universidad Javeriana, que argumentaba su poca rentabilidad, la atención y los esfuerzos del equipo de trabajo estaban tan concentrados en solucionar los percances internos, que el proyecto científico fue dejado en un segundo plano.

El milenio terminaba para el IMCA en medio de una difícil encrucijada. Por un lado su programa de desarrollo rural, la esencia de su razón de ser, se fortalecía y era aceptado por un número cada vez mayor de comunidades en toda la región. Comprometido al mismo tiempo con la producción de conocimiento, logró sustentar sus iniciativas de desarrollo con bases científicas comprobadas en el trabajo participativo con las comunidades. Anhelando la prosperidad material se embarcó en la carrera de la competencia empresarial y chocó, sin pensarlo, contra sus ambiciosos deseos; pero su misión social se mantuvo siempre vigente y lideró la agenda laboral del IMCA, que no permitió que el auténtico deseo de un cambio social se derrumbara por los desajustes del dinero.

Los años que se aproximaban traerían el desafío de la recuperación. Muchas comodidades, privilegios y compañías se tendrían que sacrificar, como es natural, para sacar la obra adelante. Pero definitivamente, el IMCA que saldría al final del túnel que oscureció por unos momentos su voluntad social de cambio sería un IMCA muy distinto, que ya había experimentado el fulgor del éxito y también la angustia de su posible extinción. Sólo quedaba esperar a ver cuáles desafíos traería consigo el nuevo milenio.

7. SOSTENIBILIDAD Y FORMACIÓN PARTICIPATIVA (2000 – HOY)

El construir una escuela sin muros es uno de los mayores retos del IMCA.

INFORME FINAL DE LAS ESCUELAS CAMPESINAS

Las Autodefensas Unidas de Colombia irrumpieron en el Valle del Cauca por la zona alta del municipio de Tulúa, en 1999. Desde allí se esparció una estela de horror y tragedia que asolaría la región durante los cinco años siguientes. Las hordas paramilitares, auspiciadas por algunos empresarios de la región, sectores políticos, influyentes narcotraficantes e incluso por las mismas Fuerzas Militares, invadieron estas tierras para combatir la insurgencia guerrillera dominante en los corredores estratégicos que atraviesan los páramos y bosques andinos que conectan al Pacífico colombiano con el Tolima Grande y el centro del país. Al igual que las demás franquicias paramilitares que se exportaron del Urabá hacia diferentes regiones de Colombia, el Bloque Calima de las Autodefensas ejerció el terror sistemático para amedrentar a la población civil del campo que se debatió entre quedarse a soportar el régimen sanguinario de los invasores o ceder ante las presiones y entregar sus tierras para luego buscar algo de suerte en la ciudades más cercanas.

Despojo y sevicia fue lo que dejó el lastre del Bloque Calima a su paso por el centro del Valle. La arremetida paramilitar devastó la unión comunitaria representada en numerosos sindicatos rurales y organizaciones campesinas que veían cada día como uno más de sus líderes era exterminado en los caminos veredales, en las plazas públicas o en la perturbada intimidad de sus hogares. Eran guerrilleros, aseguraban sus asesinos, su conducta y pensamiento auspiciaban el terrorismo insurgente y por eso debían ser eliminados. Morían acusados de auspiciar una causa ajena, por el peligro que para muchos suponían la fuerza de aceptación de sus ideas y la voluntad de cambio que impulsaba su acción política; y después de los líderes, tan inevitable como la caída sucesiva de incontables fichas de dominó simétricamente alineadas cuando se derriba a las piezas que las encabezan, comenzaron a desplomarse, uno tras otro, los pilares de la infraestructura comunitaria que había crecido desde tiempo atrás, la misma que el IMCA también ayudó a construir desde que sentó presencia en esa zona de la Cordillera Central en los setentas.

Una vez más, las brutales dinámicas del conflicto colombiano impactaron en las labores sociales del IMCA. Esta vez la violencia fijó un verdadero desafío para su equipo de trabajo, un desafío que pondría a prueba la capacidad de reacción humanitaria de la institución y también, sin duda alguna, la resistencia emocional de sus integrantes, obligados a enfrentarse a la tragedia en carne propia. Uno de los sucesos más recordados en la región fue la serie de masacres en las veredas de La Habana, El Placer, Tres Esquinas y La Alaska, en el municipio de Buga. Perpetrada por integrantes del Bloque Calima en colaboración con la fuerza pública en octubre del 2001, la ola

de violencia dejó decenas de campesinos asesinados y cientos más desplazados de sus tierras en el transcurso de unas cuantas semanas.

Los rumores, cada vez más reiterados y funestos, de las atrocidades que ocurrían en las zonas altas no tardaron en difundirse por los alrededores y conmocionar a la población bugueña. El IMCA reaccionó de inmediato al respecto. La tragedia, es natural, sorprendió impávidos a los promotores, quienes además carecían de la formación adecuada para afrontar una emergencia humanitaria de tales dimensiones. Pero nada de eso supuso un impedimento para que el instituto prestara oportuno apoyo a las víctimas. Aún en el momento en que las demás instituciones y funcionarios públicos abandonaron la zona por temor de su seguridad, el IMCA acudió a prestar ayuda a las personas que permanecían en las veredas y poblaciones asoladas, porque pese a la innegable gravedad de las circunstancias y al inminente riesgo que corrieron las vidas de los promotores al auxiliar a las víctimas, el IMCA jamás abandonó a las comunidades campesinas que motivan su razón de ser. Un vínculo afectivo que se había forjado durante tantas sesiones conjuntas de trabajo demostró en aquella triste ocasión su gran fortaleza ante las adversidades de la guerra.

Muchas de esas personas participaban activamente de las estrategias de desarrollo que formulaban los promotores, se les veía asistir a los encuentros comunitarios y talleres semanales, participar con entusiasmo de las asesorías técnicas; pertenecían a alguna organización campesina a través de la cual manifestaban su voz acerca de la realidad de su territorio, compartiendo una preocupación o una palabra amiga entre el calor de una agua de panela al finalizar las reuniones, colaborando desde sus parcelas familiares a la construcción de comunidad. Eran los compañeros de trabajo de los promotores, los responsables, una vez los jeeps marcados con el sello verde del IMCA se habían marchado, de orientar entre sus vecinos y familiares las estrategias y principios que trazarían los planes de desarrollo construidos colectivamente; los mismos compañeros que desaparecían de repente por los caminos y que luego de varios días de angustiosa incertidumbre sobre su paradero, se les veía deambular como fantasmas entre las espectrales listas oficiales de campesinos asesinados.

La sólida relación afianzada a través de los años entre los promotores y los campesinos de esta región se debe a la naturaleza de la labor desempeñada por el IMCA con las comunidades. Es una misión que va mucho más allá de la orientación técnico-productiva de las parcelas o de la asesoría para la planeación del desarrollo comunitario. Fueron sus principios religiosos y espirituales los que, con el pasar de los días y el enriquecerse de las experiencias, se encargaron de construir vínculos humanos imperecederos entre el equipo de promoción social y los campesinos que participan de sus programas educativos. La promoción de un desarrollo alternativo, sostenible, que parte de reconocer valores humanos que trascienden cualquier barrera ideológica, económica o política, y demandan la urgente resolución de acciones solidarias que preserven la dignidad y la vida humana, aún en esos momentos en que el desasosiego y el desprecio por la realidad que nos asedia nos obliguen a sentir la vida un vacío por el que nada

vale la pena luchar, fue lo que destacó, durante aquellos años de guerra, a la misión social del IMCA.

Algunas de las decenas de personas que huyeron de los paramilitares hacia Buga fueron refugiadas en el coliseo ubicado a las afueras de la ciudad. En aquél lugar el IMCA asumió una labor humanitaria que consistió en el acompañamiento psicosocial y la reubicación, parcial y en algunos casos definitiva, de las familias desplazadas de su hogar. El compromiso que en aquella oportunidad el IMCA asumió con la defensa de los Derechos Humanos no figuró al principio en los programas de trabajo ni en las políticas institucionales de la obra, pues una resolución directa hubiese expuesto públicamente la seguridad de sus trabajadores. Fue una tarea extraoficial que los promotores se apropiaron como parte integral de su labor social. La tragedia conmocionó emocionalmente a cada uno de ellos y su respuesta fue comprometerse con las víctimas. Pero como el equipo no estaba técnicamente capacitado para atender adecuadamente la emergencia, se acudió a la ayuda del Servicio Jesuita a Refugiados (SJR), que de inmediato envió un grupo de trabajo que se instaló, en el año 2000, en la sede del IMCA. Desde entonces los psicólogos y asistentes del SJR acompañaron a las familias refugiadas en el Coliseo hasta el momento de su reubicación en distintas zonas de la región.

El acompañamiento humanitario fue un programa paralelo a la tradicional misión de acompañamiento social y llegó al IMCA por las imprevisibles circunstancias del conflicto. La defensa de los Derechos Humanos poco a poco se integró en las dinámicas diarias de la agenda institucional en una época en que la violencia estalló simultáneamente en varias zonas del Valle. Cabe destacar y agradecer la importante gestión, durante estos difíciles momentos, del ex promotor Guillermo Castaño Arcila en la defensa de los Derechos Humanos a través de los canales que compartía el instituto con otras organizaciones en el país, así como en su obstinada preocupación por la recuperación de los saberes tradicionales, la memoria y los valores de la cultura campesina.

Tragedias como esta ensombrecieron los paisajes montañosos que corren a lo largo del Valle del Cauca, atormentaron las borrascosas selvas del Pacífico y llegaron hasta el sur del Cauca, región donde se alcanzó a reproducir este brote paramilitar. Los cuerpos anónimos de sus masacres yacen sepultados en algún lugar de la montaña, o bajo la impunidad de las frías aguas del Río Cauca, una de las fosas comunes más grandes del país.

A esta altura de nuestra historia, el problema agrario colombiano, que en las primeras páginas se había presentado en la forma de pequeños conflictos locales entre grandes propietarios y campesinos por el control de la tierra, y que con el paso del tiempo fue mutando hacia un escenario de desigualdades sociales extremas y la consecuente explosión de una guerra intestina, ha alcanzado las preocupantes dimensiones de una emergencia humanitaria que aún hoy el país no es capaz de solucionar.

El Bloque Calima entregó sus armas dentro del marco de la Ley de Justicia y Paz, en el año 2004. La mayoría de los crímenes de esta banda paramilitar, que involucran a más de tres mil personas asesinadas confidencialmente en las cientos de masacres que se ejecutaron en la región, siguen en la impunidad, y sus familias, como es común en todo el país, aún no han sido reparadas por los hechos. Muchos de estos grupos, negándose a desmovilizarse, han mutado simplemente a otro tipo de organizaciones criminales que operan en la región pero bajo nuevos nombres.

-Es aquí-.

El hombre de bigote grueso y cano, sombrero gris de fieltro manchado de polvo del camino, gastado chaleco de cuero, camisa blanca y peinilla al cinto detuvo su caballo tordo y después de una cuidadosa maniobra que le obligó a desatarse (cosa que jamás hacía) su colorida vaina de treinta y seis ramales, y hacer un estiramiento bastante arriesgado para su edad, logró apearse sano y salvo en el suelo. Un pequeño niño con una libreta en la mano que lo seguía a corta distancia sobre una lenta mula, y que había estado a punto de saltar para ayudarle en el descenso, al ver que el hombre conservaba aún su destreza montaraz decidió permanecer todavía algunos segundos en el lomo de la exhausta bestia, contemplando el paisaje que los rodeaba. De pronto descubrió que ellos dos eran los únicos viajantes en medio de una interminable carretera que se alargaba como una sinuosa escarificación desolada por en medio de un gigantesco y sombrío país cubierto de pinos. No comprendía porqué su abuelo había escogido ése preciso lugar dentro de ese vasto e indiferenciable universo de árboles espectrales. Le parecía que la decisión del anciano había sido totalmente arbitraria y temió que acaso su memoria estuviese fallando y que ahora anduviesen perdidos en medio de aquella lejana soledad.

Nunca supo tampoco en qué momento la conversación que sostenían resguardados junto a una estufa de leña acerca de la historia de la vereda se había convertido en una inesperada aventura por encontrar ese lugar por el que el viejo parecía demostrar una obsesión inusitada. "¡Es el oro verdadero bajo la montaña, cáliz prístino de la creación, el eslabón fundamental para la unión entre los pueblos!", su abuelo había comenzado a decir de repente, con los ojos iluminados, invadido de golpe por un furor que hacía tiempo no sentía. "Vamos, te mostraré". Y sin dar a nadie aviso se habían escabullido en los establos, ensillado a los dos animales en silencio y salido a hurtadillas bajo la oscura tarde hacia los nublados bosques de coníferas del norte.

-Ya casi llegamos, mijo, sé que es por aquí -el suelo crujía bajo sus pies-. Ya no son los mismos árboles de aquella época, éstos se ven grandes y robustos, casi listos para la cosecha... Hace tanto tiempo que no vengo a este lugar...

A punta de mandoble de peinilla el campesino apartaba algunas ramas sueltas que se interponían a su paso, el cual se hacía más rápido y ansioso, difícil de seguir por su nieto quien no sabía aún lo que buscaban. Se internaban cada vez más en el corazón de un bosque oscuro, frío e insondable, revestido por completo de un tapiz de estériles fibras de cobre sobre el que con alguna excepción brotaban las alucinantes amanitas y los musgos de colores, envuelto en el silencio fúnebre de una neblina imperecedera, estancado para siempre en sombras artificiales por las que el tiempo parecía haber dejado hacía mucho de discurrir.

-Lo construimos con la ayuda de toda la vereda, antes de que tú nacieras, antes de que cualquier otro caserío de la región tuviera uno parecido, antes de que llegasen todos estos pinos del extranjero y en un abrir y cerrar de ojos suplantaran las virginales selvas que estuvieron aquí incluso durante mucho antes de que mis abuelos colonizaran este lugar... -calló. Se recostó durante un momento en el tronco de un pino para descansar. Ya ni siquiera veían la carretera donde hubieran abandonado a sus monturas, ahora solo los rodeaba una vasta e interminable formación de troncos rojizos y agrietados extendiéndose más allá de donde la bruma permitía divisar, alineados milimétricamente uno tras otro como un ejército de adiestrados mercenarios sumergidos en un inquietante y eterno sueño. Mientras tomaba el agua de panela que su nieto le había alcanzado al detenerse, vio cómo el niño tomaba a toda prisa nota de algunas palabras que había dicho durante la marcha de manera confusa y deshilvanada en su libreta. Cuando se sació del líquido lo devolvió a su nieto para que recuperara energías. Faltaba todavía un largo trecho, pensaba. Pero no importaba, había tiempo todavía para que su nieto lo viera. Reanudó la marcha: -Entonces pensamos que ahora así íbamos a poder soportar los ardientes veranos y que nuestra sed sería aliviada durante las largas sequías que comenzaban a recrudecer a medida que el País del Pino estiraba sus fronteras por nuestras montañas...

-Pronto –seguía diciendo sin importarle que las primeras gotas de agua comenzaran a llover en sus agitados rostros-, nos dimos cuenta que podíamos lograr mucho más que unir tubos y regar cosechas, que si uníamos esfuerzos alrededor de Ella, iba a ser posible conquistar algunas de las cosas por las que siempre habíamos luchado, que resistiríamos a los poderosos caballeros que siempre pretendieron arrebatárnosla y que... -de repente se detuvo. Delante de ellos, devoradas por una espesa capa viva de naturaleza, yacían las ruinas de una obra de albañilería, abandonadas a su suerte en un claro en medio del camino- Es el viejo acueducto –musitó- ... ohh, qué terrible es el tiempo...

Agujereados, rotos y esparcidos alrededor de dos profundos pozos de grava repletos de estróbilos y filamentos embrollados de hojas marchitas, los restos oxidados de viejas tuberías de desagüe envueltas en grumos de micorriza, de tanques de almacenamiento despedazados por los dientes de animales monteses y de bocatomas infestadas por colonias de líquenes que se habían esparcido desde una corteza podrida, provocaron en el viejo un vago sentimiento de amargura que expresó en un profundo suspiro, seguido de un silencio prolongado.

-¿Es este el lugar que querías que viera, abuelo Ancízar? -preguntó por fin el niño.

El viejo abandonó su reflexiones, dirigió sus ojos hacia el horizonte, hacia la maraña de leños verticales que se prolongaba hasta el infinito, intentando escrutar en las marcas engañosas de un paisaje hostil e indefinido la ruta que ahora tenían que seguir; luego levantó la vista al cielo plomizo, metálico, sintiendo en el rostro estrellarse el brusco viento que llevaba hasta ellos, en ecos irregulares que se fueron apagando en lo sucesivo, el poderoso bramido de un trueno lejano.

-No, no es aquí... Todavía falta mucho camino – desenvainó la peinilla y miró con decisión a los ojos del muchacho.- ¡Vamos!

Al tiempo que el conflicto armado modificaba las dinámicas laborales, el instituto entero seguía sumido en la grave crisis financiera que lo azotara desde años atrás. El salvavidas llegó en el último minuto y el IMCA fue rescatado del naufragio por una mano amiga que lo había acompañado desde sus comienzos. La Compañía de Jesús intervino ante la inminente bancarrota de su obra social e inyectó los recursos suficientes para rescatarla del abismo. Los dineros fueron dirigidos de inmediato a saldar las deudas pendientes adquiridas a nombre del instituto en su agenda productiva y, por supuesto, a cubrir las urgentes necesidades de las personas directamente afectadas por la recesión: sus trabajadores. Todos los esfuerzos fueron repartidos entre la atención a la emergencia humanitaria sufrida por las comunidades campesinas de la zona rural de Buga y en rescatar el patrimonio material de la obra. Fue una época marcada por los sacrificios y la austeridad.

Drásticas medidas fueron ejecutadas con el propósito de salvaguardar los escasos fondos que aún quedaban a disposición del Instituto. La suspensión inmediata de la mayoría de los proyectos del sistema empresarial que procuraba la autosuficiencia del instituto fue ordenada por inviabilidad financiera. La Granja del IMCA, laboratorio para la experimentación de sistemas agropecuarios sostenibles, espacio de producción de alimentos orgánicos y saludables, que no sólo favoreció la imagen externa del IMCA sino que benefició con la calidad de sus productos a las comunidades asentadas alrededor de la sede del Instituto, cerró sus puertas como inevitable consecuencia del desastre fiscal.



Los apuros económicos no impidieron que el IMCA celebrara, en 2002, sus 40 años de vida como lo merecía. Entre las numerosas actividades planeadas, destacó la Feria Campesina que contó con la participación de distintas organizaciones campesinas e instituciones regionales.

Fueron sacrificios necesarios para preservar las instalaciones originales, aunque una buena porción de ellas tuvieron que ser entregadas como forma de pago en especie de las cuantiosas deudas acumuladas. Las fronteras originales del IMCA, que desde su entrada se extendían a través de fértiles plazas de tierra hasta el borde con la carretera Panamericana, se vieron reducidas notoriamente en el momento de saldar cuentas con muchos de los prestamistas que, en buena o mala hora, aparecieron durante la crisis institucional. Los galpones, las huertas y la granja lograron rescatarse y como fórmula para seguir recibiendo sus utilidades se entregaron en arriendo a inversionistas privados interesados en trabajar estos espacios.

Sin duda el equipo de trabajo fue el más afectado con la grave situación. Recortes masivos de personal no se hicieron esperar durante la implementación de las rigurosas medidas de recuperación económica, tanto que en unas pocas semanas la planta de trabajadores (contando los miembros de promoción social, el área administrativa y el área de servicios), de contar con algo más de un centenar de integrantes, pasó a algunas decenas de empleados que todavía no tenían segura su continuidad.

Nuevamente, la cooperación internacional acudía al rescate de la obra. La ayuda de Porticus y de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) fue fundamental para su continuidad.

En medio de la crisis, un llamado que muchos hacían urgentemente tuvo que ser atendido sin más dilaciones: la necesidad de una reforma de los estatutos del IMCA comenzó a discutirse entre las directivas y los trabajadores. Una de las reformas más importantes determinó la creación

del Consejo Directivo del IMCA, conformado por los herederos de los empresarios fundadores que se encargaría de ejercer veeduría sobre la dirección y supervisar algunos de sus proyectos. Era la primera vez en cuarenta años que las familias fundadoras volvían a involucrarse con las dinámicas institucionales, desde entonces sus labores han sido fundamentales para el funcionamiento del instituto. También fue la primera vez que el IMCA, acostumbrado a mantener distancia de los capitales privados, estableció vínculos con los gremios de empresarios regionales para conseguir apoyo en la elaboración y ejecución de los planes de desarrollo que acompañaba, principalmente mediante donaciones de particulares.

Pero incluso en medio de tiempos borrascosos surgen claros en el cielo que permiten actuar en favor del desarrollo sin importar los obstáculos que intermedien. Prueba de que las ideas son capaces de trascenderse a sí mismas pese a cualquier carencia de medios materiales para realizarlas, y como resultado directo de la aceptación y expansión de las iniciativas alternativas de desarrollo promovidas en el Valle del Cauca, en el año 2004 nació un proyecto de desarrollo que fijó su mirada en las comunidades campesinas del sur del país.

Suyusama, una voz quechua que significa "región hermosa", surgió como una iniciativa regional de desarrollo y paz articulada dentro del sistema de centros sociales auspiciados por la Compañía de Jesús. El proceso inició en el 2000, cuando miembros del IMCA, del SJR, del CINEP y del Programa para la Paz se reunieron para pensar una forma de llevar las ideas y principios de desarrollo que encaminaban la labor de sus respectivas organizaciones, pero adaptada a las circunstancias particulares de las comunidades andinas del sur de Colombia.

Las estrategias diseñadas, concretadas en el Programa de Sostenibilidad Regional para Nariño y Putumayo Andinos, pasaron por una etapa previa de exploración de tres años que justificó su implementación en aquella región. Las zonas montañosas de Nariño y el Putumayo, además de ser una región en la que la Compañía de Jesús ha sentado presencia como un actor social relevante, históricamente se ha caracterizado por ser el epicentro de un agitado intercambio de culturas, mercados y conflictos locales. Finalmente, en 2004, los miembros de los centros mencionados iniciaron la etapa de socialización de sus propuestas con las organizaciones y la institucionalidad regional, y presentó su Plan Trienal (2005-2007) enfocado en los alrededores de Pasto y el Norte de Nariño, con miras a extenderse hacia el resto de Nariño y el Putumayo en los próximos años.

Suyusama se nutrió de las metodologías participativas que el IMCA venía implementando en sus respectivas zonas de trabajo desde hacía veinte años para construir y fortalecer una visión comunitaria prospectiva que posibilitara el intercambio de saberes, experiencias, memorias y tradiciones en favor de la sostenibilidad del territorio. En la actualidad, Suyusama lleva a cabo programas de formación a través de diplomados que buscan la planificación y gestión participativa en el desarrollo del territorio, así como la articulación del tejido social e institucional en las comunidades rurales.



Equipo de Suyusama, 2013.

El éxito de los planes trienales adelantados en los municipios de Buga, Restrepo y Riofrío superó las barreras impuestas por el conflicto armado y sentó las bases para fomentar la sostenibilidad en el territorio. La visibilización de los diferentes niveles que conforman el funcionamiento de la sociedad regional (Familia-finca-vereda-corregimiento-microcuenca-municipio), parte integral de la metodología de trabajo, permitió una amplia cobertura geográfica que involucró la participación de 14 veredas, un resguardo indígena y más de 200 familias (con un trabajo extensivo a otras 200 familias más) en toda la región. El acompañamiento a organizaciones comunitarias contribuyó a la expansión del proceso. Más de treinta organizaciones campesinas se involucraron en los programas de sostenibilidad, y nuevos municipios, como Dagua, Ginebra, Yotoco y Guacarí comenzaron a participar en la carrera por la sostenibilidad.

Eran tiempos convulsos y contradictorios. La confluencia, en tan sólo unos pocos años, de procesos tan contrastantes como la expansión de la propuesta de desarrollo institucional, la producción certificada de conocimiento científico, la debacle económica interna y el recrudecimiento del conflicto armado, obligaron al IMCA a reflexionar sobre su situación actual y a proyectarse nuevas metas hacia el futuro. Años de experiencia acumulados exigían una evaluación de todo el proceso, y las circunstancias actuales, un reajuste inmediato de los planes. En 2002 comenzó una fase de reestructuración interna y de profunda revisión a la metodología de intervención en comunidades que demandó todos los esfuerzos del equipo de trabajo para superar los momentos difíciles.

El resultado de esta exhaustiva autoevaluación institucional fue la formulación del Plan Trienal 2004-2006 "Desarrollo Regional Sostenible con Comunidades Campesinas del Centro del Valle del Cauca", la carta de navegación que guiaría los pasos del IMCA durante los próximos años, un plan de trabajo enfocado en una realidad subregional pero con una proyección sostenible hacia el departamento y la nación. El IMCA se fijó metas aún más ambiciosas para los años siguientes.

El área de intervención, concentrada en los tres municipios mencionados, se amplió a 13 municipios ubicados en el centro del Valle del Cauca, demostrando la amplia cobertura territorial que pretendía el programa. El énfasis de trabajo en la dimensión familiar evolucionó a un trabajo intensivo en organizaciones comunitarias con el fin de formar dinamizadores o líderes comunitarios que luego replicarían su aprendizaje en sus familias y veredas. El Plan Trienal 2004-2006 se orientó por tres puntos de acción que buscarían la consolidación de los procesos trabajados en los años anteriores. Estos eran:

- Proceso de Seguridad y Soberanía Alimentaria y Nutricional
- Formación para la Sostenibilidad Regional
- Tejido Social y Democracia

Los temas centrales a trabajar se concentrarían en las problemáticas ambientales, económicas, políticas y culturales más urgentes en la región, por su puesto, con el esencial componente de espiritualidad que atravesaría transversalmente la agenda de trabajo. Importantes proyectos dieron forma a cada una de los tres pilares del plan, asunto que amerita decir unas cuantas palabras:

Una vez los fusiles concedieron una breve tregua, el IMCA fue consciente de que sus esfuerzos debían concentrarse en regenerar el tejido social desgarrado por la ola de violencia. Era una necesidad suprema, reconstruir la confianza, el respeto mutuo, los vínculos solidarios entre las comunidades y la voluntad de cambio desde las organizaciones campesinas, muchas de ellas desmembradas y con muchos de sus líderes en el exilio o todavía amenazados, supuso un duro reto para el equipo de promoción social, que sentía comenzar todo desde cero.

Pero si hay una virtud que destaque a la identidad del campesino colombiano es la perseverancia ante la adversidad, la tenacidad pese a las cruentas circunstancias del conflicto que le obligan a adaptarse a nuevos tiempos, nuevas realidades, nuevas guerras, nuevos territorios y también a nuevas esperanzas de cambio materializadas en iniciativas comunitarias de desarrollo que posibilitan la supervivencia de su memoria. Hubo miedo, sí, pero eso nunca impidió que los campesinos que aún quedaban en las zonas de guerra, e incluso aquellos que sin haberla vivido temían involucrarse por el alto riesgo que representa la participación política en este país, se reunieran nuevamente y reanudaran el trabajo por sus familias y su territorio. Entre las más de 30 organizaciones que contaron con el apoyo del IMCA se pueden nombrar a ACOC, ASOPECAM, AGROPEFOR, ASPROCAY, AMUC, CCC, APROPLAM, entre muchas otras.



Mercado agroecológico campesino patrocinado por el IMCA, fruto del trabajo conjunto con organizaciones.

El trabajo con las organizaciones fue intensivo, ellas pasaron a ser el eje articulador de los demás proyectos que se adelantaban al mismo tiempo. Casi toda la agenda social del IMCA pasaba a través de las organizaciones y empresas campesinas comunitarias. Ellas fueron las responsables, y los líderes que las conformaban, de reconstruir el tejido social arrasado por los paramilitares y amenazado aún por los numerosos actores armados que siguen haciendo presencia en la región. El IMCA no estuvo solo, pues actuó en coordinación con distintas instituciones aliadas que impulsaban la construcción de sostenibilidad regional como la red de obras sociales de la Compañía de Jesús, la Fundación San Isidro, la CVC, el CIPAV, la Fundación Vital y personas vinculadas a entidades del estado.

La metodología que orientó esta labor contempló la realización de encuentros periódicos entre las organizaciones, talleres de formación en derecho social, acompañamiento a proyectos productivos, formación en cultura ciudadana (espacio de participación para los más jóvenes), capacitaciones sobre el manejo de la Constitución Nacional, los principios constitucionales, veedurías ciudadanas, resolución de conflictos y Derecho Internacional Humanitario, fondos rotatorios, administración y contaduría básica con el objetivo de fomentar una economía solidaria e impulsar la construcción de pequeñas empresas.

El lento proceso de regeneración social sacó a la luz un hecho que no podía ignorarse por más tiempo: el papel capital de las mujeres en la formación y fortalecimiento de los vínculos sociales. Un enfoque de género ocupó un importante espacio en la ruta de trabajo de esos años. Los encuentros y organizaciones que reunieron en aquel momento a las mujeres, entre las que se destaca el Colectivo de Organización Campesina de Mujeres del Centro del Valle del Cauca, auspiciado por el IMCA, partían de reconocer a la mujer como actor fundamental para la

planeación de desarrollo a nivel familiar y comunitario, y participaban mediante la elaboración planes conjuntos de acción orientados a ese objetivo.

El acompañamiento pastoral a las comunidades campesinas seguía haciendo parte de las estrategias. Como era habitual desde los inicios del instituto, los jesuitas que hacían parte del equipo de promoción acudían en las fiestas de Navidad, Semana Santa y en otras fechas particulares para compartir, con su especial enfoque ignaciano, el significado de las liturgias y la palabra sagrada, articulando la dimensión espiritual de las personas a los procesos de fortalecimiento organizacional. La misma función implícita se encontraba en los talleres de formación bíblica y cristología impartidos en la sede de Buga.

Una importante espacio para la construcción de la sostenibilidad regional surgió del encuentro entre seis organizaciones que hacían presencia en el Valle del Cauca: la Fundación Vital, la Central de Cooperativas Agrarias (CENCOA), la Universidad del Valle, la Universidad Javeriana, el Foro por Colombia y el IMCA. Entre todas constituyeron un Equipo Dinamizador Regional que, desde la especialidad de cada uno de sus miembros, impulsó la sostenibilidad con los diversos actores regionales en aspectos específicos como la planeación, la organización y, uno muy importante dentro de la guía de ruta institucional, la soberanía alimentaria.

Los esfuerzos del IMCA por promover políticas y planes de acción en favor de los derechos alimentarios de los habitantes de la región se remontan hacia mediados de los ochentas, con los primeros talleres de reconocimiento de recursos locales y saberes campesinos que hacían parte del habitual acompañamiento comunitario. Este proceso se consolida en un momento en que las directrices de los mercados y las voraces dinámicas de la economía global provocaban el detrimento de la diversidad biológica, amenazando la soberanía alimentaria de las comunidades campesinas a través de perversos mecanismos de acaparamiento de los recursos naturales, como el patentamiento y comercialización de semillas transgénicas, por ejemplo.

A partir de esta grave problemática que afecta a numerosas comunidades agrarias a nivel mundial, el IMCA decidió tomar manos en el asunto priorizando esta preocupación en su plan de trabajo. Las iniciativas por garantizar los derechos alimentarios de la región comenzaron con la construcción de políticas públicas encaminadas hacia ese objetivo, debatidas y concertadas entre las comunidades. Se llevaron a cabo encuentros que contaron con la participación de diferentes organizaciones campesinas e instituciones regionales, en los que se discutía acerca de los derechos de los pequeños productores, alternativas agroecológicas de producción, la apertura de los canales de comercialización, el cuidado del agua y la propagación, abierta y gratuita, de semillas naturales para evitar la desaparición de especies vegetales amenazadas por la agroindustria.

Una de las estrategias que apuntó al mercado local de alimentos fue la instalación de los mercados agroecológicos en distintos municipios como Restrepo, Tulúa, Sevilla y Buga. Estos espacios comunitarios, en donde el campesino encontraba la oportunidad de comercializar los

productos directamente con el consumidor, prescindiendo de esa onerosa y poco rentable mediación de los intermediarios, y de sentar las bases de un comercio justo y solidario en favor de la soberanía alimentaria regional.

Hacia el mismo objetivo apuntaba la construcción de políticas públicas sobre seguridad alimentaria. Organizaciones campesinas e instituciones oficiales, con la mediación del IMCA, buscaron establecer medidas concretas para abrir mercados de productos orgánicos, fomentar la planificación de los cultivos por medios agroecológico, proteger la biodiversidad, las semillas y los recursos naturales del territorio, en especial de los recursos hídricos, asunto que demandó la participación activa de los acueductos comunitarios de diferentes municipios.



Montaje del IMCA para la Feria de Expo Ambiente de Cali, en 2003, una de las plataformas para promover la soberanía alimentaria.

Internamente se tomaron decisiones con los mismos propósitos. La Granja abrió nuevamente, aunque esta vez tendría un enfoque un poco distinto. Continuó, a una escala menor, dedicándose a las tareas agropecuarias que la caracterizaban, pero ahora se convirtió en un espacio de aprendizaje de experiencias agroecológicas, donde los visitantes son testigos de la viabilidad y la posibilidad de trabajar la tierra y los animales con métodos sostenibles. Una estrategia pedagógica del IMCA que aún hoy es modelo de sostenibilidad en la región.

Los procesos adelantados en favor de la Seguridad Alimentaria y el fortalecimiento del Tejido Social y la Democracia soportaron el desarrollo de uno de los proyectos más importantes que el IMCA haya abanderado en la región y que hacía parte del otro pilar del Plan Trienal: las Escuelas Campesinas. Pero eso merece unos renglones aparte.

El punto de Formación para la Sostenibilidad Regional contó como plan de acción principal la conformación de las Escuelas Campesinas de Formación para la Sostenibilidad, cuya amplia zona de influencia abarcó varios municipios del centro del Valle del Cauca. Nació gracias a las experiencias anteriores en la Escuela Taller Campesina en Desarrollo Sostenible (ESTACADES), donde se concluyó que era necesario configurar una escuela similar con enfoques regionales, destinada a "fortalecer y empoderar a las organizaciones campesinas en la búsqueda de su autonomía y desarrollo." En otras palabras, una versión regional de las Escuelas Campesinas nacionales.

En 2004 iniciaron las inscripciones convocadas en conjunto por el IMCA, la Fundación San Isidro y el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), con el apoyo del Gobierno de País Vasco y Manos Unidas, dirigidas principalmente a miembros activos de alguna organización campesina de los diez municipios que participaron en el proyecto: Buga, Ginebra, Yotoco, Dagua, Vijes, Tulúa, Sevilla, Andalucía, Trujillo y Riofrío. Al igual que anteriores procesos formativos realizados por el instituto, éste pretendía formar integralmente campesinos promotores de desarrollo que luego replicarían el trabajo en sus veredas y potenciarían las capacidades personales, familiares y comunitarias para alcanzar un desarrollo sostenible a través del vehículo de la organización a la que pertenecían.

Para el 2005, la primera cohorte de estudiantes contó con 68 personas seleccionadas, divididas en la Escuela Centro-Norte y Escuela Centro-Sur, con 33 y 35 integrantes en cada una respectivamente. Sin embargo, en el transcurso del año diferentes circunstancias motivaron la deserción de muchas personas, la falta de interés, impedimentos físicos, compromisos laborales, pero fue el asesinato de Orlando Silva, uno de los estudiantes, el que hizo que muchas personas se retiraran por temor de su seguridad y la de sus familias. En 2006, 39 personas continuaban involucradas al proceso, situación que hizo necesaria la unificación de las dos escuelas.

El proceso total de formación en la Escuela Campesina exigía por parte del estudiante dos años de compromiso y 480 horas de asistencia en períodos presenciales y no presenciales. Todos, estudiantes y facilitadores, se reunían una vez al mes durante tres días seguidos para desarrollar el programa de estudio previamente acordado. Era un programa flexible, abierto a la discusión y a la modificación por parte de los participantes que, a diferencia de los tradicionales programas académicos, tenía en cuenta las opiniones, necesidades y limitaciones de los estudiantes para su realización.

La Escuela Campesina no tenía una sede fija ni mucho menos un modelo centralizado. En su ambición por encontrar nuevas maneras de formar a los campesinos, el IMCA había logrado entender que no eran necesarios muros ni techos para enseñar. La refrescante sombra de un árbol podría convertirse en la más placentera de las aulas de clase, a la orilla de algún río, en las laderas

de las montañas, o en los mismos campos de cultivo, no existieron limitaciones físicas respecto al lugar de encuentro. La itinerancia fue un reto difícil de costear, pero primordial en las dinámicas de la Escuela. Un lugar de reunión diferente, abierto a la naturaleza y al cálido recibimiento de la comunidad local, esperaba a los integrantes en cada nuevo encuentro. La novedad del paisaje y de las personas que se conocían permitía el intercambio de experiencias, la comparación de distintas realidades dentro de una misma región, la convivencia y el ejercicio de valores comunitarios.

La metodología participativa de la Escuela favorecía, por su parte, la construcción de conocimiento entre los participantes a nivel personal, técnico y organizativo. Fomentaba el diálogo de saberes, la relación cercana entre facilitadores y estudiantes, y la enseñanza a través del trabajo práctico, directamente en el terreno, favoreció un aprendizaje mutuo y diverso.



Gira agroecológica, una de las actividades principales de la Escuela.

El plan de formación estaba configurado alrededor de distintos componentes temáticos que respondían a las preocupaciones y necesidades de las comunidades que los estudiantes representaban. Aspectos políticos, económicos, culturales, sociales y ambientales eran contemplados en el plan de estudios, todos ajustados transversalmente al componente espiritual característico del IMCA. Esos contenidos se articulaban en distintos niveles de trabajo que surgieron de anteriores experiencias institucionales. Estos niveles eran: el personal (acompañamiento motivacional e introspectivo), el familiar (valores familiares, alternativas agroecológicas, planeación de la finca, soberanía alimentaria), el comunitario (organizaciones, tejido social, economía solidaria, liderazgo), y el municipal (derecho ciudadano, formación

política, trabajo regional). La división favorecía la cobertura integral del proceso y su proyección a instancias más altas de participación.

En el primer día de trabajo, el día de llegada, se realizaba la bienvenida a los participantes de la sesión, se revisaba el plan de estudio, se organizaban las comisiones y asignaban tareas a los grupos de trabajo. El segundo día se trabajaban conjuntamente elementos teóricos y prácticos durante cerca de nueve horas alrededor de un tema definido; al caer la noche se organizaba un espacio cultural en el que los participantes demostraban sus dotes artísticos y compartían de manera más personal y relajada, lo cual enriqueció el proceso de formación. El tercer y último día, después de una jornada matinal que continuaba el proceso del día anterior, se dedicaba a la evaluación del encuentro por parte de los participantes y a la programación del siguiente. Los estudiantes se comprometían a replicar todo lo aprendido en sus propias comunidades, como parte de los períodos no presenciales de estudio, y a socializar la experiencia al mes siguiente.

Los facilitadores y estudiantes contaban para cada clase con el material de apoyo que elaboraban durante el mes los promotores y los practicantes universitarios del IMCA con el fin de organizar las áreas temáticas del curso. Otra herramienta valiosa para el proceso fueron las memorias de las clases, relatorías que eran archivadas y leídas en el transcurso del ciclo formativo para fortalecer todo lo aprendido.

Dentro de los aspectos metodológicos del currículo (en los cuales, como acaso se haya percatado el lector, era notable una influencia implícita de la Maestría en Desarrollo Sostenible de Sistemas Agrarios) estaban contempladas la giras agroecológicas, visitas periódicas que realizaba el equipo entero a distintos lugares, incluso fuera del departamento, con el fin de conocer costumbres y experiencias de comunidades campesinas e indígenas, e intercambiar semillas y saberes en relación con la agricultura, la producción sostenible y la planificación. Igualmente se encontraban actividades extracurriculares que profundizaban los conocimientos aprendidos en los talleres mensuales. Una de ellas era la pasantía que cada estudiante podía realizar durante algunos días en alguno de los espacios facilitados por el IMCA.

Una cosa hay que recordar, y es que las capacitaciones ofrecidas en las Escuelas Campesinas eran programas no formales de educación, razón por la cual los títulos expedidos al finalizarlos no eran reconocidos oficialmente por el Estado. Las ceremonias y titulaciones que hacían parte del protocolo de los cursos debían verse más como incentivos simbólicos a los participantes que demostraban que no era necesario pagar millones de pesos en carreras costosas o tener cientos de diplomas para actuar en favor de la comunidad y del ambiente.

Al finalizar los dos años de formación, el 22 de Septiembre de 2007, se graduaron un total de 33 personas certificadas para ejercer liderazgo en sus comunidades. Ahora los campesinos promotores de desarrollo eran los responsables de ejercer el cambio hacia la sostenibilidad regional desde su vida personal, familiar y comunitaria. El IMCA realizó un seguimiento de

algunos casos particulares después de la clausura del curso. La Escuela Campesina de Formación para la Sostenibilidad encontró el final de su ciclo en el 2007, durante la evaluación institucional anual que en esa ocasión tuvo lugar en el municipio de Jamundí. La estrategia de formación tendría continuidad, pero ahora bajo el modelo del Diplomado.

Ante la necesidad de fortalecer los procesos de formación y alcanzar una mayor cobertura en el territorio, surge el Plan Institucional Gestión Participativa de la Sostenibilidad Local y Regional en la región centro del Valle del Cauca (2008 – 2011). Las Escuelas campesinas habían demostrado la importancia de espacios de formación participativa para la construcción de sostenibilidad y tejido comunitario, la duración del proyecto había permitido la profundización de conocimientos, y la itinerancia, un valioso intercambio de experiencias y saberes; sin embargo, dos asuntos requerían una revisión inmediata: la formalización de los cursos y el aumento de la población beneficiada.

La meta para los años siguientes continuaba siendo la sostenibilidad local y regional mediante el fortalecimiento de procesos de formación, acompañamiento y planificación que articulaban dimensiones políticas, económicas, ambientales, culturales, sociales y espirituales de la vida personal y comunitaria; sólo que de ahora en adelante el eje que articularía la actividad institucional sería el Diplomado en Gestión Participativa de la Sostenibilidad Local y Regional.

Avalado académicamente por la Pontificia Universidad Javeriana de Cali, el diplomado ofrece a sus participantes formación en planeación territorial, gestión de proyectos, cultura política, organización comunitaria, economía solidaria, entre otros. Una capacitación en liderazgo para que ejecuten el cambio desde sus propias comunidades.

La dinámica de los Diplomados, que continúa vigente, comenzó a implementarse en ocho municipios del centro del Valle de Cauca: Buga, Restrepo, Ginebra, Guacarí, Vijes, Yotoco, Riofrío y Trujillo. Los énfasis temáticos cambian cada año, período total de duración de estos programas educativos. En los últimos cinco años han sido trabajados los siguientes temas:

- Formulación participativa de planes de desarrollo municipal (2008).
- Formulación, gestión, implementación, seguimiento y evaluación de proyectos (2009).
- Formulación participativa de planes de vida (2010 y 2011).
- Planeación participativa y cultura política (2012).
- Economía solidaria y cultura política (2013).

La amplitud del territorio abarcado y la cantidad de participantes que respondieron a la propuesta del IMCA obligó a que se efectuaran algunos ajustes en su organización interna. Se designaron tres equipos para impulsar en tres subregiones diferentes los servicios de acompañamiento institucional. El Equipo Quiamanó, que haría presencia al norte, en los municipios de Riofrío y Trujillo; el Equipo Quimbaya, encargado de la franja occidental del centro del valle, en los

municipios de Ginebra, Buga y Guacarí; y el Equipo Calima, responsable de acompañar a las comunidades de Restrepo, Vijes y Yotoco. El instituto tiene un amplio radio de acción en el territorio, por lo que eventualmente se realizan seguimientos en municipios como El Cerrito, Darién, Tulúa, San Pedro, Bugalagrande, Sevilla, Andalucía, entre otros.



Graduación del Diplomado en el municipio de Trujillo, en 2011.

A los diplomados, llevados a cabo una vez al mes en cada municipio, asisten sin restricción todas las personas interesadas en comprometerse con el desarrollo sostenible de su territorio. Por eso es común encontrar allí sentados, atendiendo a las palabras de los promotores, a niños, jóvenes, representantes de organizaciones campesinas e instituciones regionales, concejales, madres, profesionales, indígenas, artistas, estudiantes universitarios, profesores, todos ellos actores imprescindibles en el desarrollo integral de sus comunidades, líderes y promotores de una realidad alternativa, sostenible.

Cada sesión del Diplomado reúne a diferentes actores sociales de los municipios involucrados en el proceso, usualmente algún día del fin de semana. Durante la mañana y parte de la tarde se trabajan distintos aspectos relacionados con los contenidos del programa. Una primera sección destinada a la formación teórica del tema propuesto, abierta al debate crítico de temas que generalmente involucran asuntos vigentes de la realidad local, nacional y mundial. Después viene el turno del toque ignaciano dedicado al crecimiento interior, un espacio en el que los participantes se abren a compartir experiencias personales, palabras emotivas, intuiciones espirituales y expresiones afectivas a través de dinámicas que comprometen recuerdos y sentimientos canalizados hacia el crecimiento personal de cada uno.

Luego de una necesaria merienda y un reanimador almuerzo sigue el momento para que cada persona comparta los resultados de la retroalimentación realizada en sus respectivas comunidades durante el período no presencial de estudio. Porque el compromiso que adquieren los estudiantes al ingresar al Diplomado es que en el transcurso del mes que separa a las sesiones grupales de trabajo deben transmitir y dinamizar iniciativas en favor del desarrollo de su territorio. Eso incluye participación en organizaciones campesinas o en empresas comunitarias, planificación activa del desarrollo, gestión de proyectos y formulación de iniciativas con incidencia política.

Al finalizar las 120 horas contempladas en el programa el estudiante recibe un diploma acreditado oficialmente por una de las instituciones educativas más importantes del país, la Universidad Javeriana de Cali, un valiosísimo incentivo teniendo en cuenta las dificultades que intermedian a la hora de acceder a una educación de calidad en este país, más aún en el campo. Pero no sólo certifican a una persona capaz de ejercer el liderazgo y promover un modelo determinado de desarrollo, son también el símbolo de que su portador se ha convertido en un ser con un aparato crítico más sólido para analizar la realidad que lo rodea, para actuar en favor del futuro que sueña desde una conciencia integral de las problemáticas más cotidianas de la modernidad. En la actualidad, el proceso formativo de los Diplomados es un grueso eslabón dentro de la estrategia institucional de desarrollo.

Distintos programas se articulan a esa misma cadena que el IMCA construye hacia la sostenibilidad local y regional. El Plan de Vida es uno de ellos. La planeación participativa del desarrollo ha sido una de las vocaciones principales del instituto, prueba de ello es su notable influencia en la formulación y construcción de los Planes de Desarrollo Municipal (PDM), Planes de Ordenamiento Territorial (POT) de los municipios que apoya. En esa línea de resultados se concretaron iniciativas de planificación a nivel local con incidencia en procesos municipales y regionales, que recogen las experiencias y sueños de las comunidades a la hora de imaginar su territorio hacia el futuro.

La etapa más activa de formulación de los planes de vida fue durante los años 2010 y 2011. Ellos fueron la temática nuclear de los diplomados en aquellos años, situación que generó, en el transcurso de un poco tiempo, que 58 comunidades de la región estuvieran planificando simultánea y participativamente el desarrollo de una gran zona del departamento.

La elaboración de los planes de vida exige del compromiso por parte de la comunidad entera para concertar colectivamente la ruta a seguir. Primero deben consultar en los orígenes de su barrio o vereda para reconstruir su historia, recordar a sus fundadores, mencionar las actividades económicas principales y algunos aspectos culturales de la comunidad: ejercicio vital para consolidar su pertenencia e identidad con el territorio. Después se realiza una radiografía de la zona que contiene información de su ubicación geográfica (cada comunidad representa en un mapa su territorio) población, infraestructura, servicios básicos y distintos aspectos sociales. La segunda parte de los planes de vida está conformada por la metodología que la comunidad

implementará hacia la sostenibilidad. Son una serie de pasos y estrategias concretas planeadas alrededor de los componentes temáticos de la sostenibilidad, a saber, políticos, económicos, sociales, culturales, ambientales y espirituales. Allí se explican los proyectos que la comunidad ha pensado a corto, mediano y largo plazo realizar.



El Plan de Vida.

Mirado detenidamente, el Plan de Vida es un valioso documento que refleja la manera de pensar, sentir, imaginar y soñar el territorio entre las comunidades urbanas y rurales de la región. Contiene claves importantes para entender la percepción de la realidad y del entorno, un gran potencial de proyección hacia el futuro y establece una relación ética con el ambiente y los seres que lo habitan mediante una gestión autónoma, planificada y responsable del territorio. Esta herramienta de concertación y control de la localidad fue incorporada en el marco de descentralización administrativa de la Ley 1551 de modernización del Estado, de 2012.

Los resultados arrojados por el plan cuatrienal al finalizar su período de vigencia demostraron haber alcanzado una mayor cobertura en los 8 municipios que integraron el proyecto. Más de 490 participantes en los tres énfasis desarrollados esos años, con un incremento notable del número de participantes por cada año que pasaba. Y teniendo en cuenta que luego los grupos dinamizadores retroalimentaron todo lo aprendido a los demás miembros de sus comunidades, esas cifras alcanzaron un rango de cubrimiento de 2.169 personas beneficiadas, con una participación dominante de las mujeres.

En la actualidad las labores sociales son conducidas por las estrategias diseñadas en el Plan Institucional 2012 – 2015. Los Diplomados continúan siendo el programa principal de formación participativa. Sólo en el año 2013, en el énfasis de "Economía Solidaria y Cultura Política", participaron 266 personas de los siete municipios incluidos en la propuesta regional, con una amplificación de los resultados a aproximadamente 2000 personas más por efecto de la

retroalimentación de los grupos dinamizadores, la gran mayoría habitantes de la zona rural. La formación va de la mano con los desafíos de la organización comunitaria, por eso se han desarrollado una serie de talleres educativos acerca del funcionamiento y los recursos que ofrece la figura de la Junta de Acción Comunal en la gestión del territorio. Estos talleres, un total de 88 en 2013, se llevaron a cabo en los siete municipios, y el último año contaron con la participación acumulada de 531 personas, en representación de más de 40 JACs de la región.



Actividad realizada en los espacios de crecimiento interior de los diplomados. Las cajas de colores, que representan a cada uno de los participantes, forman la figura de un churo cósmico, símbolo de la sostenibilidad.

En cuanto a la planificación, lidera procesos participativos en los diferentes espacios que ofrece cada municipio para construir sus programas de desarrollo. Su incidencia es fundamental en los CMDR, POT, EOT, CTP, CIDEA, PDM y otros procesos en los que abandera valores sostenibles y alternativas solidarias de vida. Igualmente, cada comunidad que recién entra en contacto IMCA conoce de inmediato la propuesta del Plan de Vida, manifiesto colectivo por la autonomía y la concertación de las localidades. Unas 14 comunidades se integraron a su elaboración en el último año, e incluso varias ya lo terminaron.

Otra de las iniciativas realizadas a nivel nacional, promovida por Corporación Vital, la Banca de las Oportunidades del gobierno nacional e Iniciativas Económicas para el Desarrollo e impulsado por el IMCA dentro del marco práctico del tema de economía solidaria que dirige su proceso formativo, es la conformación de Grupos Autogestionados de Ahorro y Crédito (GAAC) en el interior de las comunidades que acompaña. Son bancas comunitarias con principios autónomos y solidarios que ofrecen a las personas acceso a plataformas alternativas de ahorro y crédito, y también la oportunidad de crear fondos colectivos para financiar proyectos en la comunidad. Hasta se llevan conformados más de 30 grupos en el centro del Valle de Cauca.

Además de desempeñar su labor social en el área de Promoción, actualmente el IMCA aprovecha sus instalaciones para prestar servicios de alojamiento y atención de eventos en el Centro de

Seminarios. Empresas, instituciones y gente particular prefieren las zonas recreativas y campestres del instituto para realizar sus encuentros y celebraciones. Y como participa de la misma carrera hacia la sostenibilidad, el Centro acoge especialmente eventos destinados a la discusión y promoción de temas relacionados al desarrollo, la soberanía alimentaria, el cuidado y recuperación de los recursos naturales, la organización comunitaria, entre otras muchas temáticas.

Simultáneamente, el IMCA fomenta vías alternativas para la organización comunitaria, sobre todo a través del trabajo con Juntas de Acueductos Comunitarios en toda la región, quienes, en apoyo con FECOSER, luchan por el cuidado y los derechos del agua; gestiona proyectos comunitarios que dinamizan la sostenibilidad en diferentes localidades; trabaja activamente con la población juvenil partiendo de su importancia en la construcción del futuro; presta servicios de asesoría técnica en proyectos agropecuarios y productivos; lidera iniciativas en favor de la agroecología y la soberanía alimentaria por todo el territorio; realiza labores de acompañamiento pastoral en comunidades rurales, (durante festividades religiosas especialmente), que cuentan con el apoyo de miembros y colaboradores de la Compañía de Jesús; participa activamente en encuentros a nivel internacional con numerosas organizaciones que trabajan por un desarrollo responsable alrededor del mundo, y a muchos de los cuales ha acogido en las instalaciones de su Centro de Seminarios; produce y publica, en convenio con instituciones académicas, documentos productos de investigaciones o sistematizaciones realizadas por los estudiantes que acuden del resto del país y de otras latitudes del mundo para efectuar sus prácticas profesionales y prestar apoyo a las tareas de promoción social, apoyando la producción de conocimiento en la región.

Son loables los esfuerzos desempeñados y los resultados logrados por el IMCA durante los últimos años de trabajo destacan más por su calidad que por las cifras registradas. Su incidencia en la región a través de los diferentes vehículos que emplea para servir de intermediario entre las comunidades y la institucionalidad pública o privada, contribuye a mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la región, a consolidar procesos institucionales de desarrollo sostenible y a promover principios de vida y valores comunitarios que fortalecen la organización social y la formación crítica de actores políticos activos que construyen sociedad y territorio desde el diario vivir.



Reparos al acueducto comunitario de San Salvador, Restrepo. Este tipo de trabajos son llevados a cabo en mingas.

No es una tarea fácil, ni mucho menos. Duros retos y dificultades se atraviesan en el camino a la hora de inculcar vías alternativas de crecimiento y prosperidad. La débil voluntad organizativa de muchas comunidades, la falta de interés, la incredulidad extendida de que procesos como estos logren efectivos resultados, la falta de apoyo de algunas alcaldías, las limitaciones económicas... Los promotores lo saben muy bien y la frustración los acomete cuando la asistencia no es la suficiente como para realizar algún taller, o cuando se hace inevitable suspender un proceso por circunstancias adversas. Muchas comunidades aún no han aprendido a valorar la importancia de espacios como los que ofrece el IMCA y otras instituciones para motivar la participación en la toma de decisiones; es una realidad palpable, herencia, en gran parte, de la histórica relación asistencialista y de la deficiente cultura política que impera entre los colombianos, situación más preocupante cuando del sector rural se trata.

No es una tarea fácil y por eso la obstinada labor de los promotores debe ser aplaudida. Ellos son los vehículos mediante los cuales las personas pueden entablar una relación directa con los mecanismos dispuestos oficialmente para gestionar la transformación de sus comunidades y su territorio; prestan su ayuda oportuna a las necesidades de las comunidades que atienden; brindan sus conocimientos ante los problemas más apremiantes de cada lugar al que acuden; formulan propuestas de desarrollo que no tendrían eficiencia si no fuera por la enérgica participación de las comunidades en la planificación, aplicación y gestión de sus propios proyectos. En fin, son trabajadores incansables en la construcción de un territorio más digno para todos los seres que lo habitan, capaces de forjar estrechos vínculos humanos que trascienden más allá de su diaria labor social.



Equipo de Promoción Social durante la evaluación de su trabajo.

Pero ningún esfuerzo se puede escatimar a la hora de soñar y construir futuros mejores. El IMCA lo ha sabido durante toda su historia: la educación es la única alternativa para provocar transformaciones en una sociedad, transformaciones estructurales, capaces de provocar rupturas esas mentales, sociales y culturales que sólo mediante la formación intelectual se pueden conquistar. Las pruebas de voluntad de las personas más comprometidas con los procesos de participación y sostenibilidad son el aliciente necesario para continuar trabajando en la interminable construcción de un mundo incluyente, digno, en paz... Sostenible.

Caminaban sin sosiego aunque ahora por una región más accidentada del bosque, llena de pisadas en falso cubiertas bajo la agreste alfombra de hojarasca, donde la presencia dominante de los eucaliptos era delatada por la inconfundible esencia de sus semillas esparcidas por doquier. El cielo comenzaba a disiparse aunque todavía podía verse el rastro tímido de la llovizna al caer reflejando los chispazos cristalinos de los rayos solares. El niño creía encontrarse en la búsqueda impetuosa de algún tesoro prohibido que en lugar de un mapa tuviese como única guía la pertinaz memoria y el agudo olfato de su abuelo. ¿Le creerían en el Diplomado del domingo que la tarea de conseguir información para la recuperación de la historia local había terminado en una agotadora travesía a través de inhóspitos e ilimitados reinos del pino? No lo sabía. Lo único que sabía era que tenía que prestar atención al relato que proseguía su abuelo mientras caminaban, porque aunque no comprendía todavía muy bien de qué iba todo aquello, sentía que cuando llegaran al lugar prometido todo le sería revelado.

-Sólo nos convencimos de que la situación era realmente grave cuando descubrimos que hasta el gobierno mismo estaba en contra de nosotros... esa abrasante mañana de enero en que

llegó a la aldea una carta estampada con los Escudos de la República y los sellos de variopintas institucionalidades en la que se nos notificaba acerca la inapelable ilegalidad de nuestro servicio y de la inminente llegada de un nuevo inversionista privado que, a través de algún contrato gremial, gozaría de los derechos absolutos de todo aquello sobre y bajo nuestros suelos... -don Ancízar González jadeaba y sudaba bastante, el ritmo de su paso era más torpe, pero una expectativa inquebrantable lo animaba a continuar-. Supimos entonces que necesitábamos organizar a todos los acueductos de la región porque de lo contrario no íbamos a resistir la avalancha de normativas y concesiones que llegarían desde la Ciudad. Lo primordial en ese momento, lo aprendí muy bien en los cursos de sindicalismo rural en la Universidad Campesina, era idear modelos de auto gestión, implementar las últimas tecnologías de saneamiento y monitoreo del servicio y buscar fuentes de financiación, que una vez establecidas todas esas bases, soñábamos en aquél momento, nos sería posible avanzar hacia la organización de un verdadero movimiento de resistencia civil de amplísimas dimensiones alrededor de Su preservación, de Su veneración y cuidado.

En el frenesí de la marcha, ninguno de los dos adivinó los pequeños rasgos de vegetación nativa que iban brotando a cada paso del camino. Como apariciones espontáneas en un árido terreno comenzaron a manar los espigados tallos del chusque, las altamisas estivales con sus níveos pétalos con coronas de oro, y, sin razón aparente, lo que parecían ser las plántulas de algunas moras aún sin madurar. Sólo el alboroto de una bandada de golondrinas que pasaba revoloteando encima de sus cabezas les reveló que se encontraban en medio de un país exuberante, muy distinto de los lúgubres dominios agroindustriales del cartón. Aquí abundaban los suntuosos colores de las flores de mayo y de las bromelias suspendidas junto a las hojas de nácar en lo alto de lo yarumos, los guásimos y el siete cueros, las refinadas heliconias con sus mil identidades, de las hipnóticas flores de granadilla enredadas en los palos guayaba, de los tapetes de helechos temblorosos y de todo el esplendor de una selva primitiva que refugiaba a miles de aves, insectos y animales que merodeaban por ahí.

-¡Falta muy poco! -exclamó el anciano jubiloso- ¡Tiene que estar por aquí, hay que encontrarlo! —

-¿Qué? ¿Qué hay que encontrar, abuelo?

Arrebatado por un extraño frenesí, don Ancízar González comenzó a escudriñar el paraje de manera acelerada, saltando de un lugar a otro, removiendo tupidos arbustos de queremes de los que salían volando diminutas mariposas desorientadas, desplazando rocas colosales que habían dado la impresión de haber estado desde siempre aferradas a las entrañas de la tierra, intentando en vano encaramarse encima de los troncos de los nogales para obtener una vista más amplia del terreno, convencido de que en algún lugar se ocultaba ese algo que lo había obligado a salir del calor de su vivienda y lo había obligado a acudir junto a su nieto hasta ese

preciso rincón de la cordillera con un rotundo llamado que reverberaba desde lo hondo de sus recuerdos.

-No entiendo... es imposible. No puedo creer que haya desaparecido... – se repetía el viejo Ancízar ante los ojos atolondrados de su nieto—. No puede ser que todo lo luchado haya resultado en nada...

De pronto, un goteo, un eco, un acorde agónico que nacía en algún lugar en lo recóndito de la espesura, o acaso un espejismo caprichoso atrajeron la atención de los viajeros.

-¡Ése es!... ¡El Manantial!... ¡Es el Agua! -exclamó el viejo- ¡Allí, entre los bejucos!

De manera atropellada ambos se arrojaron hacia la fuente del sonido, y con gran premura escarbaron en el follaje. Allí, en una cavidad poco profunda formada entre los cojines de musgo fluorescente y cobijada bajo una gruesa manta de bejucos y colas de caballo, se encontraba una charca de agua aposentada, teñida de una desagradable coloración verdosa, en la que nadaban restos fragmentados de insectos y hojas muertas, y de la que salieron ahuyentados algunos mosquitos que reposaban sobre su superficie cuando se acercaron los exploradores, provocando delicadas sucesiones de ondulaciones espesas que se extinguieron mucho antes de llegar a cualquier orilla. Una profunda frustración golpeó los ánimos del anciano, quien se había quitado pesarosamente su sombrero al ver el lóbrego cuadro, y, abatido, se había dejado caer sobre un pequeño lecho de juncos espolvoreado de flores violetas, pensando, recordando, con la mirada fija hacia el alto y claro cielo por el que vagaban dulcemente las nubes, sin ninguna prisa, ajenas a las penas del campesino derrotado.

-Está muerto...—pronunció al rato-. No queda nada... era el único pozo que había sobrevivido a las prolongadas sequías de antaño... en esos días en que poseer un balde de Agua era un lujo inusual en la vereda. Más abajo se convertía en un raudal de impetuosa corriente que inundaba los bosques y abastecía del precioso líquido a los cultivos y veredas cercanas. Pensamos que estando escondido en lo recóndito de la selva nunca podría ser descubierto... pero ahora... seco...-una libélula zumbó enfrente de sus ojos-. Qué ingenuo fui, todo este tiempo, pensar que un manantial así sobreviviría en este lugar...

El muchacho, que había asistido con callada solemnidad al duelo de su abuelo, quiso sacarlo de su pesadumbre. Se atrevió a romper el largo silencio con unas cuantas palabras:

-Lo comprendo, es triste, abuelo, sentir que todos esos grandes esfuerzos han sido en vano - decía levantando y sacudiendo con la mano el percudido sombrero del viejo- Pero seguro que ésta no es la última fuente cerca a la vereda, seguro todavía existen miles de manantiales más refugiados en lo profundo de otros bosques, en las cumbres de otros páramos, rebosando las Aguas que alimentan a otros paisajes, y que no seguirán el mismo destino de tu charquita,

abuelo. Aunque nada haremos aquí, echados entre las hierbas, lamentando lo que fue. He aprendido que antes que nada es necesario planear: explorar nuestro territorio para saber cómo lo podemos preservarlo. Por eso acudí a ti, porque necesitaba conocer sobre las luchas que en tiempos pasados habías librado por el Agua y continuar así tu legado. Ahora ya tenemos las bases necesarios para continuar con el Plan de Vida de nuestra vereda y ejercer con entereza la defensa a la que estamos obligados con nuestra madre Naturaleza...

Oscurecía y la necesidad de remontar camino se hizo evidente en sus cansados rostros. Antes de abandonar la charca se fijaron que a corta distancia, apenas uno pocos metros más allá, separados por hostiles alambres de contención, el verdor refulgente de la floresta se extinguía para dar lugar nuevamente a las fantasmagóricas formaciones de pinos. Don Ancízar se incorporó y miró durante un momento, acaso por última vez en su vida, aquél pacífico vestigio de naturaleza viva, agreste, que se resistía a sucumbir a la aniquilación del progreso. Luego se secó con la manga de su camisa los chorros de sudor que le escurrían de las sienes, miró a su nieto, y entre los melancólicos pliegues de su curtido y achatado rostro se esbozaron las fisuras sutiles de una sonrisa jovial, cómplice.

-Bueno, es hora de volver - dijo.

EPÍLOGO

Hoy por fin, décadas después de implacable persecución al movimiento campesino, luego de un tambaleante proceso de paz con los paramilitares y en medio de una mesa de negociación con las FARC y la posible apertura de otra con el ELN, vuelven a surgir en la agenda política nacional los puntos centrales del histórico problema agrario. Han sido tiempos duros para las poblaciones campesinas colombianas, tiempos de criminalización de su movilización y protesta, tiempos de exterminio sistemático de líderes y organizaciones, tiempos de violentas usurpaciones y destierros masivos. Y aunque estos horrores parezcan pertenecer a las crueles realidades de épocas pasadas, son tiempos que aún no terminan.

En este escenario de transición hacia la sociedad del postconflicto, el conjunto de la institucionalidad colombiana está llamado a crear las condiciones necesarias para establecer una atención clara y eficiente a las necesidades de la ciudadanía, especialmente la que habita en las zonas rurales, aquellas más afectadas por la guerra. El IMCA, como parte de las instituciones encargadas de tender puentes de interlocución entre el campesino y el Estado, tendrá que desempeñar una labor fundamental dentro del nuevo escenario que podría configurarse en los próximos años para el campo colombiano, asunto que merece unas cuantas palabras.

El reformismo agrario que movilizó a América Latina durante las décadas intermedias del siglo pasado resultó tener un efecto apaciguador y antisubversivo de las masas convulsas que lo reclamaban, y no la radical transformación de las estructuras sociales agrarias que en un principio pretendía. Al menos así sucedió en Colombia con la Reforma Agraria de 1961, que concedió tierras y títulos de propiedad por montones pero ignorando que el éxito de una reforma agraria depende ineludiblemente de la formación técnica otorgada al campesino, de un acompañamiento constante, de créditos a la productividad, de una sólida organización social y de unas condiciones de vida dignas y favorables. En otras palabras, una reforma agraria necesita de un modelo de desarrollo rural que la ampare y garantice su integral funcionamiento. El amargo sabor a fracaso que han dejado anteriores intentos fallidos de cambiar el sector rural, han llevado a todos a preguntarse algo muy oportuno para estos tiempos en que con tanta insistencia se agitan banderas blancas: ¿Es la reforma agraria la verdadera salida para la paz? Y de ser así, ¿Qué tipo de reforma agraria necesitamos?

Por el momento, ni la agenda política nacional ni las negociaciones de paz contemplan la ejecución de una gran reforma agraria, es decir, una redistribución masiva de la tierra capaz de transformar las relaciones de poder, sino más bien una serie de políticas encaminadas a atender problemas puntuales. En esa línea, dos puntos de la agenda de negociaciones ya han sido despachados por los integrantes de la Mesa en La Habana, puntos que demandan la atención particular del campesino: el tema de restitución de tierras y desarrollo rural, y el tema de la participación política.

Con la advertencia de que nada está acordado hasta que todo esté acordado, la Mesa de Conversaciones ha llegado a algunas concesiones respecto al primer punto de la agenda, titulado "Hacia un nuevo campo colombiano: Reforma Rural Integral", con fecha del 26 de mayo del 2013. La transformación estructural de la ruralidad colombiana prometida por la RRI posibilitaría el reconocimiento y la inclusión social del campesinado como un agente político y productivo, vital para la transformación del campo, algo de destacar, pues las anteriores políticas de tierras ignoraban por completo la participación activa de los habitantes del campo. Así pues, lo acordado no sólo apuntaría a desconcentrar la tierra y favorecer su justa repartición, así como a formalizar su propiedad entre los pequeños productores, sino que también se enfocaría en promover las distintas formas de asociación y cooperativismo, de economía y producción familiar, de formalización del trabajo y cuidado del medio ambiente como elementos fundamentales para el desarrollo rural sostenible. Fortalecer estos procesos regionales y locales en un mundo cada vez más globalizado supondrá un desafío enorme para los campesinos, el Estado y las instituciones que acompañen las diferentes iniciativas que pondrán en práctica esos acuerdos.

El respaldo a la organización campesina será definitivo si se busca una solución al conflicto agrario, el IMCA tiene una amplia experiencia en ello. Sin embargo, ha quedado demostrado que ejercer el liderazgo comunitario y luchar en favor de la participación es una labor sin garantías de seguridad en este país. Por eso el segundo punto de la agenda de conversaciones, acordado en noviembre del 2013, se centró en la "Participación Política" como una apertura de la democracia para conseguir la paz, una paz que necesitará de la participación de todos los sectores sociales para ser estable y duradera.

Los nuevos estatutos planteados por los negociadores tendrían como principal objetivo garantizar el ejercicio de la política y la oposición y fortalecer la democracia mediante la promoción de una cultura política de convivencia, solidaridad y respeto por la vida y la libertad de pensamiento. Igualmente reconocen el fundamental papel de los movimientos sociales, sus plataformas de acción social y sus derechos para intervenir en la planeación de su territorio como vías para consolidar la paz y la democracia.

Son proyectos ambiciosos, por supuesto, que sólo se pondrán a prueba una vez sean enfrentados a la caprichosa irregularidad de la normativa colombiana. La estabilidad de la paz en los heterogéneos y conflictivos escenarios sociales que surgirán luego del posible fin de la guerra

dependerá decisivamente de la capacidad de reconciliación y recuperación de confianza de la sociedad nacional, particularmente en el reencuentro en comunidad de los actores armados una vez termine el conflicto. Son escenarios que seguramente retarán la capacidad del IMCA para promover estrategias de convivencia, reintegración, solidaridad y vida comunitaria, que sin silenciar las verdades amargas de la historia puedan abrir sendas de paz hacia el futuro.

Y si bien alrededor de las negociaciones de paz se cierne un manto de incredulidad, perfectamente comprensible si se le da un vistazo a anteriores procesos de reconciliación en la historia colombiana, también se vislumbran tiempos esperanzadores para las víctimas de este degradado conflicto. La Ley 1448 de Víctimas, expedida en el 2011, es la primera en dictar medidas de atención y reparación integral a las víctimas de un conflicto interno cuya existencia es reconocida por primera vez por una ley colombiana. La ley no es una panacea, pues está sometida a la burocratización de su norma y sus beneficiarios, las víctimas, a las violentas represalias que en los últimos años sus líderes y defensores han padecido.

Por eso es tan necesario resistir al silencio y al olvido. Porque nunca se podrá alcanzar la tan anhelada paz si siguen perpetuándose, como una cicatriz ignominiosa en el rostro de un pueblo, las distintas formas de despojo y aniquilación que han hecho de nuestro campo una frontera de guerra inaccesible, una desolada margen de horrores innombrables, un gigantesco sepulcro de cuerpos inocentes.

Por eso es tan necesario resistir al silencio y al olvido ¿Pero cómo, si los aparatos judiciales se empeñan en mantener las puertas abiertas a la impunidad, y las balas, de enterrar para siempre a la verdad en el olvido? Es una pregunta a la que aquellos quienes vivimos recluidos en las grandes ciudades, resguardados en sus gigantescas murallas de concreto, lejos de los habituales y silenciosos dispositivos de esta guerra encubierta, no podemos seguir dándole la espalda. Una pregunta que debe interpelar a la institucionalidad, a los medios y a la ciudadanía a disminuir las desmesuradas brechas que separan a la ciudad y al campo cuando en realidad sus desarrollos no son independientes, se necesitan uno del otro.

Los pueblos indígenas, negros y campesinos que valientemente continúan protegiendo la soberanía de la vida y los patrimonios naturales en nuestro territorio saben muy bien, por una insondable aptitud ancestral que ha trascendido en el tiempo, cómo hacer frente al silencio y al olvido incesantes impuestos por la guerra: por medio de la Memoria. Pero una memoria que no requiere de las fastuosas monumentalidades de los héroes nacionales ni de los majestuosos ceremoniales de los ejércitos del orden. Es una Memoria cotidiana, viva, presente en todas ocasiones, que se reinventa nuevas formas de sobrevivir todos los días, que brota espontáneamente en los actos solidarios y bondadosos de comunidades unidas por el amor a la naturaleza. Sólo hay que perpetuarla recuperando viejos saberes, contando antiguas historias, conscientes de que actos aparentemente anodinos, como un gesto solidario o el cuidado diario

de un cultivo, son registros documentales de un archivo inmaterial e imperturbable donde la memoria protege la inquebrantable relación de identidad que ata al campesino con su Amada, con su Madre, la Tierra.

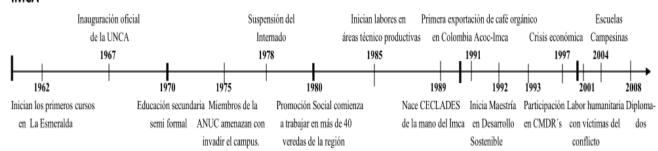
Bogotá, febrero del 2014.



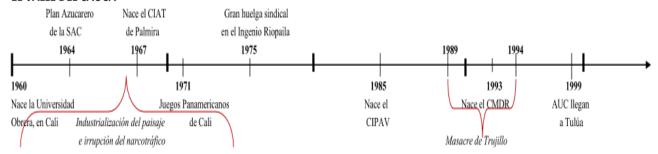
Comunidad IMCA, 2013.

LÍNEA DEL TIEMPO

IMCA

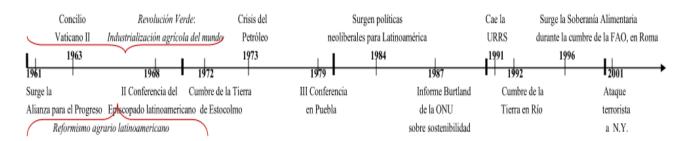


EL VALLE DEL CAUCA





EL MUNDO



BIBLIOGRAFÍA:

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *Cóndores no entierran todos los días*. Editorial Oveja Negra. Bogotá. 1987. (*Novela sobre la violencia regional de los años 40's y 50's*).
- Betancourt, Darío. *Historia de Restrepo Valle*. Gerencia para el Desarrollo. Bogotá. 1995. (*Historia local y regional del Valle*).
- Betancourt, Darío y Martha García. *Matones y Cuadrilleros: Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano*. Tercer Mundo Editores. Bogotá. 1990. (*Radiografía de la violencia en el Valle*).
- Bermann, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires. 1988. (*Crítica al desarrollo y la modernidad*).
- Bidegain, Ana María. Historia del Cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad. Taurus. Bogotá. 2004. (Doctrina Social de la Iglesia y Teología de la Liberación en Colombia).
- Centro de Memoria Histórica. *Trujillo: Una tragedia que no cesa*. Editorial Planeta Colombiana S.A. Bogotá. 2008. (*Sobre la Masacre de Trujillo*).
- CMH. ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Informe General Grupo de Memoria. Imprenta Nacional. Bogotá. 2013. (Informe de la violencia en Colombia)
- CMH. La tierra en disputa. Memorias y resistencias campesinas en la costa Costa Caribe (1967-2010). Taurus. Bogotá. 2010. (Sobre la lucha campesina en el Caribe)
- CMH. Patrones y campesinos: tierra y poder en el Valle del Cauca (1960-2012). Bogotá. CNMH, 2014. (Sobre la lucha campesina en el Valle del Cauca).
- Corrales, Elcy. Participación y conservación, un sueño de desarrollo. Soñar, ¿no cuesta nada? En Disoñadores del futuro. Un encuentro en el Sur. Memorias. La Cocha, Nariño. 1996. Asociación para el Desarrollo Campesino. Bogotá. 1997. (Sobre la Maestría en Desarrollo Sostenible en Sistemas Agrarios).
- Escobar, Cristina. Experiencia de la organización campesina en el Valle del Cauca 1960-1980. IMCA y ERL. Bogotá. 1987. (Organización campesina en la región).
- Informe Conjunto de la Mesa de Conversaciones entre el Gobierno de Colombia y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia Ejército del Pueblo, FARC-EP. Enero 2014.
- Instituto Mayor Campesino. *Pasado y presente de las empresas comunitarias del Valle del Cauca*. IMCA. Buga. 1987. (Resultados del trabajo del IMCA con organizaciones campesinas).
- Machado, Absalón y CMH. La política de Reforma Agraria y Tierras en Colombia. Esbozo de una memoria institucional. Imprenta Nacional. Bogotá. 2013.
- Ministerio de Agricultura 80 años (1994a), El Agro y la Cuestión Social, compilación de Absalón Machado, Bogotá: Banco Ganadero, Caja Agraria, Vecol y Tercer Mundo. (Ensayos sobre el conflicto agrario, la distribución de la tierra y el DRI).
- Molina Mesa, John Mario. *CMDR*, una herramienta para todos. Covenio Fondo DRI, IICA, IMCA. (Sin fecha ni lugar de publicación). (Sobre el CMDR).
- Motta, Nancy y Aceneth Perafán. *Historia Ambiental del Valle del Cauca*. Universidad del Valle. Cali. 2010.

- Pabón, Erminsu. Autosuficiencia alimentaria y agroecología en el desarrollo rural: Estudio de la acción del IMCA. Editorial Académica Española. 2011. (Teorías y metodologías para la crisis alimentaria. Caso de Riofrío.)
- Rivera, Carmen, et al. *De "María" a un mar de caña*. Universidad Autónoma de Occidente. Cali. 2006. (Sobre la transformación del paisaje vallecaucano).
- Rivera Cusicanqui, Silvia. *Política e ideología en el movimiento campesino colombiano el caso de la ANUC*. CINEP. Bogotá. 1992. (*Historia de la ANUC*).
- Rojas, José María. *Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia (1860-1980)*. Sociedad y economía del Valle del Cauca. Biblioteca Banco Popular. 1983. (*Historia económica vallecaucana*).
- Sánchez, Gonzalo. Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia. Áncora Editores. Bogotá. 1967. (Sobre la violencia en Colombia).
- Sánchez, Gonzalo. Guerras, memoria e historia. La Carreta Editores E. U. Medellín. 2006. (Sobre violencia y memoria en Colombia).
- Silva, Juan Manuel y Ricardo Dávila. *Interdisciplinariedad y procesos participativos en investigación y en educación*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 2006. (Sobre la Maestría en Desarrollo Sostenible en Sistemas Agrarios).
- Tirado Mejía, Álvaro (Dir.). Nueva Historia de Colombia. Planeta. Vol. III. Bogotá. 1989. (Historia política, social, cultural y económica de Colombia).
- Tovar, Hermes. El movimiento campesino en Colombia durante los siglos XIX y XX. Ediciones Libres. Bogotá. 1975. (Conflicto agrario y movilización social)
- Valencia Llanos, Alonso (Dir.). Historia del Gran Cauca. Universidad del Valle. Cali. 1994.
- Varios autores. *Reflexiones sobre la ruralidad y el territorio en Colombia. Problemáticas y retos actuales.* OXFAM y Corcar Editores SAS. Bogotá. 2013. (*Desarrollo rural hoy*).

Artículos académicos y documentos de internet:

- Archila, Mauricio. Lo social y lo político en Colombia (1958-200). En Historia Política Hoy: sus métodos y las Ciencias Sociales. Ed. César Ayala. Universidad Nacional. Bogotá. 2004. Pp. 207-234. (Movimientos sociales y represión).
- Giraldo Díaz, Reinaldo. *Huellas destructivas de la agricultura comercial en el paisaje del Valle del Cauca, Colombia, 1950-1975*. En Revista Entramado. Vol.6. N° 1. Enero-Junio 2010. Pp. 140-156. (*Sobre la transformación del paisaje vallecaucano*).
- Gómez, Santiago. Caficultura orgánica e identidades del suroccidente de Colombia. El caso de ACOC. UNAL. Tesis para optar al título de maestría. Bogotá. 2010. Disponible en http://www.bdigital.unal.edu.co/3141/1/478298.2010.pdf (Tesis de maestría sobre ACOC).
- Información y estadísticas del conflicto armado en Colombia : http://www.estatierraesmia.co/
- ONU. Informe Nuestro Futuro Común. 1987. Disponible en http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/42/427 (Sobre la sostenibilidad)

- Sobre el fondo DRI: http://www.eclac.org/ddpeuda/pdf/colombia1.pdf Consultado en Septiembre del 2013.
- Sobre Radio Sutatenza : http://www.banrepcultural.org/radio-sutatenza/textos/radio-sutatenza-un-modelo-colombiano-de-industria-cultural-y-educativa
- Sobre Radio Sutatenza:
 http://www.senalmemoria.gov.co/index.php/home/producciones/item/download/173_6
 943b1c9830e7817876f52d1478529cc
- Zuluaga, Francisco. Unas gotas: reflexiones sobre historia local. Disponible en http://historiayespacio.univalle.edu.co/TEXTOS/27/2705.PDF
- http://www.imca.org.co/ (Información institucional y documentos de interés).
- http://www.javeriana.edu.co/fear/fac/Suyusama.htm
- http://suyusama.blogspot.com/

Videos:

- Documental del CMH sobre la Masacre de Trujillo. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=cYBNJM5lgK4
- Documental de CONTRAVÍA sobre la Masacre de Trujillo. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=Wj4d0r-TkVo
- Documental Memoria y Dignidad Campesina. Sobre los crímenes del Bloque Calima de las AUC contra las comunidades campesinas del Valle del Cauca. Producido por ASTRAVACA. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=qMuTBIaRX7I
- Documental CMH No hubo tiempo para la tristeza. Disponible en: http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=das2Pipwp2w
- Canal de videos del IMCA en Youtube: http://www.youtube.com/channel/UCDgzqtB7NlbFgloVrMJkJqA
- Canal de videos del IMCA en Dailymotion: http://www.dailymotion.com/user/cesarhiguerasj/1

Archivo Institucional:

- Aguilar, José Alejandro. *Hacia la sostenibilidad a través del diálogo y cooperación entre diferentes tipos de conocimiento*. Tesis para aspirar al título de Doctor. Universidad de California, Berkeley. 2000.
- Archivo fotográfico institucional. IMCA. Buga. 2013.
- Castaño Arcila, Guillermo. *Limitaciones y contribuciones de la participación campesina en la conservación de los recursos genéticos*. Ponencia para el II Simposio Internacional Efectos de los plaguicidas sobre el ambiente y la salud humana. IMCA. Buga. 1994.
- Fondo ACOC. Carpeta ACOC 1987-1994.
- Informes consolidados de las evaluaciones institucionales de los años 2011, 2012 y 2013. IMCA. Buga.

- Memoria Fotográfica de la Historia del Instituto Mayor Campesino Guadalajara Buga. Vols. 1, 2 y 3. Recopilación fotográfica de Marta Sierra.
- Mínguez Macías, Magore. Campesinos construyendo un nuevo futuro. Informe final de las Escuelas Campesinas. IMCA. Buga. 2007.
- Planes de vida. Algunos disponibles en : http://www.imca.org.co/img/files/Planes%20de%20Vida/
- Proceso de Formación de Promotores Pastorales Parroquia de El Dovio (1985 -1987).
 IMCA. Buga. 1988
- Recortes de Prensa de la Universidad Campesina (1962 1970). IMCA. Buga. 1970.
- Vida y trabajo social: Jairo Gómez Giraldo S. J.

Entrevistas:

- Jairo Gómez SJ. *Co-fundador del IMCA*. Realizada en 2012 (Ésta entrevista en particular fue realizada por César Higuera).
- Hernán Valdez. Ex Jardinero del IMCA. Realizada en Abril de 2013
- Luz Marina García. Servicios domésticos Casa Salamina. Realizada en Abril del 2013.
- Lucy Bedoya. Ex *Contadora*. Realizada en Abril del 2013.
- Gustavo Valdez. *Ex Trabajador*. Realizada en Abril del 2013.
- Martha Cecilia Sierra. *Ex promotora*. Realizada en Mayo del 2013.
- José Alejandro Aguilar SJ. Ex director. Realizada en Mayo del 2013.
- Javier Cabal. *Miembro del Concejo Directivo*. Realizada en Mayo del 2013.
- Ricardo Cárdenas. *Promotor*. Realizada en Mayo del 2013.
- María Soledad Zapata. *Promotora*. Realizada en Mayo del 2013.
- Alfredo Parra. *Ex promotor*. Realizada en Mayo del 2013.
- Erminsu David Pabón. *Director*. Realizada en Mayo del 2013.
- Jorge Giraldo. *Promotor*. Realizada en Mayo del 2013.
- José Antonio Castrillón. *Ex promotor*. Realizada en Mayo del 2013.
- Elcy Corrales. *Ex directora de la Maestría en Desarrollo de Sistemas Agrarios*. Realizada en Septiembre del 2013.
- Alfredo Ferro SJ. Ex director. Realizada en Noviembre del 2013.
- Gladys Fernández. Ex alumna. Realizada en Febrero del 2014.

ANEXO 2

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES (Licencia de uso)

Bogotá, D.C., 27 de Marzo del 2015

Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J.

Señores

son:

	Pontificia Universidad Javeriana Cuidad
	Los suscritos: Nicholas Esteban Malagón Gómez, con C.C. No , con C.C. No , con C.C. No
3	En mi (nuestra) calidad de autor (es) exclusivo (s) de la obra titulada: Tiempos de Cose chainstituto Mayor Campesino: 2 años construyendo líderes y sostenibilidad (por favor señale con una "x" las opciones que apliquen) Tesis doctoral Trabajo de grado Premio o distinción: Si No cual:
	presentado y aprobado en el año 2015 , por medio del presente escrito autorizo (autorizamos) a la Pontificia Universidad Javeriana para que, en desarrollo de la presente licencia de uso parcial, pueda ejercer sobre mi (nuestra) obra las atribuciones que se indican a continuación, teniendo en cuenta que en cualquier caso, la finalidad perseguida será facilitar, difundir y promover el aprendizaje, la enseñanza y la investigación.

En consecuencia, las atribuciones de usos temporales y parciales que por virtud de la presente licencia se autorizan a la Pontificia Universidad Javeriana, a los usuarios de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J., así como a los usuarios de las redes, bases de datos y demás sitios web con los que la Universidad tenga perfeccionado un convenio,

	AUTORIZO (AUTORIZAMOS)	SI	NO
1.	La conservación de los ejemplares necesarios en la sala de tesis y trabajos de grado de la Biblioteca.	\times	
2.	La consulta física o electrónica según corresponda	×	
3.	La reproducción por cualquier formato conocido o por conocer	\times	
4.	La comunicación pública por cualquier procedimiento o medio físico o electrónico, así como su puesta a disposición en Internet	\times	
5.	La inclusión en bases de datos y en sitios web sean éstos onerosos o gratuitos, existiendo con ellos previo convenio perfeccionado con la Pontificia Universidad Javeriana para efectos de satisfacer los fines previstos. En este evento, tales sitios y sus usuarios tendrán las mismas facultades que las aquí concedidas con las mismas limitaciones y condiciones	X	
6.	La inclusión en la Biblioteca Digital PUJ (Sólo para la totalidad de las Tesis Doctorales y de Maestría y para aquellos trabajos de grado que hayan sido laureados o tengan mención de honor.)	X	

De acuerdo con la naturaleza del uso concedido, la presente licencia parcial se otorga a título gratuito por el máximo tiempo legal colombiano, con el propósito de que en dicho lapso mi (nuestra) obra sea explotada en las condiciones aquí estipuladas y para los fines indicados, respetando siempre la titularidad de los derechos patrimoniales y morales correspondientes, de acuerdo con los usos honrados, de manera proporcional y justificada a la finalidad perseguida, sin ánimo de lucro ni de comercialización.

De manera complementaria, garantizo (garantizamos) en mi (nuestra) calidad de estudiante (s) y por ende autor (es) exclusivo (s), que la Tesis o Trabajo de Grado en cuestión, es producto de mi (nuestra) plena autoría, de mi (nuestro) esfuerzo personal intelectual, como consecuencia de mi (nuestra) creación original particular y, por tanto, soy (somos) el (los) único (s) titular (es) de la misma. Además, aseguro (aseguramos) que no contiene citas, ni transcripciones de otras obras protegidas, por fuera de los límites autorizados por la ley, según los usos honrados, y en proporción a los fines previstos; ni tampoco contempla declaraciones difamatorias contra terceros; respetando el derecho a la imagen, intimidad, buen nombre y demás derechos constitucionales. Adicionalmente, manifiesto (manifestamos) que no se incluyeron expresiones contrarias al orden público ni a las buenas costumbres. En consecuencia, la responsabilidad directa en la elaboración. presentación, investigación y, en general, contenidos de la Tesis o Trabajo de Grado es de mí (nuestro) competencia exclusiva, eximiendo de toda responsabilidad a la Pontifica Universidad Javeriana por tales aspectos.

Sin perjuicio de los usos y atribuciones otorgadas en virtud de este documento, continuaré (continuaremos) conservando los correspondientes derechos patrimoniales modificación o restricción alguna, puesto que de acuerdo con la legislación colombiana aplicable, el presente es un acuerdo jurídico que en ningún caso conlleva la enajenación de los derechos patrimoniales derivados del régimen del Derecho de Autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. En consecuencia, la Pontificia Universidad Javeriana está en la obligación de RESPETARLOS Y HACERLOS RESPETAR, para lo cual tomará las medidas correspondientes para garantizar su observancia.

NOTA: Información Confidencial:

Esta Tesis o Trabajo de Grado contiene información privilegiada, estratégica, secreta, confidencial y demás similar, o hace parte de una investigación que se adelanta y cuyos resultados finales no se han publicado. Si En caso afirmativo expresamente indicaré (indicaremos), en carta adjunta, tal situación

con el fin de que se mantenga la restricción de acceso.

NOMBRE COMPLETO	No. del documento de identidad	FIRMA		
Nicholas Esteban Malagon 6.	1032448174	Nicolós Malagón		

FACULTAD: CIPNCIQS PROGRAMA ACADÉMICO:

ANEXO 3 BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J. DESCRIPCIÓN DE LA TESIS DOCTORAL O DEL TRABAJO DE GRADO FORMULARIO

Tiem	TITULO	COMPLI	ETO DE LA	TESIS D	ОСТ	ORAL O TI	RABAJO DE	GRADO
CO	nstruy	endo	Ideres	31.70	50s	tenit	ilidad	ino: 52 años
			SUBT	TTÚLO,	SI L	TIENE		
			AU	TOR O	AUT	DRES		
		s Comp					ombres Com	Problem in the control of the contro
Nichol	is Esteb	ogn M	alagón Go	Famo	Nic	holas	Estel	90
		· · · · · · · · · · · · · · · · · · ·						-,
				OCTORA	AL O		BAJO DE GRA	
^	16.7 [q	s Comp					ombres Com	pletos
.1.	16019	190	ONNY			Germ	QN	
								-
		<u>, ~ ~ ~ </u>		FACUL	10000105050	SERVICE STORY OF SELECTION OF S		A STATE OF THE STA
Tyl Same S		ignc	143 PPOC	RAMA A		2162		SCHWEIGHER RESIDENCE
		7	ipo de prog	Bull many	Activities of the Control	AND REAL PROPERTY AND ADMINISTRATION OF THE PROPERTY.	((<u>v</u>))	
Pre	egrado		pecialización			laestría		Doctorado
	X		HE THE HELD LAND	10000			Hatha (Mart 17)	
			Nombre d	el progr	rama	académic	0	
		H	ISTOR	ZIA				
	C N	ombres	/ apellidos d	lel direc	tor d	el progran	na académico)
Control of the control	Claur	<u>019</u>	Silvia RABAJO PA	PAOPI	TAP.	OS /\n	ne ne	
MININE PROPERTY		_					UL.	
		H	STOR	IAU	01	4		
	PREMIO O	DISTING	IÓN (En caso	de ser L	AURE	ADAS o ten	er una menciór	especial):
	CIUDAD		AÑO DE	PRESE	NTAC	IÓN DE L	A NÚME	RO DE PÁGINAS
0.0			TESIS O D	The second second second	BAJ	DE GRAI	THE PARTY OF THE P	No. of Proceedings
130	GOTA	TIDO	ZC		0 /	A second rest		34
		Annual Control of the	DE ILUSTRA , gráficos y	EX CANADA		Market State		
Dibujos	Pinturas	Committee of the Publisher Of	gramas	Plan	os	Mapas	Fotografías	Partituras
						-21-72-72-72-72-72-72-72-72-72-72-72-72-72-	X	
Nota: En Universida	caso de que	el softwa la Bibliot	are (programa eca (previa co	especia	alizado	requerido)	no se encue	DOCUMENTO ntre licenciado por la s o Trabajo de Grado
queuara st	Admicine on 10	mato Fol	DECT TO HARACON CO.				CTO OF A THE STREET	
				137			~ ~	

1991 1499 1991 125 1991 149		MATERIA	LACOM	PAÑANT		
TIPO	DURACIÓN		FORMATO			
	(minutos)	CANTIDAD	CD	DVD	Otro ¿Cuál?	
Video		a company of the comp				
Audio					and the second s	
Multimedia						
Producción					and the state of t	
electrónica Otro Cuál?			-			
Ollo Guar:						
escriptures, si	s que definen los	temas que ident	fican el d	contenido.	SPAÑOL E INGLÉS (En caso de duda para designar est de Colecciones de la Biblioteca Alfones orientará). INGLÉS	
nstituto	Mayor Co	moesino	Inc	of util	W A CONTRACTOR	
Deson	D	(C)	Ruc	01	neveropment	
esarrollo	Sosten			ainab		
1/0110	0 101 (9009	11.	ila		
Consi	Cto Aov	ario	A ac	2100	Conflict	
0.111-11	RESUME	N DEL CONTE	NIDO EN	F 1QA		
		(Máximo 250 pal	abras - 15	30 caract	eres)	